LA MUJER DEL AMADORIO
Harry, el expicoleto
NOVELA NEGRA

LA MUJER DEL AMADORIO

HARRY, EL EX PICOLETO

(Novela)

LA MUJER DEL AMADORIO

Título: La mujer del Amadorio
Copyright © 2017 por Harry, el expicoleto
Correo: ramon.palmeral@gmail.com
Portada: Obra fotográfica de Ofelia en Internet
ISBN: 978-0-244-61417-1

R.F.P.
Imprime libros LULU/Francia 2017
Primera edición: septiembre 2017
Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información o sistema de reproducción, sin permiso previo y por escrito del titular del copyright.

Capítulo I

LA MUERTE

1

La carta número trece del tarot es La Muerte, también es el Trance o la Trasformación de la materia que no es más que el paso a otros estatus de la vida eterna, pero dependiendo de la carta con la que se asocie puede tener un significado u otra. Si fracasas en una empresa debes estudiar los errores cometidos y vuelves a intentarlo de nuevo. La muerte no es el final. Pensar en la Parca nos produce angustia vital, nos traumatiza a todas las personas. Usé esta carta para designar a la mujer ahogada, a la víctima de esta historia. El tiempo es una luz que nos devora.

Os contaré el caso de la joven que apareció ahogada flotando en el embalse del Amadorio de Villajoyosa o La Vila de Alicante, el 19 de julio de 2001; fue un extraño caso donde no había ni un marido divorciado, ni una venganza, ni otras causas aparentes de violencia de género, sino que era un suceso mucho más complejo e increíble de lo que en principio parecía.

Es fácil matar a una persona pero lo difícil es deshacerse de las pruebas, y más complejo aún, es deshacerse del cadáver. Son estos elementos o pruebas criminales por los que siempre se acaba descubriendo al autor o autores. Pues hemos de tener en cuenta que cada crimen, cada asesinato, es singular y único, por lo tanto siempre dejan huellas exclusivas y notables. A veces, nos encontramos con un rompecabezas de hilos rotos que hay que volver a anudar y colocar en su ovillo. Porque siempre, en todo acto se incorporan los imprevistos propios del azar, los nervios, que por ser circunstancias imprevisibles dejan su rastro o sus vestigios; la cuestión radica en saberlos encontrar, basándonos en la recogida de muestras e indicios que han de seguir un protocolo; pero se ha de tener olfato natural, y de no tenerlo pueden adquirirse con el estudio de una ciencia llamada Criminología. Cuando mi jefe el Sr. Ridruejo me encargó la investigación de este caso sentí como si me hubieran puesto una bomba debajo del asiento, pues en aquel tiempo no me encontraba bien psicológicamente. No estaba al cien por cien, por mis muchos problemas de todo tipo. Sí, atento lector, de todo tipo y especie, de los que se incrustan en el cerebelo como una obsesión compulsiva.

Pero para contar y analizar detalladamente esta historia de la mujer supuestamente ahogada del Amadorio, voy a comenzar por el principio de mis recuerdos; pues ahora, en este preciso momentos en que os escribo, he cumplido treinta y seis años, estoy sentado en un mesa de la biblioteca de la prisión de Foncalent de Alicante, donde estoy cumpliendo una condena por un asunto que ahora no viene al caso. Aunque he de anticipar que soy inocente de los cargos que se me imputan y estoy hasta las pelotas de ser víctima de la Ley.

Bien, explicado este breve prolegómeno, os diré que lo malo de tener michelines o cartucheras es que todo el mundo te da consejos para que adelgaces, si te ven gordo piensan que eres lento y comilón, o un vago glotón sin voluntad. Estos veredictos ajenos —de la gente que te envidia—siempre debilitan la autoestima, y yo opino, por el contrario, que es una muestra de cariño y de confianza. Cuando eres joven no te das cuenta de la cantidad de tonterías que pueden llegar a decirte los amigos, la familia y los compañeros de trabajo. Porque aquí en prisión nadie se mete con mi físico ni con mi calvicie prominente y completa como la de Luis Roldán, el que se llevó el dinero de los huérfanos de la Guardia Civil, Cuerpo al que pertenecí durante diez años antes de que me expulsaran.

«Mejor estarías calladito» le respondí agriamente aquella vez a mi compañero Kiko cuando me dijo que tenía una brillante calva como el ámbar del anillo de su novia. Kiko era un joven compañero de trabajo en el bufete del abogado Ridruejo & Brother, sección detectives, con oficinas en la Rambla de Alicante donde yo trabajaba o mejor sería decir que yo trabajé, antes de que pasara lo que me ha sucedido.

Pero este cuerpo orondo y medio calvo que transporta mi acelerado corazón, y, que ahora tiene treinta y cinco años a punto de cumplir los treinta y seis, que es mofa de la gente común y habitual a la jocosidad; en tiempos atrás fue atlético como el de un soldado de infantería en maniobras de supervivencia con veintitantos años.

Y ya, lo tremendo, el inri de los posibles y terapéuticos consejos, es cuando tú pides opiniones sobre tu figura mofletuda, y es cuando te pueden moler con comparaciones de la fauna africana como los hipopótamos inocentes de su propia gordura o como los árboles baobab —que según cuenta la leyenda de los Masáis, fue el diablo quien los arrancó de raíz y los volvió a sembrar boca abajo—. Nunca jamás se te ocurra preguntar: « ¿Qué crees que debería hacer yo para perder peso, para adelgazar?, porque esta es la inequívoca ocasión, la oportunidad que tienen los amigorros para desbocarse dándote consejos estúpidos y, si es necesario, hasta se los inventan. Es tremendo, tremenda la capacidad de insidia y sadismo solapado de la gente que está a tu lado constantemente interpretando el papel

teatral de amigo, porque a la hora de la verdad esos amigos jamás vienen un solo día a visitarse a la prisión.

A los compañeros del trabajo, ni se te ocurra decir que te vas a poner a dieta o que te vas a quitar de fumar. La respuesta es siempre la misma: «Si lo dejas mal y si sigues fumando como un albañil también mal, pero algo hay que morir. ¡Viva la vida!».

Una vez conocí a una tía que me dijo la muy guarra, que quería dejar de fumar sin dejar el tabaco, tremendo vaya, ¡eh! Algún día sacarán boquillas de vapor. Pues luego me dejó, por otro tío también medio calvo como yo, o medio rapado al cero, con cartera de piel de avestruz auténtica, y recargada de tarjetas de crédito. ¿Qué tenía él que no tuviera yo? Por consiguiente, a nadie se le puedo contar nuestros problemas de economía endeble, ni de sobrepeso, ni de tabaco, ni de porros, o de insomnio, si lo haces estás perdido. Aquí en prisión te puedes fumar medio porro, pero te puede costar un ojo de la cara o el de culete.

En cuanto te ven con los párpados hinchados, de haberlo pasarlo en vela, te dirán: «Menuda cara traes hoy, ¿dormiste anoche?». «Y a ti qué coño te importa, cabrón de mierda», lo piensas pero no lo dices.

Y los peores son los compañeros de trabajo, era el Kiko un joven delgado, alto y moreno, jefe de negociado, que tenía, y, tiene todo el pelo a los cuarenta —yo siempre me fijo en la cantidad de pelo que tienen los demás—, por ser algo ligón. Estos tipos idelaes son plaga, y los jefecillos de negociado mandan más que el propio director, un cabo en guerra manda más que un general en tiempos de paz. Había algo en él que me hacía sentir culpable de algo delictivo que no sabía muy bien qué.

Un 11 de septiembre, en el telediario de las tres salió la presentadora Ana Blanco, con la cara blanca y los ojos salidos, con el mismo peinado de siempre, que, yo creo debe ser una peluca, dando en directo vimos la horrorosa visión del atentado y derribo de las Torres Gemelas en Nueva York, y cómo éstas se caían como unos petardos, después de explotar, cuando retornan al suelo, envueltos en humos, fuego, llanto y horror. Y otro avión colisionó contra el Pentágono. Los bomberos, la policía, la gente corría envuelta en nubes de polvo y fuego, más sucios que los enharinados de las fiestas de Onil en Alicante, el pueblo del pintor Eusebio Sempere. Me recordaban los atentados de ETA en el País Vasco, en Madrid o en las casas cuarteles de Vich, y otros. Ante tan dantescas noticias, entré en los enfermizos recuerdos de bombas cuando estuve como Policía Judicial en grupos antiterrorista en Bilbao.

Pensé que estos ataques terroristas islámicos contra los estadounidenses iban a tener sus consecuencias e iban a cambiar el orden mundial, y provocar mucho dolor y futuras guerras. El presidente Bush no se iba a estar quieto después de haberse tenido que ocultar en algún sótano secreto de alta seguridad. Indirectamente, la prensa estadounidense, culpaban y hacían responsables a la CIA y al FBI de no haber sido capaces de prevenir estos atentados con aviones, a pesar de todos los medios y presupuestos con los que disponían estos cuerpos y agentes secretos.

Entré en tal estado de excitación que dejé de comer, tampoco podía quedarme solo en mi casa del barrio de San Antón de Alicante ciudad, como si nada hubiera pasado en el mundo, porque no era para quedarse tranquilo. Así que a las cinco de la tarde del 11-S, acelerado por la fiebre de la excitante violenta de las noticias de las tres, bajé al bar de la esquina para hablar con Felipe el camarero o con algún vecino para desahogarme. Digo lo de Alicante ciudad porque los alicantinos podemos ser de Alcoy, de Benissa, Elche o de Orihuela etc... Persistimos en nuestra patria pueblerina o tribal porque la tierra nos atrae emocionalmente.

Después, a eso de las ocho de la tarde me apeteció beberme unos whiskies en compañía femenina en el puticlub el Mambo II del barrio. Decir el barrio es decir el Barrio de Santa Cruz. Recaí en mis antiguos síntomas de ansiedad. Caminé unos quinientos metros desde mi casa al Mambo II, un local de alterne conocido, y casi familiar para mí, discreto, con camareras amables, no sabría recordar desde cuándo empecé a frecuentarlo, creo que fue en los años de mi crisis personal cuando me expulsaron de la Guardia Civil por insubordinación, ansiedad y depresiones, a consecuencia del llamado: «Síndrome del

Norte», más una combinación explosiva de drogas y alcohol, que me llevaron por un camino sin salida ni posible retorno; y acabé en prisiones militares. Ya he pisado dos veces la trena, lo que sin duda, es simplemente, mala suerte. Otros la hacen peores que yo y se salvan de todas. En aquel tiempo yo era claramente la carta IX del tarot: El Loco.

Durante mis años del País Vasco yo estaba casado, encima me vino la separación de mi mujer vasca —hija de andaluces emigrados— que no quiso comprenderme ni arroparme. Se llama Verónica, Vero para los íntimos Teníamos dos hijos pequeños, pero ella optó por separarse e irse a vivir a casa de sus padres en Baracaldo, pendiente de un seguro divorcio y la custodia de los hijos. Yo no fui capaz de pedirle perdón, ni de encontrar un trabajo digno, como expicoleto, por eso me vine a Alicante, la ciudad en la que había estudiado el BUP en el Instituto X y tenía algunos amigos, de los que es mejor no citar, pues mis padres son y siguen viviendo en Benissa con su negocio de antigüedades, o chatarra perfilada.

El Mambo II era un puticlub, un antro de todos los vicios, su fachada carecía de atractivo arquitectónico que llamara la atención desde el exterior, pero elegante por dentro en tibia penumbra con unas luces violáceas y un olor a colonia de desinfectar cipotes revenidos que, con gracia y seducción regentaba *La Paquera*, un travestido experimentado en el oficio de la noche, que en sus buenos tiempos de la movida flamenca tenía dentro del local un pequeño tablao e imitaba muy bien a su ídolo: la cantaora la Paquera de Jerez, un mito viviente del flamenco de todos los tiempos, y a la que conoció personalmente en el teatro Apolo de Barcelona. Por imitar a la diva del cante jondo le venía el mote al dueño del Mambo, por su habilidad en imitar su cante jondo con duende. Esto de tener duende es un don, lo tienes o no lo tienes porque no se puede aprender, me decía *La Paquera:* «Yo no lo tengo, si lo hubiera tenido me hubiera hecho de oro como Camarón o el Lebrijano».

En otros tiempo, antes de ser puticlub, el Mambo II era una taberna flamenca llamada Mambo I, pero como atraídos por el imán del cante, se le llenó de personal con apellidos como los Amadores, los Vargas o Heredias y otros señores de alta raza gitana aficionados al cante jondo que buscaban una oportunidad en el cante profesional. Pero las peleas y los navajazos fueron habituales y, evidentemente los vecinos del barrio, hartos de ruidos y molestias, le obligaron a reconvertirlo en otro negocio de servicios a los clientes solitarios, en lo que es ahora: un discreto puticlub de alterne sin tablao flamenco. *La Paquera*, a pesar de ser un travestido maquillado, no podía disimular sus setenta años, era un dechado de sabiduría cosmopolita aprendida en la universidad del barrio y los palos —de todo tipo— que le habían dado sus amantes. Una vez me dijo «ella» que fue

abogado en ejercicio, increíble, pero cierto, vino a menos porque se descubrió públicamente que era homosexual en los años 80 cuando lo detuvieron con un morito en Marruecos, en posición desafortunada y se buscó la ruina, porque en aquellos años lo expulsaron del Colegio Oficial de Abogados. Y evidentemente tuvo que salir del armario. Pero es que además el travestismo y el cante eran lo suyo, aunque a veces parecía un *Dragqueen*, por su forma exagerada de maquillarse y por los tacones altos de botas que calzaba. Ahora estaba con Royer, un ex legionario francés.

El Mambo II, tenía dos camareras fijas de distintas razas por lo de la clientela multirracial: la negra Christy, senegalesa inmigrante y superviviente de una patera en el Estrecho de Gibraltar con un hijo nacido en España, la otra era una rubia lituana llamada Daina, con perfecto dominio del inglés, para atender a las diferentes lenguas (personas de diferentes lenguas), y un poquito de castellano que me encantaba por su pronunciación en presente sin conjugar los difíciles verbos castellanos. Y de vez en cuando aparecía alguna prostituta eventual de refuerzo para Semana Santa y las Hogueras de Joan. Otras veces en invierno entraban las busconas callejeras para resguardarse del frío de la calle y buscar a algún cliente, y hacérselo en alguna de las habitaciones que tenía arriba el Mambo y que les alquilaba *La Paquera*.

Las camareras Christy y Daina, solo se lo hacían con clientes conocidos y de confianza como yo, pues no eran unas vulgares prostitutas, sino que tenían caché y precios altos (una forma de evitar a los mataos). Pues en el fondo eran dos señoritas o *chick lit* camareras artistas de todo y con necesidades como todo ser viviente bribón de los nocturnos y seductores horas en que Alicante dormía su tajada de sol y playa borrachas de turistas cerveceros.

Yo pasaba en el puticlub muchas horas nocturnas, bebiendo y fumando algunos porros de hierbas Ketama, algunos sábados hasta las cinco de la madrugada por culpa de mi insomnio y soledad. Además de dejarme torpedear por unos vasos de whiskies amigos, el puticlub me servía para practicar el inglés con Daina en clases prácticas. Daina, que significa canción en lituano y letón, según me dijo ella, al poco tiempo de conocerla la bauticé como Diana, más griego, y más cómodo de pronunciar, pues era como lozana Diana cazadora del templo de Delos. Tenía un rostro inmaculado y frágil como las nórdicas, era más alta que yo que mido 1.75 de estatura, tenía los ojos como las violetas, una buena arcada entre las piernas, buenas tetas sin sujetador, bajo un jersey blanco, eran cariñosa sobre las burbujas del cava, cálida y muy sexi; ¡qué coño!, que me ponían muy ardiente. Sobre todo cuando yo la invitaba a un whisky de manzanilla, claro, que me lo cobraba a precio de ese Johnni Walker

original, ese caminante irlandés medio borracho de las etiquetas negras. En fiestas de guardar invitaba a Diana a algunas botellas de Benjamín (cavas de botella pequeñas de Requensa) porque ella iba a comisión por descorche de cada botellita. Algunas veces, cuando cobraba la semana, me la llevaba al reservado del Mambo, donde recibía algunos cariños amorosos, más que nada como terapia ante la falta de cariño femenino del que yo carecía desde mi separación.

La noche de los atentados a las Torres Gemelas, tomé alcohol de más, a lo tonto sin nada que celebrar acompañado por Diana, quizás para ahogar unas escenas horribles que me recordaban mis tiempos en Bilbao en los años noventa, o por la amargura del recuerdo interior de un tiempo en nieblas pasado el Parque Natural de Gobeikao, mi vuelta a la vida real. Me fumé un par de cigarros con chocolate y esnifé una raya de coca, lo único que me faltaba era que un tipo me diera un par de hostias para saber que estaba vivo. Regresé a mi casa dando tumbos pero contento y relajado. El barrio de Santa Cruz es de talla media, un barrio de los llamados de escaleras, que se recorre haciendo *trekking,* no sabría decir a qué hora aparecí por casa, dándome contra las farolas en el ascua del amanecer. Después me quedaban remordimientos por haber ido al puticlub, culpas grandes como negros escarabajos de azabache. Vivía solo y desordenado, era un divorciado con dos hijos menores, pero yo tenía derecho a vivir y reorganizar una nueva vida. Me sentía mal, asqueado de una vida sin sentido en la melancolía crepuscular de mi existencia.

Mi vocación fue siempre la Benemérita, a pesar de no ser hijo de Cuerpo, ni tener antecedentes de familias militares. Me gustaba mi trabajo de picoleto, la investigación de los delitos, descubrir a criminales puros y duros, a terroristas etarras, ladrones y algún estafador psicópata suelto, evitar atentados, investigar secuestros de personas, e infinitas horas de seguimientos, pases a Francia, con la vida puesta en la anilla detonadora de una bomba lapa, saborear el peligro y el miedo hasta que se me quedaba la boca tan seca como una cajetilla de Ducados que era lo que yo fumaba.

3

Desde el año 1999 trabajaba como una especie de detective autónomo a destajo en el bufete detectives y abogados Ridruejo & Brothers, situada en la rambla de Méndez Nuñez de Alicante. Cobraba según resultados; es decir, que cobraba en negro y de tarde en tarde. Me mantenía de mis ahorros, de mis 2.000 euros de cuando salí de prisiones militares, por haber trabajado en talles de la prisión con lo textil. Estaba de favor, de lástima; o sea, un trabajo logrado por la recomendación de un amigo y compañero de la Comandancia de Alicante destinado en el grupo de la Policía Judicial llamado Hipólito (nombre supuesto para esta historia). Otras veces, y cuando había mucha faena, Kiko, el encargado de la gestión de personal del bufete, me encargaba trabajos rutinarios como seguimientos de adúlteros/as, sacar copias en el Registro de la Propiedad, informes de jóvenes candidatos para empresas, novias, alzamiento de bienes, herencias, liquidez de empresas, etc., etc., investigaciones sencillas propias de auxiliar administrativo. Sin embargo, estaba harto, no harto, sino completamente lleno de rutina y de trabajos facilones, tal vez tenía cansancio mental llevado por la mansedumbre del río lento de la burocracia y el automatismo de los días repetidos sin ninguna intriga. Tras las jornadas de horarios indeterminados, me quedaba el engañoso consuelo de decirme a mí mismo en pensamientos perturbadores: «Mejor esto que el desempleo, además tengo que mandar dinero para mis hijos de siete y nueve años que están con su madre en Baracaldo, y a los que echo mucho de menos».

Yo no era nadie de importancia en el bufete, a pesar de que el Sr. Ridruejo y su hermano, sabían que yo había sido un picoleto de la P.J. antiterrorista, y ahora autónomo de no sé qué clave en Hacienda. Por mis antecedentes penales y estar separado de las Guardia Civil no podía ser ni Vigilante de Seguridad Privada (porque se exigía un examen), o necesitaba unos requisitos que no cumplían con la Orden de 7 de julio de 1995, o sea ni de los antiguos guardas jurados. Diez años de anti-terrorismo jugándome el pellejo, más una diplomatura de grado medio universitario en Criminología para ejercer el oficio más bonito del mundo y un montón de medallas ganadas en el filo de la heroicidad, no me daban derecho ni a ser vigilante, parodias de la vida y del mal funcionamiento de la Administración del Estado, que no recoge a los tipos como yo. Aquello era un abuso laboral, pero cómo reclamar mis derechos si no estaba dado de alta en la empresa ni tenía sindicato, ni yo tenía derechos. Yo estaba peor que una criada por horas y ni siquiera dado de alta en la Seguridad Social.

Hasta ese momento, como administrativo y como auxiliar de detective en el bufete de abogados el Sr. Ridruejo, no había podido yo demostrar mi capacidad policial deductiva ante él ni ante nadie, así que a lo mejor me auto-despedía y me dedicaría a otros negocios como los de cobrar a morosos o hacer seguros, visitar médicos, todo menos vender antigüedades de rastro en la tienda de mis padres en Benissa.

En las oficinas los compañeros como el cabrito del Kiko, el encargado de personal, o Justino, el tesorero, me llaman burlonamente *Harry, el expicoleto*, eran unos cínicos; sin embargo por detrás con lanzas de fresno en mi costado sé que me decían: *Harry, el Sucio* como el policía de las películas de Clint Eastwood. Así de cobardes eran algunos compañeros de trabajo, que hablan a la espalda de uno, y luego cínicamente te dicen otra cosa delante. A mí el apodo de *Harry* tampoco me desagradaba, porque en realidad yo era como un auxiliar de detective, pero sin licencia o lo que se llama un ojeador. Mi jefe sabía mi antigua profesión en la Guardia Civil y también mi nombre real: Matías Fletabarcos (apellido de origen gallego). Porque para los chupatintas de la oficina yo era *Harry*. Pero esto se iba a acabar.

En esos días de los atentados a la Torres Gemelas estaba como en Stand Bay, sin perspectiva de futuro ni mejoras de sueldo, depresivo e intoxicado de alcohol y otras porquerías. Pero nadie me podía quitar lo que me costó ganar con mi propio esfuerzo y mis heridas de guerra pasadas en la Policía Judicial de la Guardia Civil en el Norte, mis medallas al mérito militar y otras recompensas por desarticulación de comandos de ETA, y a muchos metí entre rejas.

4

Los días sucesivos a la tragedia de Nueva York volvieron mis recaídas de ansiedad, y me entraron los miedos, y volví al pozo negro de mi imaginación nefasta con recuerdos de cuando mataron a un compañero mío y a su mujer embarazada en un atentado terrorista que yo presencié en el País Vasco (me reservo el lugar exacto). Mi forma de pensar ante los atentados a las Torre Gemelas me trajo de nuevo miedos e inseguridades y me entraron las manías persecutorias. En el País Vasco no hubo nunca la llamada guerra «sucia» contra ETA, porque los acosados éramos las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado, jueces, magistrados y políticos que cumplíamos con nuestro deber. Lo de los GAL nada tuvo que ver conmigo ni con los picoletos, fueron los maderos. Donde el acoso abertzale y la violencia etarra era una constante, todos los días, contra cualquier cuartel o en las calles. Ahora en septiembre de 2001 presentí, de una forma irrevocable, que este mundo no se iba a quedar así tal cual, íbamos hacia la III Guerra Mundial y el terrorismo islamista iba a tomar nuevas alas por culpa de los clérigos fundamentalistas en las mezquitas, e iban a venir nuevas guerras. A ese tal Bin Laden lo estaba buscando en Pakistán para matarlo y entregarlo como trofeo a un pueblo estadounidense que gritaba venganza: ojo por ojo, y diente por diente según los preceptos bíblico de la Ley del Talión. Esto me ponía muy nervioso y temeroso. Se iba a construir una nueva sociedad bélica con materiales inestables en una combinación de estrés y miedo colectivo, y, se reforzaría la seguridad en los aeropuertos y fronteras. Tal fue la cólera e impotencia que se apoderó de mi ánimo que acabé con una sensación de vacío existencial, donde ya nada me importaba, pues no había superado el llamado «Síndrome del Norte» que comprende: alcoholismo, depresión, suicidios, trastornos delirantes e ideas persecutorios (crees que todo el mundo está contra uno).

Con grandes reticencias por mi parte, y por simple precaución volví a la consulta privada de mi psiquiatra el Dr. Piedrolobo con consulta en la plaza de los Luceros de Alicante, tras pedir cita previa, evidentemente. Pues me estaba tratado de una ligera depresión desde mi expulsión de la Guardia Civil, y sobre todo por la situación de desamparo legal en que me había quedado, sin derecho a pensión ni desempleo, por no llevar los años requeridos de servicio activo, y mis padecimientos, decían los médicos del Tribunal Médico Militar, que no eran consecuencias del servicio, sino de mis vicios. Porque el Ministerio del Interior siempre negó el llamado «Síndrome del Norte»

que se originaba por el aislamiento social por parte de los nacionalistas vascos, los abertzales separatistas y una sociedad vasca poco implicada en el sentimiento de ser español. Los cursos de aclimatación socio-psicológica para Vascongadas no servían para integrarnos. Los choques entre Ertzaintza, Policía Nacional y Guardia Civil se disparaban según los distintos gobiernos vascos. Hacía falta una coordinación entre los Cuerpos. Eran necesarios cursos técnico-policiales que no se impartían.

En esta mi nueva recaída en la depre, más cierta ansiedad, mi psiquiatra particular, pensaba que mis miedos eran psicosomáticos, una psicosis paranoica como las personas que viven en zona de conflicto y encima pueden tener algún principio de enfermedades varias, bien de hipertensión, colesterol y trastornos delirantes. En mi caso estaba padeciendo aquel mismo miedo que en tiempos del terrorismo más violento y sangriento. Le hablé sobre mis nuevos temores y mis sufrimientos interiores, me dijo que lo de Nueva York no debería de preocuparme, que yo era un peatón que no podía tomar decisiones mundiales. Volvió a repetirme la misma terapia que cuando acudí con los síntomas del «Síndrome del Norte» y me recetó los mismos medicamentos para relajarme y conciliar el sueño. Me aconsejó como un amigo más que como un psiquiatra que debía de cambiar de actitud mental, y ser más positivo en la vida:

—Tú no puede cambiar el mundo, y el mundo no va a cambiar porque tú te preocupe por él. ¿Se ha preocupado el mundo por ti? Como terapia te prohíbo que veas los Telediarios —Me dijo así de tajante y convincente— es mejor que leas el periódico. Las noticias con imágenes te afectan mucho, en cambio si las lees, siendo las mismas noticias no le impresionarán tanto. El mundo ha estado y estará siempre en guerra. Piensa en positivo, te encontrarás mejor.

—De acuerdo doctor. Yo por las tardes-noche vivo un poco la vida vikinga me tomo algunos whiskies. ¿Es malo?

—Como no te voy a mandar medicamentos ansiolíticos, que casi siempre interrelacionan con el alcohol, no te los voy a recetar. No importa tomar un par de whiskies para poder relajarse por la noche. Además ejerce un buen efecto sobre la circulación de la sangre. Pero yo te aconsejo que gradualmente reduzca su ingesta.

Nunca le había contado a mi psiquiatra que yo trabajaba, entonces, de ayudante de un detective por encargos en un bufete de abogados, que era mi forma de vida desde que llegué a Alicante, pues de seguro que de habérselo contado me hubiera quitado de ese trabajo detectivesco para no recibir impresiones ni estrés. Días después, reflexioné sobre lo que el doctor de los locos me había aconsejado y los sufrimientos que me acosaban. Me di cuenta de que nada es terrible, ¿qué era lo peor que me podía pasar?, que nos mandaran una

bomba atómica, ¿y qué?, te mueres y se acabó tanta tontería mentales de cobardes. Este no era el pensamiento adecuado de una persona normal, pero así estaba yo por aquel tiempo de 2001, hecho polvo.

Tenía razón el loquero. Yo debía de pensar en positivo y sobre todo dormir más de lo que lo estaba haciendo de un par de horas al día. Porque tener, tenía poca voluntad para intentarlo. Yo le hablaba a mi otro yo, del perdedor que era, sin tener en cuenta de que yo tenía muchas cualidades ocultas para ser un ganador. A veces no hay mal que por bien no venga y la investigación de la mujer del Amadorio iba a ser mi mejor terapia. Era posible que con la expulsión de la Guardia Civil me hubieran hecho un favor, a lo mejor salvé la vida en Vascongadas en uno de los múltiples atentado terroristas con lapas bombas o del tiro en la nuca. Muchos de mis compañeros fueron asesinados por el terrorismo de la ETA, víctimas, sin duda de una situación política de mirar para otro lado. Decidí hacerme cargo de mí mismo, volver a ser valiente como años atrás lo fui, confiar en los demás, ganar en autoestima, olvidar los viejos temores, no infundados, sino ciertos, pero la adaptación es necesaria para sobrevivir. La mejor forma de acabar con el insomnio era regresar a la práctica de los ejercicios físicos en el gimnasio de artes marciales y yudo Kin-Shusy, hasta agotarme, y abandonar el sedentarismo, más la barra fija del Mambo II.

En la academia de guardia de Baeza yo pertenecía al equipo de yudo y llegué a cinturón verde. Con las prácticas de las artes marciales gané seguridad en mí mismo y flexibilidad y fortaleza física. Tenía que vencer mi absurda ansiedad sin explicación por lo ocurrido en la Torres Gemelas de Nueva York —si yo en mi interior, en mi subconsciente sabía cuáles eran los remedios, porque es como una melopea, tú sabes lo haces—, tenía que cerrar el capítulo de las pesadillas de mi turbio pasado en las que no tuve culpas de los errores que cometieron otros. «Lo pasado, pasado está, se cerró una etapa». Todo eran comeduras de coco. «Voy a salir de ésta», me decía, a mí mismo repitiéndolo como un mantra budista de autoayuda. Cualquier esfuerzo me costaba un trabajo infinito. Estaba destrozado, me acordaba mucho de mis hijos. A mis padres no podía darles yo disgustos, bastante tenían con mi hermano que era autista, y algún día me tendrías yo que hacer cargo de él.

La vida no es fácil, cuando estás marcado por la cárcel, y la gente que te rodea lo sabe, no te miran a la cara con o los ojos limpios, sino de soslayo, o a lo mejor eran, ellos, de los que no podían tirar la primera piedra, por sus muchos vicios y ocultos deslices morales. La vida no te sonríe cuando has nacido un día 13 de un frío enero, y encima cada vez que tía Anica, la clarividente del tarot, me echaba las cartas siempre me salía La Torre, que no es una buena carta.

Cuando uno no cree ya casi en nada, la cartomancia se convierte en un refugio de soledad y esperanza desde siglos pasados. Hay gente que le reza a Judas Iscariote, patrón de las causas perdidas, o a la Diabla, que es un paso que hay en Orihuela.

5

La mañana que yo pensaba decirle a mi jefe de la agencia de detectives: «Me largo señor Ridruejo, gracias por todo lo que ha hecho por mí». Ese mismo día visité a mi tiradora de cartas del tarot, la tía Anica, *la Granaina*, una gitana que vivía desde hacía 20 años en mi barrio de San Antón, y tenía fama de buena vidente. Todas las cartas que me echó aquel día eran negativas, siempre me salían La Torre, El Juicio junto al Diablo, lo cual no era buenas cartas.

Pero ante mi posible auto despido me llegó la gran oportunidad que esperaba, lo que es desgracia para unos es oportunidad para otros, mientras unos duermen otros hacen dinero, así de sencillo es este perro mundo, cualquier viento a favor es un ciclón que nos empuja adelante. Por esta vez *La Granaína* se había equivocado. Estaba yo en casa durmiendo la mona del colocón de una noche de mierda de porros, de JB, y los benjamines con Diana, cuando me llamó al móvil mi jefe el Sr. Ridruejo, para que fuera a verle al despacho. No me adelantó nada, por teléfono jamás anticipaba detalles, era un verdadero profesional y sabía que gran parte de los teléfonos estaban pinchados, y ¿por qué los nuestros iban a ser diferentes? Me incorporé con lentitud, sentado en la cama dudaba si era yo quien estaba allí, me duché, no tenía tino para afeitarme; pero no por ello dejé de tomarme una cerveza fresca y mi cerebro empezó a despertarse.

Cuando entré en el despacho, mi jefe me miró por encima de las gafas no sin ciertas dudas y reparos por mi aspecto y el abandono de mi barba de tres días y una calva reluciente limpia como el culo de un bebé y eso sí que dispensa cualquier otro abandono o brillante como ámbar de un anillo. Lo de ir elegante y con trajes caros de sastres, era común en él, era fácil cuando se gana mucha pasta, y tanto él como su hermano Agapito lo ganaban. La gente que tiene dinero se le nota en seguida, te habla de usted, a penas te mira a los ojos, tiene una niebla en su mirada y se hace la manicura. En realidad es la mirada de sus propias dudas; es decir, que cuanto habla conmigo, o con alguno de sus empleados del bufete, por debajo de él, no les miraba a la cara; o más certero sería decir a nosotros.

Mi antigua especialidad de Policía Judicial y estudios de Criminología me daban acceso a unas cierta confabulación profesional. Por esta razón me tenía contratado, pero como autónomo. Sin más preámbulos, me lo dijo como una orden.

—Le voy a encargar la investigación del caso de la mujer muerta en el embalse del Amadorio en Villajoyosa, aquí tiene usted una

copia de todo el expediente y el informe forense. Va usted a ser mi auxiliar, ya que yo tengo mucho trabajo en los juzgados y mi hermano Agapito lleva todos los asuntos civiles, y tampoco le sobra el tiempo. La joven ha sido identificada como la hija de un abogado importante y diplomático noruego residente en Benidorm que nos ha encargado que hagamos una investigación paralela a la de la Guardia Civil, pero sin choques con ellos. Los Faldbakken no creen que se trate de un suicido o accidente por ahogamiento. Además está en juego una importante prima de un seguro de vida suizo, porque si es suicidio no pagan, solamente por crimines o accidentes.

—Lo entiendo perfectamente —respondí al Sr. Ridruejo, que no sabía muy bien por qué no me miraba a la cara. Era un tipejo de unos cincuenta años, panchón y de manos con uñas de manicura, algunas entradas y gafas bifocales.

—La chica se llamaba Melanie tenía veintitrés años y estaba embarazada de varios meses —según la autopsia—Trabajaba en la Residencia Siddall cerca de Orcheta, una residencia inglesa para jubilados anglosajones y nórdicos.

—Tome usted el expediente a ver qué resuelve —aseveró el Sr. Ridruejo con cierta mirada de desafío de quien lanza un reto, y añadió su coletilla de siempre—... Me consta que es un caso difícil. Quiero que me tenga usted informado de todos los pasos que dé. Nos jugamos mucho es este asunto. Usted va a ser mis ojos, mis oídos y mis pies. Recuerde, siempre: investigación científica, métodos legales, pruebas y más pruebas, nada de chapuzas, ya me entiende.

—Pero si los detectives privados no podemos investigar oficialmente homicidios ni crímenes, esto va a ser complicado.

—Sí, nada en esta profesión es fácil. Pero este caso es una investigación que me pide un amigo mío muy importante; usted a investigar paralelamente a la Guardia Civil de Villajoyosa, que son los que llevan el caso, por ello, si averiguas algo serán ellos los que actúen e intervengan. Usted, por su antigua profesión, tiene buenos contactos con la Benemérita de la Comandancia, ya sabes, con su amigo Hipólito de la Policía Judicial, y le será fácil investigar. Tendrá dietas y kilometraje, porque quiero que se dedique únicamente y exclusivamente a este caso, que llamaremos: «La mujer del Amadorio».

—Muy bien Sr. Ridruejo, gracias por confiarme este caso, esté tranquilo, seguro que no le defraudaré. Sabe una cosa, que me ha alegrado el día que estaba esperando. Me pongo las pilas y a trabajar.

Cuando mi jefe hablaba conmigo se repetía como un papagayo con la muletilla de «investigación científica, métodos legales, investigación científica...». Mi jefe no quería problemas porque en realidad yo era un ilegal en un mundo de legales, y una bomba psicológica sin detonador. Desde luego que le entendía

perfectamente, con esa segunda lectura, me advertía socarronamente de que no quería antiguos métodos policiales coactivos, o de los que le constaba que yo empleé en mi pasado profesional. Sabía que yo había cambiado mucho desde aquellos tiempos del frío y la bañera. Imprevisiblemente, de nuevo tenía un caso relevante, me iba a poner las pilas, necesitaba meter un gol de oro. *«A que sí…»,* me dije a mí mismo como una reafirmación, porque había tomado la costumbre de hablar solo y aceptar algunos mantras como el de: «Todo saldrá bien». Tenía que ponerme en expedición a la voz de ¡ya!, engrasé la pistola y la deductiva, cargué el móvil y engrasé mis zonas de los presentimientos y la intuición. Me preocupaba no ya por el caso en sí, sino más bien por prestigio y demostrar que podía resolverlo, y con el resultado darle en los morros a más de uno, y también al minucioso de mi jefe que confiaba poco en mí, y más que nada le odié cuando añadió aquello de *si das la talla*, con cierta ironía que no venía a cuento, puesto últimamente se mostraba conmigo un poco tirante, lanzando sarcasmos y permitiéndose ciertas licencias inoportunas, insistiendo en rasgar la delicada piel de mis heridas incisas sobre mi persistente pasado, era de su costumbre.

El Sr. Ridruejo fue en juventud alférez provisional, además de era Licenciado en Derecho, abogado en ejercicio, y tenía el Título Universitario de grado medio en Criminología para ejercer como detective privado con licencia del Ministerio del Interior, y, además, tenía muy buenas influencias sociales en toda la Costa Blanca. En el despacho de abogados trabajábamos unas veinte personas.

Mi jefe, el tipejo ruin, no se fiaba mucho de mí, por eso me hablaba distante y de usted. Había conseguido hasta una copia del informe forense, artes mágicas de su oficio, por algo era considerado uno de los mejores detectives de Alicante y su provincia. En este oficio, lo importante son los contactos y el olfato policial, y nunca jamás rendirse. Su residencia era una torre-chalet por San Juan con una buena bodega y piscina con césped, altos pinos, era uno de chalet con 1.500 m2 de jardines, para el recreo y el estrechamiento de amistadas como policías, jueces, fiscales, secretarios, procuradores y otros señores de trajes y corbatas con poder decisorio.

Yo, evidentemente, como ayudante suyo no le pregunté cómo había conseguido el informe forense, porque era fácil para él echar el teléfono a un secretario de juzgado, a un forense y conseguir un documento, el que fuere.

Era lo que a mí me hacía falta, actividad policial, la investigación de la muerte de Melanie era lo mío, y una gran oportunidad y un desafío que no iba a ser fácil.

Ya me había indicado mi psiquiatra el Dr. Piedrolobo (con el que estuve casi un año de tratamiento), que la mejor de las medicinas contra toda depresión era el trabajo. Yo estaba dispuesto a volver al curro, porque tenía que ganar dinero, pues el abogado de mi exmujer, hacía unos días que me había llamado por teléfono desde Baracaldo para advertirme que me estaba retrasando en las cuotas de manutención de mis dos hijos.

Así que, sin más dilación me puse a trabajar en firme como su auxiliar, ya que yo no tenía licencia de detective privado. Desgraciadamente el cadáver de Melanie no iba a resucitar, pero el autor o los autores debían pagar su culpa y, este fue mi trabajo.

Repasé y me estudié el expediente tenía el atestado, la inspección ocular, las fotografías de la chica y el informe forense, así como los recortes de prensa donde se recogía la crónica de la aparición del cadáver de una mujer en las aguas del embalse del Amadorio de La Vila. En la portada escribí a lápiz lo primero que se me vino a la cabeza: «Revancha». La primera palabra que se te viene a la cabeza, es una palabra a las que yo llamo alfombra, puesto que en ellas se ocultan o cobijan bichitos, trama de hilos entrecruzados y etiquetas por descifrar: presentimientos o si se le quiere llamar percepciones extra sensoriales que todos poseemos en nuestro trabajo, y el mío era de perro de policía. Me llamó la atención de que en el informe policial de los hechos, decía que en el saco estomacal como en los

pulmones de Melanie encontraron agua que contenía sulfato de magnesio, de nombre común sal de Epsom (o llamada también sal inglesa), es un compuesto químico que contiene magnesio, y cuya fórmula es $Mg\ SO_4 \cdot 7H_2O$, se usa como sales de baño. Con un análisis químico del agua del embalse se demostró que no tenía magnesio, aunque podía provenir de algunos residuos o vertidos cercanos de desagües del embalse. Era evidente que a Melanie la habían ahogado en otro lugar, pero ¿dónde? Si la trajeron ya muerta en coche, la Policía Judicial debieron tomar huellas de los neumáticos impresos en el albero, pero no las habían tomado. La chica debía estar muerta, porque no tenía signo de mordazas en las muñecas, detalles que no se hacían constar en el informe policial. Al menos, sí le tomaron muestras de posible semen en la vagina, pelos, sangre…, por si acaso, siempre se debe de hacer para obtener el ADN. Y como estaba embarazada no encontrábamos ante un doble crimen, el de la madre y el de su cigoto de más de veinte semanas de vida fetal, un ser vivo con corazoncito.

Por mis estudios criminológicos sabía que científicamente el cigoto o embrión no es un ser humano hasta que no tenga células vivas con el genoma humano completo; pero por encima de este asunto está la ética y la morar. Lo cual ocurre cuando el sistema nervioso y la corteza cerebral están desarrollados. Es un organismo multicelular que está vivo pero no es aún un ser humano. Con 20 semanas no se ha iniciado la formación de la corteza cerebral. No soy abortista, pero estoy en pro de la vida. Estoy en contra del aborto, pues un crío que nace siempre se puede dar en adopción. Creo que las células humanas están vivas desde la misma fecundación del óvulo por el espermatozoide y que, por ello, el aborto es un asesinato. Luego vendrán las cuestiones técnico-legales de acuerdo a los preceptos del Código Penal, pero esto no nos incumbe a los investigadores, sino a los jueces y fiscales.

¿Quién era el padre del feto? o acaso era una fertilización *in vitro,* aunque esta hipótesis yo la descartaba por ser soltera y joven todavía. Y no creo que soltera se lo hubiera hecho.

El informe forense de Medicina Legal tiene una especialidad que se llama OBSTETRICIA FORENSE que estudia la esfera sexual de la mujer y sus alteraciones relativas al instinto y personalidad, así como los delitos relacionados con la vida, el cuerpo y la salud, como son aborto, infanticidio, y aquellos referidos a los delitos contra la libertad sexual.

Melanie estaba en estado de gestación de unas veinte semanas, tiempo suficiente para que del feto pudiera ser extraída una muestra de ADN para identificar al padre. El Dr. E.H.J., escribió lo siguiente en el informe forense:

«Presenta mamas flácidas sin ninguna secreción alguna, útero aumentado de tamaño, ausencia de estrías abdominales, ausencia de sangrado transvaginal y examen genital sin lesiones; siendo estos puntos importantes los cuales determinan que quien se indicaba estaba en estado de gestación. Sin síntomas de violación…No encontramos restos de semen».

Desde mi punto de vista el informe forense era muy escaso en información médico legal, la familia debió encargar un segundo examen forense a algún forense particular, ante de haber sido incinerada, y de esto hacía ya dos meses. Este tipo de crímenes las mujeres deben ser hibernados por un periodo mínimo de seis meses, por si se necesita hacer más pruebas y análisis.

Sin buscar más explicaciones acudieron a mi cabeza una vertebración de imágenes antiguas, *flash back* de muertos con las manos atadas en el País Vasco —había visto más muertos que lo razonable—, era macabras asociaciones que no sabía encajar ni relacionar en mi mente desamuebla; rápidos destellos del tráiler o avances de una película en blanco y negro, sin lógica; más bien pertenecientes al subconsciente, al mundo de las voces interiores de las imágenes superpuestas y que de ninguna manera podía explicarme, me venían y me llagabas como estrellas fugaces. Para empezar debía hacerle una visita al forense Dr. E.H.J., y otra al equipo de P.J. de Villa Joyosa, que hicieron la inspección ocular por si buscaron en el embalse un posible teléfono móvil, que tiran los asesinos. Como en el tarot había que ir eliminando arcanos mayores para ir desechando dudas porque un investigador como un jugador debe acostumbrarse a imaginar posibles hipótesis por comparación de su experiencia anterior, aunque parezcan inverosímiles en el planteamiento forense.

La Prensa tampoco podía quedar fuera de mis investigaciones, sobre todo, entrevistarme con los periodistas que llevaban las páginas de sucesos del *Diario Alicante Hoy*. Tampoco se debía descartar un medio que empujaba fuerte como Internet. Tenía que ponerme en forma, dejar el puterío del Mambo, los whiskies y los porros. No iba a ser fácil, pero era el único camino que disponía para tener la mente clara y las ideas a punto como el filo del bisturí de un cardiólogo.

Examiné con ojo clínico las fotos aparecidas en el *Diario Alicante Hoy* de los días 20 y 21 de julio de 2001, leí el pie de foto y anoté el nombre del fotógrafo: J. Utrera. También busqué la firma del autor de la crónica, para regusto mío era la de mi amiga y periodista Silvia Carretero, una suerte. Nos conocíamos desde hacía muchos años en el instituto, luego desconectamos cuando ella se fue a Madrid a estudiar Ciencias de la Información. Llamé a la redacción y me dieron su móvil. Quedamos en vernos en San Juan donde estaba cubriendo la noticia del derribo y desalojo del Parque Ansaldo por el Ayuntamiento y la Guardia Civil. Tomé el coche y me acerqué hasta

el parque Ansaldo, aparqué cerca de un Instituto de Enseñanza Media y allí estaba Silvia tomando notas bajo un escuálido y medio seco algarrobo.

—¿Cuánto tiempo sin verte, Silvia, qué hacéis por aquí? —pregunté por entrar en la conversación y nos dimos dos besos de saludo.

—Estamos, como te dije por teléfono, cubriendo los derribos de este barrio marginal. Bueno, y que quieres de esta currante periodista.

—Saber quién es Utrera, el fotógrafo del reportaje de la mujer del Amadorio?

—Tienes suerte, hoy ha venido conmigo y anda por ahí con la réflex.

El fotógrafo que acompañaba a Silvia para cubrir los derribos, se hallaba en medio de una polvareda de empujones entre fuerzas antidisturbios, policías locales y gitanos, vivía el mundo del flash con el amor del artista gráfico, sus máquinas y sus carretes. Cuando se aproximó, mantuve cierta distancia para permitir la confidencialidad de nuestra conversación privada. Silvia la llamó y me la señaló: «Ahí tienes a Julia una artista de la fotografía y el que firma los pies de fotos». J. Utrera era un chica de pelo largo y gafas, pantalón vaquero y camisa de cuadros, llegó como despistada, le saludé y le comenté que tenía mucho interés por el reportaje del Amadorio, le cedí un sitio o en términos ciclistas le ofrecí la rueda para que nos siguiera de cerca y se metiera en nuestra conversación para convertirnos en un trío de confidencias, a pesar de que ya se sabe que no hay secreto si lo saben dos. Y tenía mis motivos para ser el tío más desconfiado que existe, después de los que se dedican a la compra venta de oro.

Cuando le llamé por su nombre de pila: Julia, se quedó un tanto perpleja, fuera del entorno familiar nadie la conocía por su nombre, sino por Utrera, y ese detalle le llenó de cierta vanidad, se sentía importante, y eso le hizo ser más espontánea. No hay nada tan halagador como oír en labios de otro tu propio nombre.

—Tengo casi un carrete de fotos del embalse, pero no las de la muerta, las de la muerta que aparecieron publicadas las hizo la Guardia Civil —aseguró Julia Utrera con cierta sonrisa de alegría y la sensación de quién se siente útil y, una sonrisa sarcástica pero con precauciones salió de su bello rostro.

—Hoy me has alegrado el día —le dije con satisfacción por tener algo más. Déjamelas en un sobre a mi nombre y yo personalmente iré por la redacción a recogerlas.

Le invité a unas cervezas en un bar que estaba por allí cerca y me dijeron que no podían abandonar el campo de batalla. Silvia y su fotógrafa me ampliaron la noticia de prensa sobre la mujer del

Amadorio, conforme hablaban iba sacando vertiginosas conclusiones, no me hacía falta tomar notas, jamás lo hice, era capaz de poner el oído y retener en la memoria una larga conversación. Compuse mi historia condensada en imágenes que me habían suministrado los demás, hipótesis que adolecían de veracidad, necesitaba acudir al lugar de los hechos para recomponer mi propia realidad palpable, para percibir eso que se llama la voz distante del pasado, como si pudiera revelar la última imagen que queda grabada como un cliché en la retina del ojo de las víctimas, los mensajes de la tierra, del agua, del barro... Silvia y Utrera hablaban de un posible crimen ritual de alguna secta satánica, pero por decir algo noticiable.

—¿Qué tonterías? Que sepamos por aquí no hay asentadas ninguna secta, ni religiosa ni satánica.

—Cerca de la playa del embalse, donde hallaron a Melanie flotando había dos grandes círculos de piedras.

—Pero ¿qué piedras? No sé nada de esas piedras —pregunté a Silvia con cara de asombro disimulado, como cuando te encuentras en el bus a un antiguo amigo al que no has visto ni te interesa.

Como una primera aproximación al resumen de la crónica en la prensa, Silvia me repitió más o menos lo que yo ya había leído en el atestado, pero nunca leí nada de piedras «rituales» o ídolos de piedra, ella me recordó la noticia ya publicada, pero de forma dramatizada.

—Un perro de la raza setter de un cazador que entrenaba por estar en época de veda, recorría sin descanso el húmedo y blando margen del embalse, cerca de la línea inundable donde empieza el monte bajo, contento de recoger los ánades salvajes que su amo le señalaba delante de su hocico, reñidero de plumas. A pesar de que está prohibido cazar en los márgenes de los embalses, también marcó con un plante el cadáver de una mujer semi desnuda y descalzada, de pelo castaño y melena larga flotando sobre las verdes aguas del embalse del Amadorio. El cazador local avisó a la Guardia Civil de La Vila. No presentaba signos de violación, ni deformaciones en el rostro por traumas de golpes. Lo cual me quería decir que era un asqueroso crimen machista, ya van treinta y tantas mujeres muertas en España.

Yo saqué a colación el informe forense y me tiré el pegote del posible envenenamiento o drogada, láudano, por decir algo que tirara de la lengua a mis dos interlocutoras.

—Yo creo —le dije a Silvia— que lo mejor la drogaron con burundanga le anularon la voluntad y la ahogaron en el pantano. Lo digo por las flores que había junto al cadáver de la chica.

—Todo puede ser, pero un novio, una pareja o similar debe estar detrás de este horrible crimen. Es extraño que la hija de un diplomático vaya en bragas, con una camiseta y descalza. ¿Acaso fue una violación?

Yo no podía revelarle a Silvia los datos del forense, ni lo que yo sabía o me quedaba por averiguar. Los que cubren los sucesos son como los perros de la raza *rottweliers* nacidos para atacar, perseguían las noticias hasta agotarla, hasta que ya no causaba interés en los emotivos sentimientos del público lector. Normalmente, en España no existe el periodista investigador. Los datos que publican son las notas de prensa que les facilitan distintos Gabinetes de Comunicaciones de los Cuerpos de Seguridad. Por tal circunstancia, me extrañaba que Silvia supiera tanto de este caso, quizás era por afinidad feminista.

Para designar a Silvia usaría la carta número XVII del tarot que es La Estrella. Este arcano representa la pureza por su desnudez, y el destino, momento de la verdad, donde se obtendrá aquello que se merece, si se es capaz de defenderlo. Simboliza la luz, el saber qué hacer, es la oportunidad que tienes en esta existencia de ser feliz.

Silvia, era de mi edad, alta, más o menos, morena, de pelo largo, ojos inteligentes, y vivaces, pero sometida a la tiranía de su jefe de redacción, que en definitiva, es quien le avala en su puesto de trabajo, y un puesto de trabajo que hoy en día es un lujo. Es el periodismo uno de los empleos más difíciles de conseguir, puesto que empiezas de becario y no sabes cuándo pueden hacerte fijo, aunque ella ya lo era.

Todo estaba muy bien pero yo hablaba con ella como el gato y el ratón: a saltos, pues su profesión suponía tener que cubrirme las espaldas con un caparazón de prevenciones; es decir, que no me podía fiar de Silvia. Porque por encima de la amistad está la obligación que tenemos en el trabajo, la productividad y dar respuestas encubiertas en una promesa que por frágil se puede romper con casi nada. Silvia me daba buenas sensaciones, pero nunca se ha de bajar la guardia.

—Déjame las fotos —le dije a Utrera— en un sobre al conserje de *Diario Alicante Hoy*, a mi nombre.

La traición es por lo general un ejercicio laboral de lo más común en nuestros días, puesto que uno ha de lidiar con los de arriba, con los de abajo y con los de al lado. Las mujeres, por genética son más fieles que los varones, tal vez por la carga de los hijos. Vero, mi exmujer, y yo andábamos siempre de acusaciones, por lo de la manutención y la custodia de los hijos.

7

Lo más eficaz en las investigaciones criminales, es buscar a la mujer, sin embargo, en este caso, la mujer estaba muerta. Otro de mis métodos consistía en darles nombres de cartas del tarot a los sospechosos y actuantes, si se consigue acertar y darle a cada uno su papel, desde el principio, el caso se resuelve casi solo, por el crimen nunca es nada racional. Debemos empezar por situar a los arcanos mayores, ya tenía localizados dos: El Loco, me lo adjudiqué a mí, al investigador. La carta de la muerte, a la chica ahogada. Me faltaba buscar los siguientes arcanos mayores y menores que irían surgiendo poco a poco...

Al día siguiente me acerqué a la redacción de periódico, sobre la once, para recoger el reportaje fotográfico de la mujer del Amadorio que me había dejado Julia Utrera al conserje, redactora de sucesos, en realidad no tenía nada concreto, unas inanimadas fotografías de una mujer joven ahogada en un embalse, en camiseta blanca sin anagramas, únicamente llevaba unas bragas azules, inusual para la costumbre de la zona, flotando, boca arriba, los labios pintados de rojo caliente, las manos abiertas en cruz, sin joyas, y varias ramas de flores amarillas y rojas a su alrededor. Presentí que no se trataba de un suicido, detrás se ocultaba un secreto, y yo tenía un desafío por descubrir. En la orilla del embalse parecía verse unos círculos de piedras de un metro de diámetros que no habían tenido en cuenta la Guardia Civil en la inspección ocular. Dentro de los dos perímetros de piedras había otras ennegrecidas de haber hecho una hoguera. ¿Podía ser de pescadores de carpas nocturnos?

Desde la redacción del *Diario Alicante Hoy* anduve hasta el despacho, situado a unos 500 metros. Le enseñé las fotos a mi jefe, nada más verlas me dijo perplejo «pero ¡joder!, de dónde las has sacado». Palabras que de ordinario no estaban en su refinado vocabulario. «¿Y estas piedras en forma de círculos, están como su hubieran hecho un fuego? Vete al embalse y tomas nuestras propias fotografías. Tienes razón pero no quiero presentimientos, quiero pruebas, métodos legales, investigación científica».

Continuó mirando las fotos y vuelta con los métodos legales, las miró al revés y al derecho por detrás y por los bordes

—La familia debió haber contratado inmediatamente a un forense privado. ¿No cree señor Ridruejo?

—No te pases, tampoco hay que pasarte… ¿eh?, que los forenses judiciales ya no son lo que eran antes, desde que se creó el Instituto de Medicina Legal y Consulta Médico Forense.

—Ya sé, es que siempre desconfía uno, por instinto, de los funcionarios y doctores oficiales. Pero le haré de su parte una visita al Dr. E.H.J., porque tengo algunas dudas, sobre si encontraron o no, pelos ajenos en la vagina de Melanie, moratones o sangre residual en sus uñas, evidencias de una lucha con su agresor.

El Sr. Ridruejo se había convertido para mis investigaciones en el Rey de Espadas, un arcano menor, repartidor de estocadas.

Las flores junto a la víctima flotando sobre las verdes aguas, sin ser plantas acuáticas, me daban el tufo que habían sido puestas allí adrede. Más que un crimen pasional parecía algo ritual, por la cantidad de símbolos, que en mi mente hoy veía: flores, piedra, ropas, el agua. Todo sutilmente ejecutado como para despistar a la Guardia Civil, en una especie de reto, o por el contrario, nunca imaginaron que un perro de caza, al azar, encontrara a la chica en un lugar frondoso, o quizás el cadáver su hundió y luego salió flotando. Son los llamados «indicios del azar», que se interponen a la lógica racional, para manifestarse como una forma de sumar pruebas que inciden positivamente en las pesquisas. Son a mi forma de ver las causalidades que llevaba al Inspector Colombo a resolver sus casos en las series de televisión. A veces, la solución está en lo más simple, en una cámara de video vigilancia, un peatón que pasaba por allí y al verlo todo se convierte en testigo de cargo, el perro que todo lo huele, o la cartera con DNI olvidado de un asesino en el lugar del crimen, como hace años pasó en el País Vasco.

Por otra parte pensé que qué hacia un perro de caza en la zona de la ribera del embalse en época de veda, a no ser el dueño lo estuviera entrenando en el rastreo.

Como un mensaje codificado para terceros, una revancha (el nombre clave o nombre alfombra con que identifiqué el caso se me repetía en la cabeza), lo anormal siempre provoca impresión, esto era lo que me producía: una extraña impresión en la que presentía que la aparición del cadáver era como un macabro arte del subterfugio y la ocultación, me tenía confuso, una nueva palabra se unió a revancha: arte, que unida a revancha se me formaban la palabras: arte de revancha. Que de momento no me decían nada. Si no habían dejado el cadáver para que se descubrieran fácilmente, el asesino o asesino eran muy ingenuos, pues por lo general todo criminal vinculado a la víctima procura deshacerse de su víctima, mutilarla o descuartizarla. Desgraciadamente yo había visto muchos cadáveres destrozados, quizás demasiados, desde un niño ahogado en una piscina hasta un compañero Juanjo Percebes desperdigado por los el verdes y húmedos prados en Markina. También es verdad que los sicarios o etarras del tiro en la nuca, como no tienen vínculos de relación familiar, no se preocupan de hacer desaparecer a las víctimas. La

ideología de una hipotética Euskalarría o Euskal Herria o Vasconia, que es el territorio en el que la cultura vasca se manifiesta en toda su dimensión, como utópico ideal político imposible paraíso endogámico, no es posible en una sociedad globalizada, donde lo que no se modernizada, o no se actualiza sucumbe: renovarse o morir, como ha pasado en naciones que no se han actualizado, y permanecen incólumes en la idea de un comunismo social de derechos para todos, que no puede dar respuestas al equilibrio de las naciones en contante avance en los compromisos de la cooperación internacional.

Aquella tarde noche, chispeante, con claros intermitente sobre el Benacantil, me acerqué al Mambo II porque se celebraba una fiesta por los 10 años de su segunda inauguración. *La Paquera* me había invitado desde hacía meses atrás y me encargó que no faltara. Decoró el interior del puticlub con un gusto femenino, con plantas de interior, yo le regalé una siempreviva que lucía a la entrada, en un macetero rectangular con un bajorrelieve griego de cerámica de Agost, pues siempre pensé que un toque neoclásico le vendría muy bien a la entrada.

Nada más entrar al Mambo, *la Paquera*, repintada y vestida de mujer con peluca de potente colorido naranja, y altos tacones, me saludó con un beso sonoro en la mejilla, demasiada afabilidad, como a un cliente preferencial casi de la casa. Tomé unos whiskies gratis, puso un video musical en el DVD, luego llegó la senegalesa Christy con un cuerpo de fórmula uno, de prohibidas curvas, con la que había entrado algunas veces, las negras tenía un cuerpo de gacela musculosa, pero tenía un olor fuerte en la piel aunque se duchara diariamente, fue antes de acostumbrarme a Diana, la rubia lituana. Diana estaba aquella noche muy amable hablando con otros clientes. Luego cuando yo no le dije nada de llevármela al reservado, me dijo: «Tu estar mu raro», y me echó su blanco brazo por encima del hombro como consolándome de un sentir en mí que ella sólo sabía percibir. «No Diana, es que hoy me duele la cabeza».

Me fui temprano a casa eso de las tres de la madrugada. Porque había tomado la decisión de dejar de frecuentar el puticlub para estar más despejado y concentrarme en mis investigaciones, además es que se me iba la paga de la semana allí invitando a las tías. Desde que tenía el encargo de esta nueva misión mis problemas de ansiedad —desde que rebrotaron por los atentados a las Torres Gemelas— fueron desapareciendo, pues a veces, un cambio en la rutina diaria ocasiona una especie de terapia natural, que mejora nuestra actitudes ante los síntomas funestos, porque en definitiva todo radica en nuestra forma de pensar y de ver las cosas positivamente, desde el otro lado.

Al día siguiente de mi entrevista con Silvia en los desalojos del Parque Ansaldo de San Juan, publicó ella en el *Diario Alicante Hoy* un reportaje sobre la mujer del Amadorio, con filtración del resultado de la autopsia, a pesar del secreto del Sumario Al-4570. Escribía que en el cadáver se habían encontrado, supuestamente restos de burudanga, la droga colombiana que anula la voluntad, y varias sustancias venenosas como el láudano, un veneno opiáceo, y también

magnesio. Lo que evidenciaba que la mujer debió ser ahogada previamente en un agua de baño con estas sustancias, y luego llevada al embalse. Decía la noticia que la muerta era hija de un importante diplomático noruego residente en la Costa Blanca. Concluía con la reflexión de que nos encontrábamos ante un asesinato todavía por descubrir: ¿Qué hacen: la Guardia Civil y el Subdelegado de Gobierno? Se preguntaba la periodista Silvia Carretero. Era filtraciones mías.

El Sr. Ridruejo me llamó al móvil, para preguntarme, todo cabreado por cierto, qué estaba pasado, y si yo había leído el *Diario Alicante Hoy*. Le dije que sí. Me dijo que me acercara a verle al despacho inmediatamente. Estaba que echaba chispas.

—Pero quién coño le ha dado esta información a la periodista. ¿Acaso has hablado tú con ella? ¿Cómo saben lo del «diplomático noruego»? Si solo lo sabemos tú y yo.

—Ayer hablé con la periodista que firma el reportaje, pero yo no le dije nada del expediente ni del magnesio, que además es secreto sumarial.

—¡Pero hombre de Dios! -me machacó mi jefe- Si acaba de llamarme Mrs. Faldbakken para preguntarme si yo sé algo de la noticia de prensa de hoy. Me dice que lo de publicar la prensa lo del diplomático noruego le pone un compromiso con el Ministerio de Asuntos Exteriores español y el noruego.

—Perdón Sr. Ridruejo, yo le dije algunas cosas a la periodista para sonsacarle, pero se ve que me sacó más ella mí, que yo a ella. Lo siento de verdad, no volverá a suceder.

Finalizó nuestra conversación con la promesa de que yo averiguaría lo del crimen y lo de la secta satánica en unas semanas, si es que la había. Llamé por teléfono a Silvia para recriminarle lo que había escrito y le prometí no hablar más con ella ni sobre este asunto ni sobre otros. Porque era un asunto que inquietaba a la seguridad de los turistas de la Costa Blanca, sobre todo a los extranjeros y europeos, podría tratarse de un asesino en serie. Con la noticia se pedía más interés en la investigación, más seguridad en general. Parecía ser, como casi siempre, que Silvia se estaba adelantando a los investigadores policiales, y sacaba en su mejor página, la tercera, un amplio reportaje del suceso, maquinando la hipótesis de que la muerte se debía a una extraña pasión, por las flores venenosas halladas, la forma y la aparición de un piedras colocadas adrede en la proximidad del agua donde apareció el cadáver, de los llamados círculos mágicos del infinito satánico. Mentiras. Sin duda alguna, con esta visión macabra exotérica de enfocar la noticia quería captar la atención de muchos lectores, era su oficio de periodista.

La muy cabrona de mi amiga Silvia había publicado todo aquello

que habíamos hablado en privado, lo del láudano, la burundanga y lo del diplomático, pero nada de dije de magnesio de las sales de baño que había ingerido. Esto, lo demostraba, y es que el que tiene una amiga periodista es como el que tiene un euro falso: para ella lo primero es la noticia y luego los amigos. Pues me las iba a pagar, yo no suelo perdonar las traiciones a nadie. Por otra parte, estas injerencias de la prensa en asuntos policiales no eran muy frecuentes, al menos en España; sin embargo, podía entender que al ser un asunto de violencia de género, ella, se implicaba aún más por tratarse de una mujer joven extranjera.

Y es que, estas investigaciones periodísticas, al no ser Silvia una profesional de la investigación le podrían acarrear algún tirón de oreja de la Justicia, o alguna querella del diplomático noruego por hacer público datos personales, que a quien más podía favorecer era al autor o autores del crimen, para tomar precauciones o deshacerse de pruebas. Era confundir a todo el mundo, porque lo que no sabía Silvia es que lo de la burundanga y el láudano me lo había inventado yo para sonsacarle. De alguna manera, indirectamente yo me había convertido en delator inconsciente y maligno; pero es que así es la vida, no se puede ir de perfecto, uno trata de hacer las cosas bien, en conciencia, sin embargo, éstas se tuercen, no salen como uno pensaba o pretendía.

Capítulos II

El DIABLO

1

La carta del Diablo es negativa, nos insta a enfrentarnos a nuestra actitud negativa o pesimista. Debemos aprender a amarnos y aceptarnos a nosotros mismos, por si acaso algo se tuerce. Es cuestión de mentalización y nuevas actitudes, siempre en positivo. Si tropiezas con las tentaciones, las injusticias, la contradicción, la duda o la adversidad; mantén la fe en todo, es lo que me dice mi psiquiatra, no derribarse a la primera de cambios. Pues la fe mueve montañas.

Tenía yo el presentimiento de que las flores flotando junto al cadáver de Melanie ocultaban una especie de enigma, una especie de clave misteriosa. Las flores de las fotos no se mencionaban en el atestado, datos que se habían obviado, tal vez, por considerarlas como plantas acuáticas autóctonas de la flora del embalse. ¿Y si por casualidad era burundanga?, me preguntaba yo, sería como cuadrar el cubo de Rubik el cual empezaba a girar sus 54 cubitos hacia una solución del crimen. Las flores de la burundanga son blancas como las que estaban en la parte del pelo de Melanie. Las otras, una a cada lado, eran de colores amarillas, rojas y blancas. Mi presentimiento era que las flores no estaban allí por casualidad, ni arrastradas por la corriente del agua, porque presentaban tallos cortadas a tijeras.

La persona que me podía ayudar era el jardinero de los Viveros Forestales de la Santa Faz. Me dieron su teléfono en el ayuntamiento, le llamé y quedamos, vivía en el Plá, me citó en su casa, me acerqué y le tuve que esperar un rato a que llegara, me invitó a subir, le enseñé las fotos y de las flores, me dijo que no conocía todas las flores de la provincia, y no podía decirme a que especie pertenecían. Pero para mejor información me recomendó visitar al padre Fructuoso, fraile, botánico, naturalista y homeópata de los Franciscanos, autor de numerosos trabajos sobre plantas de la región valenciana.

Tomamos el jardinero y yo una cerveza de bote bien fría y su mujer sacó sorpresivamente un plato de rica butifarra de Beniarrés. Como yo era de Benissa, hablamos en valenciano, nuestra lengua materna.

Al día siguiente estaba yo en el Colegio de los Franciscanos de Alicante buscando desesperadamente al fraile Fructuoso. El bedel envió a un alumno a avisarle. Llegó una hora más tarde, estos frailes no tienen prisas y viven sin reloj como las aves del cielo. Cuando se acercó no sabía yo si darle la mano o besársela, no sabía cómo se saludaba a un fraile. Como se dio cuenta de ello me dijo que le llamara hermano Fructuoso, sin más.

—Y yo soy Matías Febreiro, detective privado, pero me llaman

Harry.

_¿Pero d'on eres?

—Sóc de Benissa encara que vaig nàixer a Bocairent.

-De Bocairent era l'arqueòleg Pare Belda.

-¿I com sap, germà Fructuós?

-Me ho va dir ell.

No me atrevía, por pudor religioso a enseñarle las fotografías de las flores, junto al cadáver en bragas azules y la camiseta blanca moja dejaban ver sus pezones duros como gomas de lápices, pero no tenía más remedio. Cuando le enseñé la fotografía y le pregunté por las flores que estaban custodiando a la muerta, me dijo que yo le siguiera al laboratorio. Era como un invernadero que olía a zarzamoras y a heno, debido, sin duda a la multitud de hojas secas que se amontonaban por todas partes como si aquello pareciera un pajar o una cuadra.

El fraile Fructuoso, anciano de aspecto pero de alma joven, olía a sudor de hábito y ajos en el aliento, tenía las manos callosas de campesino. Hablaba fuerte con la voz propia del que tiene mermada la capacidad auditiva. Al pasar dentro de su aposento traté de evitar unas grosellas que había en un cuenco de barro, y me increpó en valenciano.

—¡No huyas de las grosellas!, tienen una potente acción antioxidante gracias a sus flavonoides capaz de impedir la acción cancerígena por los radicales libres... —Continuó con su discurso botánico científico sin que yo pudiera seguir su disertación especializada, y yo con la cabeza decía a todo que sí para no pecar de neófito en botánica, aunque sí lo era, yo no distinguiría un cardo borriquero de un hinojo, porque soy hombre más de mar que de interior.

Cuando le enseñé las fotos, con la mano izquierda sacó la gafas, y cogió las fotos para mirarla detenidamente, y al ver a la joven víctima en bragas, se santiguó con la mano derecha, la mano de bendecir, la que aparta a todo impío demonio de los que invisiblemente vagan a tu alrededor. Sin darme una respuesta emprendió conmigo unos ejercicios casi espirituales: «¿Tú crees en Dios?» Yo, claro que sí, respondí. «Hijo, no me seas hipócrita, en Dios ya no cree nadie, ni los curas». Guardé un silencio místico, me había dejado estupefacto, ¿…y de fe como andas, hijo? Esta vez no pensaba responderle a la primera, para que no me cogiera en fuera de juego, y le pregunté: «¿Fe en qué sentido?», me miró a la cara con cierta expresión de ironía: «¿De qué estamos hablando sino?». Pues claro que tengo fe en lo que hago de lo contrario no estaría aquí. Y el místico fraile botánico murmuró con cierto sarcasmo.

— Evidentment, si no tingueren fe en el teu treball, no estaries ací

aguantant a este vell frare. Fill estes flors són de la zona d'Alcoi —Me dijo en valenciano. Ya teníamos algo, unas flores que crecían por Alcoy, muy lejos de La Vila.

—¿Son burundanga? —le pregunté por entrar en conversación. Y continuamos hablando en castellano.

—No, la burundanga (*Brugmansia candida*) es blanca en forma de trompeta. Es un alcaloide tropánico que puede usarse como antimuscarínico. Actúa como depresor de las terminaciones nerviosas del cerebro. Una planta originaria de Colombia, no crece de forma espontánea en España.

De un anaquel sacó un libraco vademécum polvoriento de flores silvestres y plantas ornamentales, buscó la letra «b» con su dedo índice coronado con una uña con luto, leyó en voz alta la acepción correspondiente, parece que es beleño blanco, que contiene escopolamina es un alcaloide tropánico como la burundanga que en grandes dosis puede ser paralizante, crece en la España seca y en Alicante es abundante en roquedales. Me mostró la ilustración del beleño blanco era de color amarillenta de tallos cortos.

—Como puedes comprobar —me advirtió señalando la fotografía — esta flores de aquí arriba parece beleño blanco y, las otras flores violetas de adelfas (*Nerium oleander*) de zonas húmedas propias de riachuelo, pantanos o embalses. Las dos son muy venenosas, la adelfa por la oleandrina que contiene. Las otras, amarillas, rojas y blancas que están aquí arriba (señalando la fotografía) parecen a unas orquídeas, las conocidas vulgarmente por «dedos de difuntos». Puede ser la *orchis mascula*, una orquídea, se le llama así por la forma de su raíz y dos bulbos con virtudes afrodisíacas, son de color pálido, la palidez de los muertos, los puritanos les cambia el nombre hasta las flores cuando, en su ingenuidad, presentan formas de órganos sexuales. Pero estas orquídeas no son orquídeas del Mediterráneo, se cultivan en invernaderos.

—Es muy interesante, en las orquídeas de formas sexuales puede contener la clave. ¡No sabes cuánto me has ayudado!

—Toma, te voy a dar el título y la editorial donde puedes encontrar el último de mis libros que he publicado sobre la flora endémica de la Sierra de Mariola. Además para saber de flores lo mejor es ir a una floristería, aunque las venenosas no se comercializar como plantas ornamentales sino para usos farmacéuticos.

Con la nota manuscrita del fraile y su recomendación me pasé por FNC en la Bulevar de la Avenida de la Estación y compré un ejemplar de su libro de botánica, y me lo guardé, así de ese modo podía acudir de nuevo al fraile con la excusa de que me firmara el ejemplar, siempre es una llave tentar la vanidad del autor. Además tenía que

consultar en alguna floristería de Alicante el proveedor de estas orquídeas. En una guía de plantas en Internet encontré las siguientes características e imprimí una copia:

> **Curiosidades del beleño blanco o flor de la muerte:** Esta especie se encuentra dentro de una familia de plantas, las solanáceas, que han sido asociadas desde muy antiguo con la brujería y la magia. el Beleño negro (Hyosciamus niger). Estas últimas, se caracterizan por el hecho de que, debido a su composición, pueden originar trastornos del Sistema Nervioso Central. El cuadro clínico producido por estas especies se caracteriza por los siguientes síntomas: sequedad de boca, visión borrosa, midriasis (dilatación de las pupilas), rubicundez (rubefacción), palpitaciones, taquipnea (respiración rápida y agitada), agitación psicomotriz, alucinaciones y, a dosis elevadas, incluso coma y paro respiratorio. El alcaloide más importante, presente en esta especie es la L-hiosciamina que se encuentra en todas las partes de esta planta, junto con cantidades variables de atropina y escopolamina.
>
> El nombre de beleño deriva del latín Belenus, dios galo al que se le consagró esta planta, con la que los galos envenenaban sus flechas. Asimismo el nombre de esta planta originó el verbo embeleñar (adormecer con beleño. Ver ficha de la Belesa).
>
> Por último, y para que no todo lo relacionado con esta planta sea negativo, se sabe que antaño, antes del descubrimiento del cloroformo, se usó esta planta para adormecer a los pacientes que fuesen a ser intervenidos quirúrgicamente.

Con el descubrimiento de las especies de las flores había avanzado otro milímetro, en realidad no tenía nada espectacular para presentar al Señor Ridruejo como prueba tangible, pero demostraba que yo tenía razón: las flores debieron estudiarse en la inspección ocular. Ahora solamente teníamos fotografías. Ya tenía para investigación y lugares a dónde preguntar. Toda investigación se fundamente en preguntar e interrogar. A pesar de todo, las orquídeas rojas son plantas que siempre se relacionan con los órganos sexuales, más el nombre vulgar de «los dedos de difuntos», tenía que existir sin duda alguna relación: causa efecto. A «revancha» le podía unir, sexual y difunto. Tres palabras relacionadas. Bueno ya tenía las flores de Alcoy y una orquídea. Todo movimiento avanza, era como echar sobre la mesa una carta del tarot más: El Sol, que es la número 19 y tiene aspectos benéficos, ya que los augurios son positivos, pues se presenta como una fuente de poder y de rayos luminosos. No obstante, el Arcano Mayor de El Sol también tiene un significado negativo si aparece invertida o junto al Diablo, que es un ser demoníaco maligno y astuto

En la TV y prensa diaria seguían repitiendo sin cesar, como a ellos les gusta, reportajes y fotografías y testimonios del día de la infamia en Estados Unidos del 11-S, que se reflejaba en mi memoria, imágenes que me llevaban a la asociación involuntaria de otras infamias, en otro tiempo de mi peregrinación forzosa y penosa en el País Vasco, alentado siempre por la mentira de una imposible esperanza de paz, las mentiras que te dan valor para seguir y calcular que tienes que dar los pasos precisos para detener a un terrorista y luego interrogarle, adecuadamente, sin remilgos, sin olvidarte un segundo de la cara de otros compañeros víctimas a los que perdiste en la vorágine de una mafia encubierta. Una realidad casi como un sueño parcialmente voluntario, uno de esos sueños matutinos que casi puedes controlar a capricho y llevar al término deseado más acorde con las órdenes recibidas, no importaba que aquel tipo se muriera de miedo y silencio, tiritando de frío en la bañera. Fue autor de varios atentados, había dejado huellas dactilares en un apartamento abandonado de la costa levantina cuando estuvieron preparando la campaña de verano y colocando bombas indiscriminadamente en aeropuertos y playas. Durante meses le seguimos estrechamente, la oportunidad llegó cuando lo encontramos un coche en un garaje de un supermercado, cercano a una plaza de toros, esperamos a que recogiera el coche, era la oportunidad, el momento de sentarse al volante, en ese instante es como si estuviera encerrado, no puedo correr, y no le íbamos a dar tiempo a que arrancara el motor del coche que resultó ser un Seat Ibiza robado.

Cuando llegué a su altura pistola en mano, el pedazo cabrón me sostuvo la mirada, una mirada amenazante sin temor como si estuviera en una taberna de su pueblo.

-¡Os habéis equivocado de hombre! —exclamó a gritos.

Pero no había dudas de que era el terrorista buscado, con antecedentes.

—Te vas a acordar de lo que has hecho, me he quedado con vuestras caras— me amenazó el terrorista.

Yo no me pude contener y le dije a puro grito: «¡Me vas a tocar los cojones, cabrón!». Llevaba una pistola con munición Parabellum 9 mm largo, y documentación de identidad falsa en la guantera, era el terrorista que buscábamos. El sospechoso número uno de nuestros meses de seguimiento.

Cuando el terrorista habló y se había conseguido la información adecuada para localizar el piso franco del comando, llegarían los

registros, la alegría de encontrar el arsenal de armas, explosivos, matrículas falsas, la documentación oculta bajo las claves en un ordenador personal, y la evitación de un posible nuevo atentado, era un abertzale de los fanáticos violentos. Aquellos años, eran otros tiempos en que la balanza de Caín siempre estaba a su favor.

Se estaban incorporando cámaras de vigilancia de seguridad, lo cual era siempre disuasorio. El procedimiento consistía en concienciar a los terroristas que tarde o temprano se le iba a detener y entregar a la Justicia.

Un viernes, de esos días afortunados de salida con los compañeros en los que sometía mi yo a pruebas extremas de corporativismo y a la vez me convertía en hombre fresa, rico en vitamina C y dispuesto a buscar algún ligue, nos acercamos mi compañero Kiko y Justino, ambos de la agencia de detectives, a ver una exposición colectiva de fotografías en el Patronato Municipal de Cultura de la Plaza Quijano 1 de Alicante. Era el mes de septiembre. Kiko me presentó a una conocida suya, a una mujer grandota, metida en los treinta años, morena teñida de rizados cabellos y de rostro agraciado con dos azabaches ojos, se llamaba Claudia Albornoz. En realidad ella no era mi tipo ideal de mujer, pero en aquel tiempo de sequía, me dejaba llevar por mis instintos de abstinencia y celibato forzoso.

—Aquí te presento a Claudia, una abogada de oficio —y Kiko se rió con ironía.

Dos dimos los dos besos de saludo.

—Encantado. ¿Te gusta la fotografía? —entré a saco

Desde el momento en que nos presentaron y como atraído por una extraña pasión masculina hacia ella, hablé como un artista, modisto de ropa y de regímenes de adelgazamiento, solté una artillería desconocida de acertadas e ingeniosas bromas, incluso para mí mismo, porque aquella mujer no me coartaba y, además, me escuchaba con interés como si yo le importara, parecía escucharme de verdad. Yo llevaba por aquellos años una especie de gorra para taparme la incipiente calvicie. Ni yo mismo me reconocía, era como una máquina eléctrica de coser palabras sin parar, una detrás de otra. La distancia entre ambos era corta, me tocaba el brazo como si fuéramos viejos amigos que se vuelven a encontrar, y se alegran de verse. Sonreía contantemente. Claudia vestía muy moderna con pantalones piratas y una blusa bastante descotada como sacando pecho, olía muy bien, llevaba un bolso de piel de cocodrilo rojo y zapatos de tacón alto del mismo color, ambos de diseño, debió de costarle una pasta.

Kiko se acercó a nosotros con algo comestible masticando en la boca, le insinuó a Claudia que yo estaba separado, como si eso importara. Le dije a Claudia con la cabeza que sí lo era, pero no le dije nada de que tenía dos hijos en Baracaldo. Ni tampoco le dije, evidentemente, que estaba en tratamiento psiquiátrico. No quería buscar en ella compasión, sino amor terapéutico pasajero y fugaz, porque suave como la seda era esa noche alicantina de besos de mujer. Quizás, inconscientemente, huía yo de la responsabilidad de

una nueva relación de pareja, únicamente quería pasármelo bien, y a eso habíamos ido los tres compañeros. Sin embargo, me había propuesto cambiar de vida, y dejar de frecuentar el puticlub Mambo II, porque Diana, la lituana, era, en el fondo una prostituta de lujo que a mí no me convenía de ninguna de las maneras.

Tras la inauguración sirvieron un vino de honor con unos canapés, allí en la sala estuvimos hablando de la exposición donde ella tenía unas fotos de hombres atléticos desnudos en blanco y negro. Parecía como si rodeados de fotografías artísticas, estuviéramos en el centro del Paraíso. Me contó que además de la abogacía le gustaba la fotografía artística como ocio y entretenimiento, pero no le dedicaba tanto tiempo como a ella le gustaría. También le gustaba el Arte de la pintura, porque su padre era coleccionista de pintores alicantinos. Como llevábamos en el cuerpo uno vinos parlanchines, yo la invité a cenar en el restaurante Dársena en la zona del puerto deportivo, y me respondió que sí, así, sin más; pienso que vio en mí a otro tipo diferente de hombre, del que en realidad era yo, pero si no actuaba a lo grande, ella, una mujer liberada y desinhibida, no me iba a seguir el juego del pavoneo romántico en el edén de una suave noche que, de momento, se presentaba afortunada.

Después de cenar y tomar un buen vino de la Marina Alta, Claudia acabó contándome su modus vivendi, se había licenciado en Derecho y trabajaba de pasante en un bufete de un famoso abogado en la Explanada de España, además ejercía el turno de oficio en el Colegio de Abogados, es decir, ella era lo que se llama una mujer hiperactiva y autosuficiente con buen poder adquisitivo, porque su padre ejercía de industrial inmobiliario. Se había independizado de la familia, que siempre son inquisidores.

—¿Cómo que sigues soltera con lo guapa que eres?

—Bueno —puntualizó Claudia—, esa es la visión machista y antigua, como la de mi padre, el estatus de la mujer es casarse y tener hijos.

—Tienes razón. Digamos que no has encontrado tu pareja sentimental soñada.

—Puede. Pero tengo grandes amigas con la que me divierto y vivo un poco la vida. Tengo mi apartamento en el Raval Roig. Soy una mujer libre e independiente.

Estaba soltera aunque poseía ciertos aires descerebrados feministas de lecturas del *Segundo sexo* de Simone de Beauvoir, de no casarse con el padre de sus hijos, propio del trasnochado socialismo francés o de alguien a quien le ha costado mucho esfuerzo acabar una carrera, como para desperdiciar su tiempo como ama de casa con niños, marido y con «la pata quebrada» como se suele decir. En realidad, no quería proyectos de pareja fija, sino de ir de capullo en capullo, lo

cual a mí me venía muy bien. A lo mejor algún día se plantearía lo de tener un hijo, solo suyo, no compartido con un padre. Incluso se planteaba lo de una concepción *in vitro*. Lo cual es una alternativa para las mujeres empresarias independientes, es decir, emancipadas.

Nos olvidamos de nuestros cuerpos «mutilados» por los complejos de la sociedad dominante, que no sabría muy bien definir en su plenitud, y acabamos en una habitación del hotel Meliá tirando la ropa al suelo como en las películas. Ella me dijo que no usara condones porque se toma la pasillas anticonceptivas. Rápidamente me quitó la chaqueta, que antiguamente se llamaba americana, y la camisa. Y reculando a besos acabamos sobre la cama. No quiso quedarse completamente desnuda, su piel era blanca y fina, tenía algunas cartucheras como yo también las tenía. Pero eso no importaba. Uníamos nuestros cuerpos en batalla de amor. Ella apagó la luz como un incómodo testigo, se bajó lentamente por mis pezones, por el vello del pecho, por el ombligo, hasta hacerse la dueña de mi pene, que como una dulce cereza se la metió en la boca con el deseo de una mujer que hacía tiempo que había olvidado los placeres del sexo, y la suavidad de los pétalos encendidos. La monté debajo como el misionero en un sin parar de fornicar con una extraña sensación de que yo era un macho desconocido en mí mismo. Al terminar nos quedamos en la cama, nos fumamos un porro, y nos bebimos unas botellitas de licor del mini bar de la habitación en estado de recarga.

A la media hora, estaba ella otra vez jugando a meterme la mano por las entrepiernas, y a busca mi regalo de erecta excitación, sin que yo pudiera controlar su deseo ni el mío. Cuando uno tiene treinta y cinco años puede uno responder a todas las exigencias del otro sexo.

—Tienes la polla dura como si tuvieras un báculo entre las piernas —aseguró Claudia.

—¿Y eso, qué es?

—Un báculo era un hueso que tenían en el pene algunos primates mayores.

—Pues no está mal, es un piropo. Nunca se debe humilles al pájaro jajaja…

En el fondo, intuí que buscaba a un hombre para echar un polvo, y esa noche me había tocado esa noche a mí. Yo no era su hombre ideal, pero sí era su macho ideal. En la madrugada, a eso de la seis, Claudia se vistió y se marchó dejándome en la mesilla de noche una tarjeta con su número de teléfono, con la invitación expresa de un posible nuevo recuento. Lo que demostraba que no había hecho el amor tan mal, y eso que aunque me faltaba entrenamiento, como todo hombre separado, siempre fui fogoso. Por ello, lo que más se echas de menos cuando estás encerrado en prisión en abrazarse al

mullido cuerpo de una mujer, y por eso uno sueña con mujeres hermosas, con lances extremos y largos abrazos en las lluviosa y nocturnas calles de las noches de Bilbao.

Esta era la segunda vez que yo estaba en prisión, como un pájaro erótico que los metieron en la jaula de cristal, entre buitres y búhos de todas las naciones del hampa.

4

Al día siguiente me pasé por el despacho para pedirle a mi jefe la dirección de Mr. Faldbakken en Benidorm, pues tenía que verlo para hacerle una serie de preguntas sobre su difunta hija que me rondaban en la cabeza.

El mundo se había vuelto loco. Sentí de nuevo pánico por los atentados de Nueva York, las noticias se programaban en todos los medios de comunicación, las cuales habían sido el detonante de mi nueva recaída en la ansiedad, con empatía hacia el penoso recuerdo de un tiempo de terrorismo sanguinario en el País Vasco de coches bombas en los cuarteles y disparos en la nuca durante mis terribles años en la Guardia Civil. Es que en aquel tiempo a cualquier persona destacada lo mataban o le mandaba el regalito de una caja de puros-bomba. Los diputados y concejales del iban todos con escoltas desde el asesinato de Ángel Blanco y Alberto Jiménez-Becerril. O cuando en su despacho acribillaron a Tomas y Valiente en 1996, presidente del constitucional.

Sin duda alguna, todos mis trastornos mentales del «síndrome Norte» habían rebrotado de nuevo como una alergia en el otoño. Ahora, con Claudia no me sentía tan solo, sentimentalmente hablando, y además yo tenía un caso muy apasionante por resolver y una misión pendiente, además decidí dejar de ir al puticlub y cambiar de vida nocturna y porrera. Durante aquellos años me sentí muy presionado, primero por los mandos de la Guardia Civil de Bilbao, y por los fiscales y jueces instructores por la democracia que querían saber de los terroristas y de los GAL. Y por otro lado, al instruir un atestado no querían que hiciéramos hipótesis, solo hechos. Había que tener mucho temple, las agallas bien frescas para trabajar bajo presión, además aquel clima frío en todos los sentidos —siempre lloviendo o nublado o con nieve— no era el más favorable para la alegría ni para tener las ideas claras. La causa de todo era un ambiente hostil e independentista (clima, nacionalista y terrorista) más unas denuncias sistemáticas que me pusieron por torturas infundadas. En cuyo proceso no tuve ayuda legal del Cuerpo, en caso de torturas te juzgaban como si fuera un paisano más, no un militar como lo que éramos. Me refugié en el alcohol y en el hachís, y alguna raya de caballo. Sin embargo, cuando te acostumbras a ver atentados, sangre y secuestros, las mismas noticias repetidas varias veces de los lendakaris de turno, uno empieza a perder el temor y te acostumbras a vivir con la pistola en la sobaquera como tu mejor amiga. La mejor de las terapias contra las fobias es exponerse a los temores.

Mi feroz pasado en largas misiones arriesgadísimas en Bayona y Lyón, los pasos de la frontera de Irún, las infiltraciones, Venezuela, todo el grupo ansiábamos trabajar, luego, cuando lo necesité de nada me valió mi entregada vida profesional, pues desde el mismo día de mi ingreso en el Cuerpo, fue una superlativa cadena de acontecimientos. Nada más salir de la incubadora de Baeza, nueve meses puteados en la formación del espíritu militar, y sin permiso de incorporación me mandaron al País Vasco en 1988, y allí acabé pasando diez años de mi vida en diferentes destinos, demasiadas horas, diría, sobre todo en el Servicio de Información, concretamente en la Sección Antiterroristas o *Patanegras*, como nos llamaban los compañeros de rural, y luego en el grupo de Policía Judicial. Al año de estar allí conocí a mi hoy ex mujer Vero (de Verónica), hija de un Policía Nacional en activo.

Sufrí un caso de denuncia falsa por torturas presentada por una abogada pro-etarra. La cuestión más humillante, fue que a petición de su señoría, Jueza Instructora me sometió a una rueda de reconocimiento entre diez guardias civiles más, ante un supuesto terrorista denunciante (parodias de la vida). El Fiscal no pidió condena para mí, y al final fui absuelto. Desde aquellos juicios me volví más cauto y prevenido, porque no teníamos defensa por parte de los mandos, parecía como si nosotros actuáramos como mercenarios, por nuestra cuenta, pues, por ser militares, no teníamos un sindicato que nos defendiera. El Cuerpo empezó a modernizarse, y a contratar abogados particulares. Despendíamos del favor de los fiscales, porque los Jueces por la Democracia se habían vuelto excesivamente «vascófilos» por no decir amigos de los batasunos, no comprendían que la Ley va siempre detrás del terrorista, y el mejor terrorista es el terrorista abatido.

Luego desobedecí una orden de una entrada en un caserío no muy legal, sin mandamiento judicial. Las cosas ya no se podían hacer como antes, ni los jueces y el Gobierno te respaldaban. Acabé separado de misiones de primera línea, esto le correspondía a los GAR (Guardia Antiterrorista Rural). Después fui acusado de un delito de insubordinación por pegarle un puñetazo a un sargento, acabé entre rejas en un establecimiento militar y me expulsaron del Cuerpo porque mi condena era superior a tres años de prisión, aunque como carne apaleada cumplí nueve meses y un día en Alcalá-Meco.

Me separaron del Cuerpo, así de simple, y de repente, me encontraba la calle sin derecho al paro, ni paro ni hostias, ni indemnizaciones económica por despido, no hay un proyecto para encauzar la vida de quien sale en libertad, en la calle no me esperaba nadie, ni mi mujer ni mis hijos menores, ni mis padres a los que no les dije nada de mi salida. Así es cómo paga el Estado a los que

arriesgan su vida por la paz y el cumplimiento de las Leyes, y por ende de la Constitución. De nada me valieron las tres medallas que gané en peligrosos servicios, incluida la del distintivo rojo por mis heridas en Markina, y las múltiple felicitaciones con anotación en mi Hoja de Servicios. Un veterano legionario del penal, cuyo nombre quiero preservar, me quiso consolar diciendo que hay mandos que se merecían una paliza diaria.

—Mira Harry —me dijo el legía (Darío el legionario) estando en el establecimiento militar de Alcalá-Meco— cuando en Gibraltar los servicios secretos mataron a un terrorista, los lores del Parlamento Británico preguntaron al Gobierno quiénes habían sido los autores de sus muertes, y Margaret Thatcher, la Dama de Hierro, dio la cara por el M-15 y sentenció: «It was me». (He sido yo). Y no pasó absolutamente nada de nada. En España no pasa esto. Aquí desde el primero al último de los mandos se dedican a tirar balones fuera.

El legía estaba cumpliendo condena porque había vendido en el mercado negro su pistola reglamentaria a cambio de drogas, y lo cogieron, porque, a poco tiempo se cometió un atraco con esa pistola.

Mi condena por insubordinación fue por pegarle dos hostias a un sargento cuando descubrió que en mi taquilla guardaba una pastilla de 250 gramos de hachís para mi consumo personal que había comprado en la calle de las Cortes de Bilbao.

—¡Cabrón, qué hacen con esta mierda…! Voy a dar cuenta de ti al teniente Elías ahora mismo.

Cuando me cogió la pastilla de hachís, yo se la quité de las manos. Forcejeamos, yo tenía encima un buen colocón, le arreé un puñetazo, él sacó la pistola y me metió el cañón en la boca.

—¡Te voy a matar cabrón!

La cuestión es que apretó el gatillo, sonó un crack, pero no salió de su pistola ningún disparo. Si yo hubiera estado fresco, a lo mejor no lo hubiera actuado de aquella manera. Y como el sargento —un extremeño de los belloteros— tenía testigos, le fue fácil demostrar mi agresión a superior, nada se dijo de su pistola.

Un hecho del que siempre me arrepentí, porque ello provocó acusaciones de tráfico de drogas, drogadicción, iniciación al alcoholismo, más ciertas prácticas de torturas leves a detenidos peligrosos por tener zulos de armas. Lo que me llegó ante un Tribunal Militar que nunca tuvo en cuenta los muchos servicios que había hecho y las veces que me jugué el pellejo cuando al pasar por el puerto de Trabakua yendo a Markina, nos explotó una hoya de tornillos en un talud, y alcanzaron nuestro Land Rover blindado y salimos dando una vuelta de campana.

Ni las muchas condecoraciones que me concedieron por servicios prestados. Pero esto ya se sabe. Porque darlo todo por la Patria

incluye la posibilidad perder la vida, pasar hambre, o interminables horas de duros y arriesgados servicios, y, en otros casos no tener la comprensión de la sociedad. Es lo que le pasó al general Galindo, coronel en Intxaurrondo (San Sebastián) al quien conocí personalmente que después de tener 35 medallas sería condenado en el año 2000 a 71 años de prisión por secuestro y asesinado de dos etarras y la pérdida de empleo y grado. Pero lo que sí tengo claro es que nadie puede saltarse las leyes porque el fin no justifica los medios, aunque la voz de pueblo clame venganza, el Derecho y las Leyes estás por encima de todos. La Ley es la Ley.

Pero lo mío era diferente ni con 100 medallas me hubiera librado de una insubordinación fuera de servicio (art. 286 del C.J.M.), porque la disciplina es un elemento esencial en este Cuerpo, aunque en la ciega obediencia al superior no eximen de responsabilidades, siempre te encuentras como pájaro en una jaula eléctrica.

Y aunque mi condena fue de tres años y un día, se me quedó en nueve mes por buen comportamiento, pero las secuelas por el «Síndrome Norte» continuaba en mí como un explosivo de baja intensidad que se detona con el más mínimo iniciador de fulminato de mercurio, como me había pasado estos días con el atentado a las Torres Gemelas y el Pentágono, fueron el detonante a un nuevo estado de ansiedad.

Después de cumplir mi merecida condena, pedí perdón por telegrama al sargento primero agredido, sin que éste llegara a contestarme. Y regresé a Alicante. Lo cierto, es que en aquellos años, yo estaba fuera de mí mismo y no carburaba bien. Mis padres me acogieron en casa, pero no aguanté más de un mes y me vine a Alicante a buscar un trabajo.

Con la atroz tragedia sobre Nueva York rebrotaban en mí aquellas antiguas heridas, sudores, insomnio, las contra vigilancias, el impuesto revolucionario como las mafias, la angustia de los secuestrados y los húmedos zulos que visité, la invisible presencia de informadores o llamados legales que toman las matrículas y te perseguían, notabas su observación a distancia, y aumentaba la crispación y el miedo, que es lo que en definitiva persigue el terrorismo: imponer el terror de Estado para obligarles a negociar.

Ahora con estas sádicas y terribles imágenes de fuego y violencia extrema, reaparecían mis temores con un peso invencible, mezclada con el impacto de los aviones atravesando las torres de mantequilla y explosionando, bolas de fuego, humos negros, carreras, asfixia e indignación, frustración, y desamparo. Cuando cerraba los ojos veía y mis compañeros muertos, que un día antes habíamos estado tomando café en el bar de la Comandancia.

Las noches sucesivas a los de Nueva York las pasé atacado por el

insomnio mezclado con intervalos de cabezadas sin sueños, volvía a recalar en los fantasmas de un día de lluvia y niebla de sábanas húmedas, un garaje, un coche con un muerto en el maletero atado de mano y pies y un tiro en la cabeza. En mi imaginación veo a un hombre en silla de ruedas al que le faltan los dos pies, me entrega una pistola para que yo lo ejecute, o lo veo conmigo dentro de una bañera de aguas fecales, los dos nos asfixiamos bajo el agua, y por fin salgo y despierto sobresaltado en una pesadilla. Volvieron los ataques de ansiedad y locura.

No deseaba ingresar de nuevo en el laberinto de la ansiedad y el sufrimiento, retomar los lesivos hábitos del insomnio cuando me atiborraba de alcohol y de pastillas. Estaba hecho añicos como un ladrillo caído al suelo desde una obra a 20 pisos de altura.

Para evitar recaer volví por segunda vez a la consulta de mi psiquiatra el Dr. Piedrolobo de Alicante.

El psiquiatra o «salvamentes», me atendió cuando salí de la prisión militar, ¿qué hubiera sido mi vida interior sin él?, hasta que fui capaz de dejar los medicamentos y valerme por mí mismo, no sin antes pasar por multitud de baches, en la consulta le confesé más de una vez que todo me pasaba porque en el fondo yo era un cobarde y un gallina, que había perdido el valor, la cresta roja del gallo de pelea, que en su momento tuve; me sentía culpable casi de todo, incluso de lo que sucedía a miles de kilómetros, odiaba demasiado, tanto que si mis bilis se hubieran derramado me momificaría por dentro, y es que tuve que dejar de leer las noticias de sucesos, simplemente porque vivía en mis carnes las tragedias ajenas del terrorismo o de los malos tratos, que no podía soportar.

El Dr. Piedrolobo me decía que me hallaba yo ante un proceso de resarcimiento contra toda la sociedad, había cambiado el odio por el temor insalvable a una recaída en la ansiedad y la angustia, por ello mi consciente se asustaba sobremanera por la ley de la compensación de los esfuerzos, es decir, si sientes miedo a hechos concretos tratas de evitarlos a toda costa mandándole mensajes de pánico al cerebro. Este psicoanálisis no la entendía, lo que sabía es que yo había tocado roca de fondo, y evidentemente mi situación anímica no era la más idónea para mi trabajo de investigación en el caso de la mujer del embalse del Amadorio. Me había mandado uno ansiolíticos que me daban suelo, un sueño a todas horas, que mezclado con el alcohol era como una bomba en mi cerebro.

Menos mal que en aquellos años de desolación sin nombre había encontrado a Claudia que me salvó del anegado pozo de la depresión. Soy de los que necesito a una mujer que me aconseje, que me escuche y que me comprenda, y no una que me repudie y me deje en la estacada como a un espantapájaros en medio de un erial.

5

Una semana después de mi encuentro amoroso con mi nueva amiga Claudia Albornoz, me presenté en el embalse del Amadorio con mi maletín para tomar muestras, mi cámara nueva digital, me fue a examinar el lugar donde había aparecido el cadáver ahogado de Melanie Faldbakken, sabía de antemano que cuando se frecuentan las escenas de un crimen siempre se encuentra algo nuevo que, antes, quedó sin analizar. Yo según había leído en la inspección ocular de atestado, apreciaba que faltaron detalles, como el de las flores, las rodaduras de vehículos o simplemente la composición molecular del agua.

El lugar exactos del embalse donde apareció el cadáver, estaba situado al final de un carril de tierra a uno 300 metros de la obra de contención o presa. Por allí metí el coche hasta aparcar en un lugar conocido como Pinada de Ovando. Encontré el lugar por las fotos del atestado y las notas de la Prensa. A unos cien metros había varias huellas secas de la rodadura de coches de ruedas anchas, o el de un todo terreno en semicírculos. Olía intensamente a pinos. Había como un entrelazado de líneas circulares de varias ruedas. Le hice fotografías de cerca, de lejos y con zoom. Me acerqué al pueblo de Orcheta, al norte de Villajoyosa, compré yeso y un espray de laca, volví al lugar de las huellas de la rodadura e hice un molde con el yeso, por si en el futuro me encontraba con un neumático similar. El molde de yeso es esencial como prueba de convicción, más exactas incluso que la fotografía, porque disponemos del negativo del estado de la banda de rodadura del neumático. En una planta trepadora de zarzamora observé un mechón de pelos de algún tipo de animal se había enganchado el matorral, del maletín saqué un bote de cristal, tipo probeta, para tomar muestras y con unas pinzas metí los pelos dentro para analizarlos en el laboratorio del bufete. Nada se ha de dejar sin examinar. Tomé también varias muestras del agua del embalse que introduje en dos botes diferentes de cristal, puesto que, cualquier bote no sirve para este tipo de pruebas a la hora de analizarlas en el laboratorio. El plástico por su composición química podría contaminar la prueba.

En una explanación habitaban las piedras formando dos grandes circunferencias, tal y como habían observado Silvia y Julia Utrera, meses atrás. Con las piedras centrales habían hecho al menos tres hogueras, y casi imperceptible había otro gran círculo de piedras rodeando las tres hogueras, una especie de círculos concéntricos, que no era obra de la naturaleza sino hechas por el hombre. Estos detalles

de la ribera no estaban en el atesado, con un plano alzado, como debe hacerse, como si de un accidente de tráfico se tratara. Me llegó un mal olor a animal muerto, era una oveja medio putrefacta sobre una piedra o especie de altar de supuestos sacrificios. Luego hice un amplio reportaje fotográfico de todo. Estando allí oí entre los pinos y el matorral unos ruidos del crujir de la leña, como si alguien me estuviera observando. Estaba solo en medio del bosque de matorral del embalse, y presentí cierto miedo no concreto, un presentimiento. Me acerqué al coche y tomé mi pistola Astra de la guantera. A lo lejos oí dos disparos de escopeta de un supuesto cazador. Las riberas de los embalses son zonas de seguridad en las que no se puede cazar. Pensé que lo mejor era marcharme, a eso que vi cómo un conductor metía a su perro de caza en la parte trasera de un Land Rover y se marchó por el carril. Pero me dio tiempo a hacerle una fotografía con zoom. Entonces pensé, que quizás el asesino o los asesinos andaban por allí como vigilando la zona, con propósito de convertir aquello en un lugar secreto de temor. Recordé que cuando yo era un crío un tarado mental asesinó a una cría y la dejó dentro de un gran desagüe, pero no sé cómo me enteré yo de dónde estaba el lugar del crimen, y un día me acerqué, yo solo a verlo, cómo tuve yo tanto valor o ignorancia. Pues lo mismo estaba yo haciendo ahora, muchos años después.

Tomé el coche y regresé al bufete de mi jefe, en la Rambla de Méndez Núñez, donde tenía un laboratorio particular, y le dejé las pruebas a Dani, que era el químico, un tipejo con gafas y los pelos de flequillo rizados frente la minúscula frente como si quisiera disimular su incipiente calva.

Por aquella época decidí afeitarme toda la cabeza, pues mi calva y los rodales de la coronilla habían extendido mi alopecia, y además me hacían más viejo de mis treinta y cinco años. Preferible era estar afeitado como una gran bola de billar, así los cuatro pelos no irán dando vueltas por la cabeza. Pensé en un peluquín, pero me daba vergüenza llevarlo, porque sinceramente que quienes los usan, se le nota que lo llevan como si fuera el de un maniquí. Quizás, creo, pienso que la sinceridad en la personas empieza por la cabeza.

Una tarde me llamó llorando por teléfono la madre de *El Rábano,* era un delincuente bribón común y antiguo amigo mío de la infancia y compañero el Instituto llamado en realidad Jacinto Emergarcía, pero se quedó con el apodo del *El Rábano*, porque tenía la cabeza como alargada. Estaba detenido en Comisaría del Distrito Centro. Hay amistades que nunca puedes quitar de encima, era buena gente, familia humilde del barrio de los Remedios, gente hospitalaria que cuando te tienen que dar algo te lo dan de todo corazón, no tenían nada suyo cuando había que ayudar a los demás. La gente humilde es así de bondadosa. Me acordé de Claudia y la llamé por teléfono para que asistiera *al Rábano*, como abogada particular, yo seguía sin confiar en los abogados de oficio, quería que le asistiera ella. Claudia aceptó el caso por amistad, vino a mi casa del barrio San Antón y hablamos, teníamos en la mente nuestro encuentro reciente de hacía una semana en el Hotel Meliá. Llegó muy elegante con un pantalón corto o *mini short* que me ponía los pelos de punta.

—¿Has cambiado de lux? —me dijo mirando mi cabeza toda afeitada y reluciente— Así estas mejor te veo más varonil.

—En invierno me tendré que poner un gorro de lana. A lo mejor hasta me dejo la barba. Pero estaba cansado de peinarme los cuatro pelos que tenía. Además este tipo de cabezas afeitadas se lleva ahora de moda.

Acabamos a besos limpios, era evidente que, en esa semana, ella, aún no había encontrado a su pareja soñada, a su hombre ideal. Cuando se aspira a mucho, luego te has de conformar con las sobras, como yo, que no era un Apolo délfico.

Ahora estoy más gordo, porque la cárcel engorda por su inactividad física, y aquí en Foncalent no se come del todo mal. Mi padres vinieron la semana pasada a verme a la cárcel, y tras pasar el registro del rastrillo me trajeron uno embutidos, queso y algún dinero, que les pedí, porque la cárcel cuesta dinero, sobre todo si quieres fumar algo extra que no sea tabaco. Mi madre salió llorando que aquella visita, y mi padre me dijo que nunca jamás aprendería, porque lo mío no tenía remedio, y en el fondo tenía razón, porque nunca tuve suerte, y la carta XI del tarot, La Rueda de la fortuna, nunca jamás me llegó.

La cuestión es que Claudia y yo no hicimos nada más porque cuando uno tiene cierta experiencia, sobre las cosas buenas se han de racionar, lo bueno se hace cotidiano si se abusa de él, como el coito matrimonial, que se convierte en una rutina sin erotismo. Además mi

casa no era el lugar más adecuado para convertirlo en un picadero ni en un *erotic place,* puesto que, si perdemos el erotismo, es como si un harem pierde el exotismo oriental, se quedaría sin misterio.

La acompañé a la puerta de la Comisaría Norte, pero yo me quedé fuera, no quería encontrarme cara a cara con *el Rábano,* y además yo me había echado esa tarde la pistola ilegal, y no podía pasar dentro. Persistía en mí una fobia a los calabozos o «congeladores», que así es como les llaman los «colgaos» al calabozo, en su jerga, por el frío que hace en ellos, sin calefacción ni siquiera una manta ni un colchón. Yo había cumplido condena de nueve meses de prisión y persistía mi claustrofobia a los espacios cerrados como calabozos y ascensores.

El Rábano parecía acabado, lo habían detenido por enésima vez, esto era demasiado genérico para su ego, lo habían detenido veinte veces y tenía treinta y cinco años, éramos de mi misma edad, éramos quintos. Aunque no ostentaba el récord de detenciones en el barrio, que lo tenía *El Ganzúa,* que a sus treinta y seis años lo habían detenido sesenta y dos veces, esta sí que era una carrera delictiva, tan mal le iba que se dedicaba a ser chulo o proxeneta de una colombiana en un piso de la calle General Marvalia.

Paradojas da la vida cuando uno crece en un barrio medio-marginal, porque yo no me había criado en Benissa, sino en Alicante ciudad con mis tíos, hermano de mi madre que no tuvieron hijos. *El Rábano* acabó como delincuente y yo acabé en la Benemérita, dos caminos opuestos...

Según me anticipó Claudia, esta vez al *Rábano* le acusaban de un tirón de bolso con lesiones. Esta vez, vergonzosamente, lo detuvo un *guiri* octogenario y atlético germano en el Paseo del Postiguet: « ¡Qué vergüenza para el barrio!», comenté perplejo a Claudia «No es posible, *El Rábano*, era rápido y escurridizo». Me llevé las manos a la cabeza. «Así es, le pegó un tirón al bolso de una vieja alemana, y el marido octogenario le alcanzó por piernas. Entrará otra vez en prisión...»

—¡Pero qué tipo de amigos tienes *Harry*! —exclamó Claudia con toda la razón.

—Ya te contaré mi vida juvenil en otro momento. Estoy avergonzado.

Cuando Claudia acabó de asistir al *Rábano* en la primera declaración con la Policía, a la que tenía derecho, me confirmó que al día siguiente lo llevarían ante el Juez Instructor y que seguro ingresaba en el trullo. Salimos los dos comentando y caminando tranquilamente por la nocturna y suaves luces de la ciudad hasta llegar a uno de los bares de tapas más exclusivos de la calle Castaños, la invité en agradecimiento a la minuta, pedí jamón ibérico sobre lecho de patatas, verduras de la huerta a la plancha y gallineta a la

espalda; y de beber unas cervezas que yo le pedí. Casi siempre acabábamos con el mismo tipo de conversación feminista, me repetía la misma observación: «El mundo es machista por tradición, ¿has visto las pocas calles que tienen nombre de mujeres, incluso palabras como genio o piloto no tienen femenino?», era verdad, las dos únicas calles que conocía en Alicante con nombres de ilustres mujeres era Concepción Arenal y Emilia Pardo Bazán, y nombres de Vírgenes, montones. En lo de las calles tenía razón pero no con los oficios, muchos acaban en femenino como policía, guardia, psiquiatra o pianista y hoy en día, hay casi más mujeres juezas, abogadas o médicas o doctoras, que hombres. Lo cual es bueno para la paridad e igualdad.

Serían las once de la noche cuando salimos de un conocido bar de tapas, la temperatura en la ciudad era la de un cuerpo humano propia de principios del mes de octubre. Era uno de los pocos bares a los que podía entrar pues no tiene espejos, tengo fobia a los espejos no los podía ni puedo mirar. Una vez no me vi reflejado en uno de ellos, casi me vuelvo más loco de lo que estoy ahora, preso en la prisión de Foncalent. Alicante, confinada en la noche, se me antojaba en opulentas luces de neón, coches mansamente aparcados y otros gastando bombillas halógenas, y el mar, ese mar de Ulises estaba asquerosamente tranquilo, próximo como marina de un mural pintado por los héroes del pincel, propiciaba al calor de la confidencia y los besos prohibidos.

Con estos tirones de bolsos, *El Rábano*, había perdido la oportunidad de convertirse en un señor ladrón, pues un señor ladrón es aquel que puede robar unos millones de euros en un banco, sin que se note, y además hasta le pueden hacer hijo adoptivo o predilecto de su pueblo, y, seguro que no entrará en prisión. En este país hay mucho dinero negro, porque hay muchos ladrones de guante blanco y que además jamás entran en la cárcel, salvo Mario Conde, que sí entró, porque amenazó con crear un partido político y le intervinieron Banesto. ¿Y de los terroristas para qué hablar están más tiempo fuera que dentro? *El Rábano*, un chorizo común, había caído en lo más bajo del oficio del hampa: tironero de bolsos de viejas extranjeras. La última vez que también me llamó su madre (una vieja prostituta del barrio) por otra detención de su hijo, me pidió que fuera serio con él, que fuera como un su hermano mayor.

—En otra ocasión, —le dije a Claudia— detuvieron al *Rábano* por robar el radio casete extraíble de un coche, le hablé muy cabreado en los calabozos: Eres un chorizo de mierda que nunca llegarás a nada. Olvídate de mí.

No le dije al *Rábano* que en el fondo reconocía que era un genial *espadista,* el mejor*,* pero un mal *tironero,* se había vuelto lento a la

hora de correr, por esta pérdida de preparación estaba casi siempre en manos de los maderos. Los toreros se entrenan, no crean que salen al ruedo en frío.

—¡Harry! —me aseguró *el Rábano*— te juro que algún día daré un gran golpe y estarás orgulloso de mí, y quitaré a mi madre de la calle —pero me lo dijo con una caña de cerveza en la mano y unos cacahuetes.

—Eres digno de compasión. Pero hombre —le repetí al oído—, por un día házmelo de color de rosa.

Claudia y yo cerramos definitivamente el tema de las desgracias y desventuras de mi amigo de infancia *el Rábano*. Punto y final que no fuera tan gilipollas, afirme. Claudia, como profesional de la abogacía, siempre fue buena oyente de los problemas ajenos o momentos de pataleos de sinceridad; a pesar de ello todo tiene un límite, tampoco se debe abusar de la paciencia de una amiga. Aparqué el coche en el parking subterráneo del puerto, donde estuvo la Aduana. Paseamos tranquilamente por el borde del puerto en la prolongación del paseo Tomás y Valiente, hablamos de todo y le comenté que tenía que ir a Benidorm para hablar con el padre de Melanie porque me faltaba información. «Es un caso muy complejo», me dijo moviendo la cabeza en un gesto de dudas, y un movimiento negativo de cabeza.

Las horas se introducían en las últimas luces de la noche, como si se metieran dentro de un monedero de oscuridad. Se encendieron las farolas que se reflejaban sobre las oscuras aguas del puerto. Nos acercamos a una discoteca, bailamos suelto con una música discotequera que no recuerdo su tono, porque mi oído y la música están enfadados. Me invitó Claudia a ir a su piso de Raval Roy para tomar la espuela. Era un piso lujoso de nueva construcción de algo le valía tener a un padre metido en los negocios inmobiliarios. Nada más abrir la puerta del piso, con darle al interruptor automáticamente se conectó el hilo musical con la sintonía amorosa de «En un rincón del alma», se abrió el mini bar automáticamente, se encendió el radiador y la chimenea eléctrica que imitaba a unos troncos con fuego, en medio del salón se mostraba un corazón con forma de sofá amplio y todo su poder seductor con una decoración de Baladas, que así es como se llama el decorador intimista, la entornada luz eróticamente acogedora incitaba a ser cómplice para fumarse en canuto, para rendir luego en el amor furtivo, sincronizamos los besos con la violencia del deseo, vivaqueando en el sofá con un placer licuante de los líquidos encendidos. Antes de celebrar el apareamiento nos tomamos unos güisquies (sin Mambo II), lié un canuto de hachís para compartirlo en un acto de atrevida confabulación y sin que llegáramos a la mitad lo dejamos en el cenicero. Era todo una incitación a entrar en el mundo fantástico de

caperucita adolescente o cenicienta después de las doce; y luego, el recreo de la seducción, desnudos, en lucha cuerpo a cuerpo sin darnos cuenta nos vencíamos sobre la colcha de la cama, confidente de secretos. Sentía muy dentro el placer mullido de tenerla abrazada, era un mujer grande, la rodeé de caricias y mordiscos lentos en los pezones morenos y dóciles a la erección, su piel de tibia llama que se tornó tropical canela, y el sabor de su piel contenía esencias de manzanas y piña colada como un coctel exótico. No era mi tipo, pero era una mujer que valía mucho, y con la que anímicamente nos llevábamos muy bien, hasta esos momentos, porque no sé por qué, pero había empatía entre nosotros, a pesar de nuestras diferencias laborales, estudios y otras chorradas sociales, nos atraíamos como imanes.

Beso a beso la fui conquistando, bajo el fulgor coral de la yema de los dedos percibí la vertical sonrisa humedecida al tacto, avisando de su receptividad, rosa cerrada que con mi boca abrí en ovacionado momento de felicidad y placer. Claudia con recíproco interés puso sus pulidos pezones sobre mi vientre palpitante de deseo, protegido de vellos rizado. En confianza le di unos cachetes en el culo y no dijo nada de los cachetes que me excitan porque son muy eróticos, en mi forma de seducción dominante. Luego ella fue bajando hasta encajar sus labios de fresa sobre mi fruta que en un momento no le cabía en la boca, sentí una descarga vibrante y temblorosa, la estuvo relamiendo hasta dejarla en su punto, en esto, ella, nunca fallaba, era un genio. Locamente entregados a la práctica de un amor ocasional en el que renacía de entre la espuma de la pasión. Claudia me iba a alegrar la noche en un eterno e inolvidable bonito recuerdo, en la última fase del deseo más caprichoso. A veces, pienso, no lo sé muy bien, el amor era la mejor medicina para la depresión que yo arrastraba por mi pasado.

No recordaba la hora en que decidí marcharme, no quería dormir con ella toda la noche porque los buenos amantes jamás se despiertan con sus amantes en la misma cama, porque se pierde el erotismo futuro (esa caprichosa imaginación de un ideal perfecto nunca cotidiana). El amor es erotismo constante e incesante en todos los órdenes: cortejo, sexo, culminación y escapada. Me vestí con cuidado de no despertarla, pero inevitablemente se despertó y me preguntó «¿pero qué haces?». Mientras me vestía me volvió a echar en la cama casi de forma violenta, sin ninguna seducción, era fuerte y dominante, Claudia no era el mejor modelo de sumisión y obediencia. Se sentó en la cama desnuda, yo me senté encima de sus muslos mientras me ponía los pantalones y calzaba lo mocasines burdeos. A manotazos me impedía que me calzara, me vistiera y me fuera. Aún no se había puesto las braguitas rojas eróticas. En un

momento la tenía tan dura entre sus piernas palpitantes que volví a penetrarla salvajemente, apretándole las muñecas contra los hierros de la cama, impidiendo que me arañara otra vez. En lugar de molestarse gritaba con gusto de placer. En cierto modo le iba un poco del masoquismo, que yo desconocía en ella como una forma de placer, pero era su secreto.

—Mira lo que has hecho, ahora me tengo que lavar otra vez —me recriminó Claudia como si yo fuera quien la había provocado.

—¡Bueno, hasta mañana! —me susurró, y tan sólo le faltó añadir lo de «cariño», para que se pareciera a mi exmujer, que ni pensaba en esos momentos en ella ni en mis tiempos de casado. Me vestí y me puse la pistola en la sobaquera.

Salí del piso de Claudia caminando en la noche hasta el parking del puerto donde tenía aparcado el Seat Polo, eran las 5 ó las 6 de la mañana. Dos jóvenes macarras, delgados, e ojos negros, pómulos alientes, morenos de pelos rizados invadieron mi círculo de privacidad, se me acercaron demasiado pidiéndome «fuego, paisa» para encender un porro. De improviso uno sacó una navaja y me pidió que le diera el dinero con acento árabe argelino. Ya no eran mis pesadillas ni mis viejos traumas del País Vasco, sino la realidad, por fin me encontraba de frente, cara a cara de perro con uno de mis fantasmas persecutorios: la realidad de un peligro cierto y no con mis traumas. Si me libraba de ellos podría dejar de tomas mis jodidas pesadillas. La clandestinidad de noche y la ocasión se presentaban decisivas para un ejercicio práctico de terapia de grupo con dos chorizos reales.

Con estos dos galgos no podía correr porque me alcanzaban en seguida. No era uno de mis sueños, ni un sueño lúcido. Mi corazón bombeaba a 120 pulsaciones para preparar mi cuerpo hacia la lucha, en unos segundo mi paladar me sabía a sangre, recuperé una fuerza inusitada, cerré los puños, metí la mano en el bolsillo con intención de sacar la cartera, ¿qué iba a hacer, me iba a dejar robar o iba a salir corriendo por cobardía?

Uno de ellos me alcanzó su navaja a mi mano hasta herirme en el brazo, era solo un rasguño. Suficiente para la legítima defensa. No lo dudé más y saqué de la sobaquera mi pistola Astra de 9 milímetros corto (sin papeles) que solía llevarla por simple costumbre y autoprotección desde que estuve destinado en el País Vasco.

—¡Cabrones de mierda!, ¿ahora qué? —les encañoné.

—Si es detonadora, no mata —se reía uno de los atracadores señalando el negro cañón con un castellano moruno.

-Quieres probarla, ¿no?, pues toma un regalito.

Sonó un ¡puffff! de un disparo mío al aire. En estos casos lo más eficaz consiste en ser el primero en actuar, de lo contrario esos dos

tipos se me tiraban encima y no hay forma de librarme de ellos. Le disparé a uno en la pierna sin pensarlo, no quería matarlo. Cayó al suelo. Parecía que fue suficiente un solo disparo, porque el otro tipo salió corriendo por patas. Busqué en el suelo los dos casquillos de los cartuchos, lo recogí todavía calentitos para no dejar pistas a balística, y me largué, sin correr, antes de que llegara algún coche de patrulla de la Policía Local alertados por el sonido de los disparos. Evidentemente no presenté denuncia, porque no me convenía de ninguna de las maneras. Todo quedaba entre los jinetes de la noche. Y además mi pistola era ilegal, y no tenía licencia de armas del tipo B, lo que suponía un delito de tenencia ilícita de armas. Había perdido el miedo a enfrenarme a los chorizos callejeros, y este encuentro demostraba que el tratamiento de mi psiquiatra Dr. Piedrolobo funcionaba a la perfección. Me había puesto a prueba. Me pusieron la noche color de rosa. Volví a no tener miedo a la adversidad, a recuperar ese prestigio de frialdad del que gocé en mis tiempos de servicio en el País Vasco, en que me daban misiones arriesgadas que sabían mis jefes que no podían encargarlas a otros guardias más novatos y nerviosos o con menos experiencia.

Las heridas no duelen cuando están en caliente, a cara de perro, duelen las traiciones y las puñaladas traperas de algunos que tú considerabas amigos o dignos de confianza y luego te traicionan o se hace los sordos ante las desgracias. Así me pasó en el País Vasco, de diez amigos me quedó solo uno: Hipólito. La herida de la mano me la remendé con hilo de coser, y la curé en casa con Betadine, me puse una venda apretada y me bebí unos vasos de whisky que me dejó medio grogui como si me hubiera tomado diez pastillas para el insomnio. Me acosté a dormirla, a pesar de que por el Postiguet ya alumbra el quinqué eterno del día.

Estos dos jinetes de la noche, era lo normal que te puedes encontrar cuando caminas solo a deshoras, estos argelinos eran como dos diablos de las cartas de tarot, que a veces, el destino te pone en frente para hacerte pruebas de valor, coraje y arrojo. Lo malo es que la carta se ponga boca abajo o se asocie con la carta número trece.

Capítulo III

El CARRO

1

El Carro del tarot es una carta que simboliza el éxito, el poder y la posición social. Además, indica que nuestra ventura está determinada por el destino, por las buenas decisiones y por nuestros buenos contactos sociales, los cuales han sido determinantes para llegar a nuestro objetivo. Por tal motivo se la adjudique a mi jefe el Sr. Ridruejo.

Medio dormido me acordaba de cuando salí del establecimiento penitenciario penal militar de Alcalá-Meco de Madrid, por un delito militar, si hubiera sido un delito común hubiera ido a cumplir condena a una cárcel con presos comunes, separado de ellos. Así lo preceptúa el Código de Justicia Militar. Por delitos comunes eres preso común, por delitos militar cumples en establecimiento penales militares.

Se me fueron los años juveniles y los amigos de esos tiempos adolescentes. No pude contactar con mis antiguos amigos en la medida en que lo hacíamos en aquellos viejos y lejanos tiempos juveniles, cuando componíamos un equipo de fútbol amateur. Unos se habían casado, otros encontraron nuevas amistades, y yo con dieciocho años cumplidos me fue con un amigo a trabajar a Londres de camarero por seis meses para aprender inglés. Luego a nuestro regreso decidimos prepararnos en una academia para ingresar en la Guardia Civil. Aprobamos y nos fuimos la Academia de Baeza. Al terminar el curso, a mí me destinaron a Bilbao o a mi amigo Hipólito a Burgos.

Cuando regresé a Alicante después de mi Odisea, nunca mejor dicho por diez años en el País Vasco. Tenía ganas de volver a los años juveniles, pero el tiempo te desplazado, porque incluso *El Rábano* era un delincuente sin rehabilitación posible, carne apaleada de las cárceles y mala amistad para mí reinserción, que no me convenía. Presientes que cuando llamas a alguno de los antiguos amigos, le estás forzando a que salgan contigo, eres forastero en tu propia ciudad. Solamente me quedaba como amiga de infancia y juventud, Silvia, la periodista, que como chica jugó de delantero centro con nosotros, no era un equipo federado de fútbol sala, sino de amigos, era buena metiendo goles.

En los tiempos depresivos el teléfono deja de sonar, cuando no suena es que no existes, sigues muerto, me reorganicé mi nueva vida de sonambulista, pensar en positivo era el camino del triunfo y del éxito, tú te lo tienes que creer, por eso yo al despertarme cada mañana, ahoras intempestivas, me decía a mí mismo: «Hace un día

maravilloso». Trato de pensar que he dormido y sentirme superior mentalmente a los demás, creo que nadie hay superior a mí, no puedo dudar en este punto, de lo contrario caigo en el pozo negro de mis complejos de inferioridad, a pisar losetas negras, a caer en el círculos del «no puedo, sí puedo, no puedo», lanzarme a que alguien me alegre el día por ese camino de la charla informal, la broma y mandar a la mierda los complejos.

Llamé por teléfono a Mrs. Faldbakken para que me diera una cita para hablar con él sobre su hija, necesitaba completar más información. Me citó para el día siguiente a las diez de la mañana. Así lo hice tomé el coche y me acerqué a Benidorm tenía preguntas por hacerle de la vida privada en común, de las amigas y amigos, usos y costumbres, lugares que frecuentaba su hija Melanie; no hay nada más fructífero ni aprovechable como una entrevista personal, pues además de las preguntas que llevas preparadas siempre salen nuevas preguntas que surgen en el momento, y aprecia en lo gestos una cierta expresividad que complementa lo que hablas.

Camino de Benidorm tomé la autovía de peaje A-7, entré por el peaje de El Campello. Mientras conducía repasé mentalmente todo aquello que quería preguntar a Mister Faldbakken, a su mujer y amistades.

Una vez en la parte de Poniente de Benidorm me fue fácil encontrar el despacho de Mrs. Faldbakken, pues era además de abogado, el Cónsul Honorario del Reino de Noruega en Benidorm, para asuntos relacionado con los residentes de este país nórdico. Por eso tenía la bandera de la cruz morada colgando del balcón.

Cuando le dije al conserje que me esperaba Mrs. Faldbakken no me hizo esperar, le llamó previamente al teléfono, y en seguido entré en su gran despacho, nos aludamos en español y en inglés y, pero no hablaba el castellano muy bien, y preferimos hacerlo en inglés, cuya traducción al castellano fue como sigue.

—Como lo dije soy el detective Matías del gabinete del Sr. Ridruejo al que contrató usted para hacer una investigación discreta y paralela a la que de seguro está haciendo la Guardia Civil de Villajoyosa.

—No sé si están haciendo mucho o poco por mi hija Melanie, pero la cuestión es que hace tiempo que la Guardia Civil de La Vila no me llama para darme noticias de sus investigaciones. Creo que ellos lo han cerrado con un suicidio, que es lo más cómodo para ello, creo yo. Pero esta opción no puede ser cierta.

—Yo quiero hablar con todos los amigos y amigas de su hija, que en paz descanse, que usted conozca. Y además me gustaría que me diera el número el teléfono móvil que tenía su hija y la compañía telefónica en la que tenía el contrato. Y también el nombre del banco

donde ella tuviera su cuenta corriente. Y además quiero ver el interior de su coche.

—No tenía teléfono móvil. Y eso que se dije varias, veces que se comprar uno móvil, pero mi hija, como buena noruega era muy independiente. Yo le llamaba al teléfono de la residencia de ancianos. Creo que tenía una cuenta corriente en el Banco BYDA de Benidorm. Y su coche, que era un utilitario de poca calidad lo vendimos en una casa de segunda mano. Son sus vidas. Ella se independizó al cumplir dieciocho años. Era soltera. Le conseguí un empleo de administrativa en la Residencia Siddall de Orcheta, gracias a un cliente mío, una residencia para cuidar a ancianitos británicos y algunos escandinavos.

—De acuerdo, hay que respetar las costumbres familiares de cada país, pero mi pregunta es, ¿alguna vez su hija le llamó para decirle si estaba embarazada y quién era el padre?

—Un noruego nunca le preguntaría a su hija quien es el padre de la criatura que lleva en su vientre. Esto supondría inmiscuirnos, tanto su madre como yo, en su vida privada.

—Según su filiación policial del atestado, Melanie era soltera, iba a ser madre soltera, su perspectiva de futuro iba a cambiar enormemente. ¿Cómo me explica esta situación?

—No. Nosotros, su madre y yo no sabíamos que estuviera embarazada de veinte semanas como dice el informe forense. De haberlo dicho, no hubiera habido ningún problema con quedarnos con la criatura.

—¿Algunas sospechas Mrs. Faldbakken de lo que le pudo pasar a su hija? Nadie se baña en un embalse, sola. Sin duda alguna alguien o algunos la llevaron allí, porque tenía agua en el estómago y los pulmones con magnesio que es una sal de baño. ¿Podría hablar con su esposa?

—No, ella se fue a Noruega hace una semana por cuestiones familiares. Mi mujer estaba destrozada y se ha marchado por una temporada a Oslo. Pero le voy a darle el teléfono de su compañera de piso que, además eran muy buenas amigas, ambas trabajaban en la Residencia Siddall. El piso alquilado lo tenía en la Urbanización las Yucas de Finestrat.

Esto sí que era encontrar un contacto importante e inesperado. La amiga que toda chica tiene y sobre la cual aparecía una declaración en el atestado de apenas 5 líneas, o sea, nada de nada, y donde no se recogía nada que pudiera llevarnos a otro arcano mayor. A esta chicha la iba yo a llamar La Templanza del tarot, de momento; hasta que hablara con ella. Mrs. Fadbakken me dio una de sus tarjetas con el nombre escrito a mano: Sissel y su número de teléfono y la dirección.

La entrevista con el impasible y flemático Mrs. Faldbakken había dado sus frutos, porque se cumplía la máxima de que una entrevista personal es la reina de las investigaciones policiales. Lo vi preocupado, y a la vez abatido por el lento curso de las investigaciones, era lógico que contratara a un competente investigador privado como mi jefe el Sr. Ridruejo, sobre todo después de llevar más de tres meses sin ningún adelanto en las investigaciones por parte de la Policía Judicial de la Vila.

2

Llamé al teléfono móvil de Sissel, de parte del padre de Melanie, la cual estaba trabajando en la Residencia Siddall en Orcheta, pero yo no quise hacerme presente en la residencia porque tenía un plan, y antes debía de hablar con Sissel, para saber cómo era y qué podía ser esencial para ayudarme a investigar en el lugar donde ambas trabajaban, puesto que esta residencia se estaba convirtiendo para mí en un lugar de sospechas, destino de mis dianas maliciosas. El caso de Melanie, era la carta XIII del tarot, me olía a un caso violencia de género por parte del supuesto padre del feto. ¿Pero quién?

Le dije a Sissel si podíamos vernos en un restaurante de carretera CV- 770 entre el embalse del Amadorio y Orcheta lejos de la residencia. Le indiqué cómo iba vestido para que me reconociera. Cuando yo llegué ya estaba ella allí, bastante asustada por cierto, con mirada inquisitiva, y manos que entre ellas se entrelazaban como haciendo un ovillo de huesos y falanges. Era rubia de pelo corto, con ojos azules y tenía cara de ángel. Y cuando le pregunté si sabía quién creía que pudiera ser el hombre que dejó embarazada a su amiga Melanie, me respondió con cierta seguridad, que Melanie nunca se lo dijo por temor, porque al parecer, el padre era una persona muy importante. Y nunca hablaron el tema de un posible embarazo, porque delante de mí nunca tuvo vómitos ni mareos. Le pedí a la bellas y frágil rubia los nombres del personal masculino de la residencia, y así quedamos en que me llamaría para dármelos en su piso de Finestrat, y se echó a llorar tiernamente. Yo la tuve que consolar, pues la pérdida de una amiga y compañera de piso debió afectarle profundamente.

Llevaba tres día sin hablar con mi jefe, me extrañó que no me hubiera llamado ya por teléfono para preguntarme alguna chorrada sobre mi viaje a Benidorm. Así que me acerqué al despacho, le llevé un poco de carnaza: el reportaje fotográfico del Amadorio, una caja de zapatos con la muestra en yeso de las huellas de rodadura de un coche o todo terreno, las muestra de agua del embalse, la de pelos de un posible animal para analizar en el laboratorio.

Cuando el Sr. Ridruejo terminó de hablar por teléfono, desde los cristales me dijo con la mano que pasara a su despacho En la conversación que tuvimos me aseguró que todas las pruebas que yo había tomado, sin presencia judicial, eran circunstanciales, pero que confiaba a mi intuición de perro sabueso policial. Me dijo que se lo dejara todo en la habitación donde tenía un laboratorio portátil con

microscopio y todo tipo de reactivos y un espectrómetro (análisis de moléculas), la fotocopiadora y un ordenador, una báscula de precisión y cajas y boletines de la Provincia. Aquello además de laboratorio era como un archivo. Como analista estaba Daniel, a quien le pedí que los análisis me los diera lo antes posible.

—He hablado con Sissel, la amiga noruega de Melanie.

—Has de insistir con la amiga. No te fíes de las apariencias.

—No hay problemas, parece inofensiva.

—Le he pedido los nombre de los varones que trabajan en la residencia para tratar de averiguar quién era el supuesto padre biológico del feto, aquí reside la clave. Me hace falta pedimos una orden judicial para pinchar su teléfono. Y otra para ver los movimientos de sus cuentas en el Banco BYDA. Los extractos y movimientos de la tarjeta de créditos de Melanie, para ver las compras que hacía.

—Eso me parece muy buena idea. Cuenta con ello.

Descartado la esta carta de La Templanza de mi tarot personal, podría seguir con otros sospechosos. Sissel podría ocultar algo más que no sabíamos. Tenía su número de teléfono y que me daría los nombres de los varones de la Residencia donde trabajaba.

Una semana después de mi viaje a Benidorm y de hablar con los Faldbakken en Benidorm y con Sissel, y cuando de madrugada regresaba a casa, por culpa de mi insomnio, caminando por la suavidad de la calle Labradores de Alicante me salieron del semisótano del claustro de San Nicolás dos tipos de aspectos corpulentos, rubios tipos nórdico, vestidos de negro integral, unas imágenes en retrospectiva, en *flashback,* me trajo el recuerdo de las noches de vigilancia en los bosques de Euskadi, y el día que nos persiguieron a tiros cuatro tíos vascos de un caserío.

Al parecer, yo estaba haciendo demasiadas preguntas sobre el caso de Melanie. Lo cual indicaba que me estaba acercando a algún punto caliente de esta historia, lo cual era un buen síntoma.

Corrí y corrí por las nocturnas calles y plazas de San Nicolás, con la determinación de alguien que tiene miedo a un enemigo superior e invencible. Crucé la plaza Mayor y la Explanada de España. Decidí despistarlos en una larga carrera con dirección al puerto marítimo, a la zona de ocio. En dos minutos desemboqué en Puerta del Mar, frente tenía las luces del puerto como señales del camino a ultramar.

Unos coches dieron unos bruscos frenazos para evitar atropellarme. Salté por encima de dos coches que pasaban por la Avenida Tomás y Valiente a todo tren. Seguí volando por la acera de los edificios de la Aduana para tratar de alcanzar algún garito, a esas horas de la madrugada siempre había alguna discoteca abierta. La velocidad y el estado de excitación me impedían pensar. Tenía que buscar un lugar

para protegerme. Los tenía, nunca mejor dicho, pisándome los talones, entré con celeridad enloquecida en una discoteca, apenas sin público porque era jueves, un día entre semana, quedaban las caras comunes de los de siempre. No tenía donde ocultarme, la oscuridad de la noche no era suficiente. A uno de los porteros le dije que me perseguían dos asesinos, no me hizo ni puto caso. Continué corriendo hacia la zona de las grúas del muelle donde atracan los barcos de pasajeros que vienen de Orán. Salté la valla metálica del puerto y entré en la zona restringida. Los dos tipos detrás, corrían como dobermanes desatados. Ese día no llevaba yo encima mi pistola Astra ilegal. Decidí subirme a una de las gigantes grúas. Mientras subía las estrechas, verticales y vertiginosas escaleras de una grúa, fría y resbaladizas. Miré hacia abajo, y los vi subir como orangutanes.

¿Y ahora qué? Me quedaba la esperanza de que aquellos tipos tuvieran acrofobia, pero por la forma de orangutanes en que subían, lo dudé. En esos momentos no sabía qué alternativas me quedaban, escalé por impulso de supervivencia. La cabina de mandos de la grúa de carga y descarga de contenedores tenía la puerta abierta y la llave del arranque en el contacto, conseguí mover la cabeza de la grúa, el giro de la cabina separaría la única escalera de acceso. Sin saber la puse en marcha, no tenía ni idea de su manejo, palancas de mando por todas partes. La gran grúa empezó a girar en rotación, ¡suerte! Uno de los tipos se quedó enganchado del pantalón en una rueda de grandes engranajes, la grúa no me obedecía, el tipo iba a ser seccionado por las piernas, hasta que oí el tremendo aullido de un hombre-lobo mordido por la dentadura de una grúa. Me había librado de uno de mis perseguidores, el otro se había enfurecido el doble. Con una pieza de metal golpeó el cristal de la cabina, me ensañaba sus dientes, si conseguía entrar era yo una presa fácil. Pronunciaba palabras en un idioma que no conocía ¿ruso, rumano…?

Tenía que salir de la cabina, busqué una salida alternativa, en el techo de la cabina parecía existir una trampilla o escotilla de emergencia como la de los autobuses, la alcancé, subí y continué trepando por la pluma de la grúa hasta que se acabaron las escalerillas, desde lo alto veía las luces de la ciudad, las del Benacantil y los anuncios fluorescentes de las azoteas. La grúa se balanceaba. Estaba como suelta. Me iba a caer. Mis conocimientos de yudo poco me iban a servir encima de la grúa. El sicario me lanzó al cuerpo la pieza de hierro con la que golpeaba en el cristal de la cabina, me alcanzó en un costado. ¡Cabrón de mierda, me vas a cabrear! Seguro me había roto una costilla. El muy cabrón parecía una chimpancés subiendo a la copa de un árbol. Continué en equilibrio por el último tramo de la pluma de la grúa, nunca tuve vértigo pero ante esta grúa balanceante me iba a entrar acrofobia para siempre, debajo tenía el

agua del puerto cubierta de brillos y reflejos de luces violentas y amarillas, pero sin duda me parecía estar a la altura de un bloque de diez o quince plantas, la caída era mortal.

No me quedaba más que esperarle en el extremo último de la pluma con la suerte de que resbalara en algún tramo y cayera junto a su compañero de persecución que, reventado, yacía sobre el muelle. No me quedaba más grúa para seguir huyendo, así que me parapeté con los puños apretados, en espera de la ocasión de un golpe de fortuna. El sicario parecía drogado, salido, colérico ¡aaaahhhh¡, le oía bufar en primitivos gritos casi sobrenaturales, venía sacando los dientes y tocando el tambor de su pecho como un gorila en celo. Le paré con una patada frontal en los cojones que no le hizo ni pupa. El cabrón era una roca de gimnasio, músculos por todas partes. Me lanzó un derecho y luego un gancho de izquierda, suficiente para hacerme resbalar y perder el equilibrio y caer, pero me sujeté en un hierro, estaba completamente colgado de un trapecio, agarrado a un biselado de hierro. ¿Cuándo tiempo podía seguir aguantando? Me dejé caer de pie a las aguas del puerto. El perseguidor no se atrevió a seguir el salto olímpico de supervivencia que acaba de dar yo. Tarde un rato en subir a la superficie. Nadé hasta llegar a salí por la escalera llamada de Isabel II, donde se halla el bronce de Ícaro con la tabla de windsurf dentro de las aguas del puerto. De esta me había escapado. Me había deshecho de estos dos tipos, uno estaría muerto o gravemente herido y el otro seguramente fue a su encuentro y auxilio.

A partir de este suceso, y como si no hubiera tenido bastante con el susto que me dieron los argelinos, me volví a echar la pistola, pues presentí que este asunto se estaba complicando demasiado. Tenía dos heridas un navajazo de los otros días en el brazo y ahora una cotilla medio rota con un hematoma en el costado izquierdo. En el País Vasco yo vestía de paisano, pero siempre llevaba mi pistola encima. Retornaba a los tiempos del miedo y la precaución. Ahora no sabía qué iba a pasar.

2

Me pasé unos días en cama, a la única persona que podía avisar para que me ayudara, era a Claudia, que, al primer aviso llegó en seguida y, al verme hecho polvo, le tuve que contar todo lo que me había pasado, por culpa, seguramente, de mis investigaciones, que por otra parte ella ya conocía, pues al ser Licenciada en Derecho podía orientarme en cuestiones legales, aunque con la legalidad no se llega a ningún lado, al menos en una investigación intuitiva.

Un lunes que tenía en la mesa el dossier de Melanie Faldbakken, y se cayó al suelo una de las fotografías del cadáver la recogió Claudia y la estuvo observando.

—Sabes Harry, esta foto se parece mucho a un cuadro del de un pintor inglés, de cuyo nombre no me acuerdo, pero el cuadro se llama la muerte de Ofelia, que es una obra de Shakespeare del siglo XVI, contemporáneo de Cervantes.

—Esto, a mí no me dice nada. La chica era noruega, y el cuadro es de un inglés que está ya más muerto que vivo. ¿Qué relación pueden tener un cuadro antiguo con unas fotos actuales.

—Bien, tienes todo la razón pero es lo que yo he intuido de pronto —aseguró Claudia con una cara de satisfacción como si hubiera descubierto la piedra filosofal. Pero las dos mujeres: la del cuadro y Melanie están ahogadas. ¡Cómo te diría!, es como una iluminación, sin sentido, pero una asociación de ideas se me ha venido a la cabeza.

—Bueno, lo que voy a hacer por ti, es ponerle al expedienta el nombre de: «La muerte de Ofelia». ¿Qué te parece? Como no resuelva yo pronto este caso, el Sr. Ridruejo me va a despedir. Me lo encargó como algo muy especial, pero yo no hago milagros, me entrevistado con todo el mundo, hasta con un fraile botánico y qué he conseguido, nada de nada.

—¿Qué buscas exactamente?

—Busco pruebas que me lleven a conocer al autor del crimen. De momento solo tengo identificado el nombre de las flores que aparecen en la fotografía que no creen en el embalse del Amadorio, el cadáver tenía magnesio en los pulmones y estómago que nada tenía que ver con la composición del agua del embalse.

—Investigaré sobre el cuadro de Ofelia y ya te diré algo. Todo vale, ¿no?

—De acuerdo Claudia, pero yo no veo ninguna relación. Cuando salgan acuérdate de comprarme pan de centeno que es el único que a mí me gusta, y una docena huevos. ¿O mejor sería dejarlos y que

nacieran unos polluelos.

—¡Qué tonto eres! —y se fue Claudia enredada en sus asuntos.

En medio de esta conversación me llamó por teléfono el Sr. Ridruejo para preguntarme cómo iban mis investigaciones. Le dije que no tenía pruebas, pero que al expediente le había puesto el nombre de Ofelia como el de un cuadro que pintó un inglés. La llamada era, además de preguntar por el seguimiento de mis investigaciones, para invitarme a la ceremonia y cóctel cena para el próximo sábado, porque quería celebrar los 25 años de su matrimonio o boda de plata, pero que fuera con mi pareja, así además la conocerían él y su mujer.

No tenía problema de pareja porque tenía a Claudia, y estaba allí mismo, delante, le conté lo quería mi jefe y, ella me dijo con la cabeza que no me acompañaría.

—¿Cómo que no, si es mi jefe?

—Y yo tu amante nada más. Tú y yo, que quede claro, no somos pareja. Eres un ligue circunstancial, un macho que me agrada en unos ratos de sexo. Además no tengo ropa que ponerme y no me gustan esas fiestas, pues irán todos sus familiares y amigos.

Le insistí a Claudia que era muy importante para mí que me acompañara, porque así me lo había pedido mi jefe y además no podía fallarle ni personal ni profesionalmente, pues del caso de Melanie en realidad no tenía nada de nada, no iba por buen camino, tan mal que unos sicarios querían hasta matarme. Desolador.

—Si me acompañas te regalaré un bonito vestido.

Este ofrecimiento la convenció provisionalmente, se lo pensó. Ella, seguramente tenía un armario a rebosar de vestidos, pero ninguna mujer se resiste a un regalo que llene aún más su armario y ese punto femenino es la compra de ropa. En este tema de mujeres, tenía yo suficiente experiencia, por ser yo un hombre separado y con hijos. A mí ese vestido me iba a costar el mes de la pensión de mis hijos, pero no tenía más remedio que invertir en promocionarme cerca de mi jefe.

Fuimos a la sección de ropa femenina de uno grandes almacenes, a una elegante boutique, y Claudia se enamoró de un vestido rojo magenta, que fue el que cargó a mi cuenta, en mi maltrecha tarjeta de crédito. Ella sabía que se lo regalé por mi propio interés, tenía razón, en el fondo a mí no me gusta Claudia físicamente. Era una mujer dominante que sabía lo que quería y le interesaba, era cuestión de prolongar nuestra relación en el tiempo, con algunas frecuencias de sexo, del que a ella le gustaba, y lo del cariño ya vendría como el síndrome de Estocolmo, por convivencia.

A mi jefe la bauticé como El Mago de las cartas del tarot era el alquimista. Así me orientaba mejor en mi forma particular y

cartomántica de investigar a mi manera, no muy científica pero a mí me daba resultados.

La sorpresa de la invitación al cóctel tenía la trampa de que, previamente a eso de las 18 horas, había que estar en la iglesia de San Juan para el acto religioso de la confirmación de los esponsales de las bodas de plata.

Previamente quedamos Claudia y yo en el portal de su casa del Raval Roig una hora antes. Llamé al timbre, bajó a los diez minutos luciendo el vestido magenta que yo le regalé, como chantaje para que me acompañara a las bodas de plata de mi jefe, pero como era finales de septiembre se puso un elegante chal blanco que la embellecía sobremanera. Su maquilla era discreto sin joyas al cuello, y estaba bellísima y atractiva. Yo después de años, era la primera vez que me ponía mi antiguo traje de mi boda con camisa blanca y corbata.

Por el camino hablamos del caso de «La muerte de Ofelia» Claudia me aconsejó que siguiera en esa línea de la investigación de las flores, tras ingeniosas deducciones, seguro que debía tener un significado:

—Para algunas personas, las flores y su perfume —expuso Claudia con todo lujo de detalles— contienen símbolos relacionados con el amor, la tragedia del amor, ninguna vía se debe descartar, lo del beleño blanco y las orquídeas, que me dijiste, pueden tener una secreta relación, el agua del embalse como elemento necesario para la vida puede significar para otro el origen a donde tenemos que regresar, no al polvo sino a agua de donde salió la vida primigenia, la posición de las manos en cruz, las piedras, y el hecho de haber encendidos hogueras acorde para llegar a una ceremonia diabólica, sin embargo el magnesio hallado en sus pulmones y estomago despistaba mucho, pero como tú dices es el compuesto de sales de baño. Siempre que aparecen mujeres muertas detrás se ocultan malos tratos, novios celosos, divorcios, etc.

—A lo mejor Melanie tenía una pareja en Noruega —le dije como lo primero que me llegó a la cabeza— que vino a España, la mató y regresó a su país. No creo que a la Guardia Civil se le haya pasado ese detalle, son minuciosos hasta el infinito, pero...

—Es una posibilidad pero no muy convincente —asintió Claudia sin mucho convencimiento.

Me había proporcionado lógicas y nuevas ideas. En media hora de viaje llegamos en la iglesia. Allí estábamos saludando y haciendo cola para entrar en la iglesia y coger asiento como si fuéramos una pareja de toda la vida.

Después de la ceremonia religiosa nos acercamos a la torre chalet con jardines y piscina del Sr. Ridruejo, a la entrada del chalet se formó como una especie de recepción oficial, donde estaban de pie

mi jefe y esposa, la hermana de ésta y don Agapito Ridruejo con su esposa, dándonos la mano de bienvenida. Yo, les presenté a los anfitriones a Claudia y pasamos dentro a los jardines de un chalet con piscina, con mesas cubiertas de manteles blancos, que atendía una empresa de catering. Allí estaban casi todo el Alicante de la abogacía, jueces, secretarios y policías, entre ellos a mi amigo Hipólito de la Policía Judicial de la Comandancia de la Guardia Civil, quien se sorprendió al verme la cabeza como la de Yul Brynner. Fue él quien me recomendó para trabajar como detective auxiliar, y por ahora era lo mejor que tenía para mí. A este arcano mayor lo reservaría para una jugada más compleja

Claudia, bellísima con su vestido largo magenta, bien maquillada y perfumada como las rosas silvestres del Nilo, se integró en el grupo, y yo deambulaba por allí haciéndome visible ante mi jefe y su esposa, para cumplir con el protocolo, éramos unos cincuenta invitados todos con elegantes trajes y algunos con palomitas y chaqué, como en una boda primeriza. En el jardín se montó una especie de gran carpa de plástico, porque por la noche hacia un poco de frío. Alrededor de la piscina se pusieron unas mesas. Una tarima para un grupo musical. Aquella fiesta iba para largo.

Dos horas después estábamos en el cóctel, luego la cena, y después de la cena sorpresa: corte de la corbata del novio y a hacer un regalo metálico de 20 míseros euros era lo único que yo llevaba encima, y que sigilosamente metí debajo de los otros billetes de 50 euros que lucían sobre una bandeja.

Claudia se acercó a una pareja de amigos suyos, yo quedé al margen y no me presentó lo que evidenciaba lo poco orgullosa que estaba de mí. Eran Lola Gómez, de nombre artístico Stefan Gómez, y su pareja de música. Una mujer con larga cabellera como un manto animal y un vestido de lentejuelas negro ajustado a su guitarra de mujer.

Estas ceremonias son muy familiares, pero nosotros estábamos haciendo bulto, hasta que se acercó a nosotros una pareja para saludar Claudia, ellos habían sido compañeros en la Facultad de Derecho y se pasaron casi toda la ceremonia recodando sus años de estudiante, era Jacinto de la Riva, un guaperas y una acompañante.

Tampoco me presentó a aquel tipo guaperas ni a su acompañante. Era la segunda vez que me lo hacía. Es decir, que aquel gesto debía de interpretarlo yo como una vergüenza propia de presentar a un tipo calvo, barrigón, que parecía un señor mayor. No tenía que decir, «aquí mi pareja», sino con decir «aquí Harry, un compañero» me hubiera bastado. Era evidente lo que yo sabía, de que no era su pareja sentiemental, sino un acompañante: ella era la señora abogada y yo un «gigoló alquilado» es decir su rollo. Yo le gustaba como

amante pero de ahí no pasaríamos, en realidad yo también tenía otras pretensiones sobre ella; pues con mi separación y el acuerdo de manutención de mis hijos, ya tenía yo suficientes problemas sentimentales.

Me sorprendió gratamente ver de camarera a una antigua conocida mía, a la que de momento evité, era Diana la camarera del Mambo II, yo no sabía dónde meterme. Vestida de uniforme de camarera con traje negro, delantal blanco y cofia del mismo color, tenía un tipo impresionante y seductor de curvas peligrosísimas. De rubia se había pasado a morena para camuflarse entre las alicantinas normales, es decir con las autóctonas de país. Como Claudia se fue a hablar con su compañero de universidad, yo andaba por allí con Kiko, Justino, Daniel y dijeron que la camarera estaba muy buena.

Ya no podía disimular más cuando Diana me preguntó en mucha alegría, y una sonrisa en su bello rostro.

—¿Qué tal tú aquí?

—Yo trabajo con el Sr. Ridruejo. ¿Y tú?

—He dejado el Mambo II y a *La Paquera*, y me he colocado de relaciones públicas y camarera ocasional en este empresa de catering, he dejado aquella vida nocturna de copas, porque no era plan. Ya tengo permiso de trabajo. Además quiero darle una educación a mi hija. Aquello no era plan. Además voy a clases de castellano. Me gustaría ser profesora de lituano y de inglés. Cuando Lituania entre en la Unión Europea, ya poderme quedar en España.

—No sabía que tuvieras una hija.

—Tampoco tú me lo has preguntado.

Hablamos poco porque estaba trabajando y todos los amigos, nos estaban mirando. Claudia, me miraba desde lejos con el rabillo del ojo cuando estaba hablando con la camarera. Luego se acercó a mí como celosa.

—Vienes conmigo y te pones a ligar con la primera camarera que te encuentras.

—No me hagas aquí una escena de celos porque tú ni siquiera me has presentado a tus amigos de la universidad y encima, te apartas a hablan con ellos. Como si te diera vergüenza estar conmigo, con el calvo gordinflón. Pues no te olvides que yo he sido quien te ha traído aquí, y te ha regalado el vestido que llevas de trecientos pavos.

—Pues lo mismo que me has traído me llegas ahora mismo a mi casa —dijo Claudia con un cabreo monumental.

—Te llevaré cuando te tenga que llevar. ¿Qué quieres montar aquí una escena de celos? No comprendo. Yo no puedo llevarte ahora a casa y dejar a mi jefe y amigos.

—Entonces llamo un taxi que venga a recogerme.

El Sr. Ridruejo que estaba al tanto de nuestra riña amorosa, se

acercó hacia nosotros, quizás para limar la situación tensa.

—Amiga Claudia, ¿me permites el tuteo? Me ha dicho Harry que trabajas de abogada de oficio. Mi hermano y yo necesitamos a una abogada de apoyo en nuestro bufete, no una becaria, sino de contrato y porcentaje. Ya sabes que cuando quieras puedes venir a trabajar con nosotros. El caso que lleva Harry, necesita más personas, más equipo.

—Lo pensaré… -respondió Claudia con cierta satisfacción.

Las prisas por irse a su casa se redujeron en intensidad. Luego llegó «el Guaperas» de su antiguo y compañero de la Facultad de Derecho de la universidad de Alicante. Ahora sí me lo presentó como Juan de la Riva, y éste a su vez a su acompañante femenina, bella morena pero como si fuera de alquiler. Cuando pasó un tiempo más de una hora, me dijo Claudia que como Juan de la Riva y la acompañante se marcharon para Alicante, que ella se iba con ellos. Le dije que de acuerdo. A mí me daba igual, ella no era ni mi pareja ni mi mujer, ni nada, solo una amante ocasión con un vestido que me había costado 300 €.

Yo no dejaba de pensar en Diana, en la bella Diana, tan fina y delicada. que, al cambiar de trabajo, yo ya la miraba de otra manera, su trabajo en el Mambo II, no era el más recomendable para mí. Cuando Claudia se fue con Jacinto de la Riva y la acompañante, me quedé solo, pensativo, lleno de dudas y calamidades. Le pedí el teléfono a Diana y ella me lo dio apuntado en una servilleta de papel, que luego pasaría a la agenda del móvil. Pensé que a lo mejor le venía bien, incluso casarse conmigo, por un matrimonio de conveniencia, y así ella obtendría la nacionalidad española, porque Lituania se espera que algún día ingreses en la Unión Europea, pero en 2001 no lo estaba. Pero esto eran nada más que suposiciones mías con un par vasos de whisky en el cuerpo y en una barra libre bajo la luces violáceas de un rincón ameno.

Cierto que lo pensé porque lo de Claudia y yo iba a claudicar pronto, era una cacofonía, pero era una realidad.

3

La euforia ante la solución de un problema complejo, es tan sólo comparable a un orgasmo. A pesar de mis devaneos de cabeza me faltaba, por ahora esa noción de éxtasis, del deber cumplido, de saberte pieza necesaria en un desarrollo final de la acción laberíntica. Era viernes (de una semana posterior a las bodas de plata) y tenía que llevar a Claudia a cenar y a bailar, como era de costumbre, a la sala de fiesta «Sombrero de copa» donde solía cantar boleros su amiga Stefan Gómez (seudónimo de Lola Gómez) como solista de un grupo musical. Además aprovecharía el trayecto para hablarle de mis dos milímetros conseguidos en que había avanzado mi investigación con Sissel, viaje que lo amenizaría con mi encuentro con el fraile hermano Fructuoso. Chalar a la que debía añadir pizcas de humor para no aburrirla, porque mi caso, a ella, le importaba poco. Pero yo de alguna forma debía limar aquel roce tonto que tuvimos en el cóctel de la boda de plata de mi jefe, y la estúpida escena de celo por hablar yo con mi antigua amiga Diana, la bella nórdica metida a camarera.

Las personas somos contradictorias, o al menos yo me creo el más contradictorio de todos los seres humanos por simple definición. Así que llamé al móvil de mi amiga Claudia para citarme con ella, teníamos que hacer las paces, por lo de los otros días. Tuve la suerte de que me contestara con un *digui*, porque como su madre era de origen catalán no había podido adaptarse a un *dígame* castellano fuerte e interrogante, eso de *digui*, sobana como más cariñoso, diminutivo, no agresivo, casi de víctima, y daba gusto seguir hablando con ese tono leve. Le dije cariñosamente: «Esta noche podemos ir a cenar y bailar, y deberíamos hablar y aclarar alguno asuntos».

Claudia me respondió seca y distante que no podía, que tenía mucho trabajo pendiente, indirectamente, estaba perdiendo a mi ayudante, en una versión femenina del Dr. Watson si yo fuera Sherlock Holmes. Yo no podía colgar el teléfono, sin conseguir que me perdonara, el hecho estúpido y tonto de hablar, no de rondar, a Diana, la camarera, no era un motivo suficiente de ruptura por celos majaderos, también malpensé que, a lo mejor, ella estaba enrollándose con Jacinto de la Riva. Y así se lo hice saber.

—Ya entiendo, yo estorbo en tu nueva relación con Jacinto de la Riva… De acuerdo, bien, ¡qué le vamos hacer!

—No Harry, estás completamente equivocado, yo no tengo nada con de la Riva, son imaginaciones tuyas. —Afirmó Claudia con cierta

violencia verbal.

—Creo que lo mejor es que lo hablemos. De lo contrario se no van a quedar multitud de dudas sin aclarar y eso me molesta en este tiempos de mis inseguridades emocionales. No podemos cortar así de tajo nuestra bonita relación. Tú sabes que yo en el fondo de mi alma te quiero.

—De acuerdo. Ven a recogerme a las nueve y hablamos.

La recogí y nos fuimos a Dársena del puerto a cenar.

—¿Tú tienes algún rollo con aquella monada de la camarera? Porque os vi muy compenetrados.

—Esa camarera se llama Diana, es lituana, la conocía de cuando yo iba a Mambo. Trabaja allí camarera de alterne, y varias veces me acosté con ella… Pero eso fue antes de conocerte a ti. Ahora te soy fiel, a pesar de que no somos pareja, sino amigos compenetrados. Pero es que yo como tú sabes soy separado y tengo dos hijos. ¡Es lo que hay! Si quieres lo dejamos. Eres libre de hacer lo que quieras o irte incluso con ese Javier de la Riva, tu compañero de la Facultad.

—Te agradezco tu sinceridad. Nunca me habías hablado de tus dos hijos. ¿Dónde estás, me gustaría conocerlos?

—Están en Baracaldo con su madre. Hace tiempo que no los veo.

—Sobre la escena de flirteo que montaste con esa Diana. No quiero pasar por tonta ante los demás. Me molestaron mucho tus sonrisitas y confabulación con la camarera. Ahora todo está aclarado. Y te digo que entre Javier y yo no hay nada. Pero que ahora con doble turno de oficio tengo mucho trabajado pendiente. Son meses en los que hay muchos detenidos. Estoy pensando dejar y aceptar la propuesta de tu jefe.

Hablamos y quedó todo aclarado como si nada hubiera pasado en la boda de plata de mi jefe y su esposa. Porque Claudia, aunque no quería que nos comportáramos como una pareja de hecho, a veces, se portaba como cual, era su carácter dominante. Me dijo que iba a aceptar el trabajo que le ofreció el Sr. Ridruejo en el bufete. Lo cual me alegró, porque trabajaríamos juntos. Luego fuimos al «Sombrero de Copa» del puerto para bailar y tomar unas copas.

A eso de la dos de la mañana, Claudia me dijo que se aburría y que ya había bailado suficiente. Me besó lento con lengua y suavemente, su cálida ardiente boca era como un sello, como una inequívoca señal de perdón y de deseo. Sus labios eran la seda de los pétalos de una rosa abierta, completamente abierta. Un morreo no era suficiente. La traje a su casa de Raval Roig y ella me invitó a que subiera sin soltarme de su mano caliente. Yo la verdad es que tenía ganas de acostarme con ella, pero me aún me seguía doliendo el costado derecho del golpe que me dio cabrón del sicario en lo alto de la grúa del puerto; pero a veces, uno ha de sufrir en física carne los

desagravios de la vida, y no demostrar dolor, pues yo sabía por mi experiencia de picoleto en el País Vasco, que no duelen los golpes sino la traiciones. Y uno aprende a entender que todo dolor se quita con unos vasos de whisky y unos porros terapéuticos.

En cinco minutos estábamos liados a besos limpios, cuando me desnudé y vio mi vendaje en el costado, me dijo lo que haríamos suavemente sin los acaloramientos ni salvajismos de nuestro primer encuentro en aquel hotel de la playa del Postiguet.

Efectivamente todo transcurría según lo acordado, pero llegó el momento, esta vez yo me puse debajo boca arriba como lo que se llama montar a caballo. Le dije una par de frases guarras para poder acabar pronto, que era lo que le excitaba más que nada. A ella le podía cuando le decía lo buena que estaba y lo caliente que me podía, pero el lenguaje del amor nunca puede exceder de ciertas normas, sobre todos cuando nos habíamos acostado tres veces. Poco a poco se puede explorar un poco de sexo duro si vez que por ejemplo a ella no le importa que le ates las manos a la cama, en el juego de las esposas del policía y la ladrona. Pero todo ha de tener su momento, porque ella nunca te lo va a pedir, tú eres quien lo tienes que adivinar, el amor es adivinar.

Los juegos del amor son siempre imprecisos, es como ir un poco a la aventura, pero con decisión para lograr el fruto prohibido y deseado del manzano del bien y del mar. La carta XVIII del tarot es el Sol, representa la vida, el amor y la felicidad. Claudia era para mí el Sol y todas las estrellas.

4

Con la lección bien aprendida de no usar como prueba mis presentimientos e intuiciones, me acerqué al *Diario Alicante Hoy,* situado por la plaza Canalejas para ver a mi amiga Silvia, la periodista arcano menor, de la sección de sucesos muy bien relacionada con las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad, para saber si sabía algo nuevo. Lo primero era pegarle la bronca por la putada de aprovecharse de mi amigable e ingenua conversación de hacía una semana en el parque Ansaldo; y en segundo lugar pedirle que me proporcionara una información que me podía ser necesaria.

El conserje me dijo que no estaba en la redacción.

—Le esperaré —le dije al conserje con la determinación de que no me iba a ir sin hablar con ella.

—No sé cuánto tardará.

—Le llamaré al móvil y lo averiguaré enseguida... Oye tía, ¿dónde coño andas?, estoy en la redacción, te espero y luego tomamos unas cañas. Tengo que hablar contigo muy en serio, tú ya sabes.

—No puedo ir, de verdad, que no, estoy en una rueda de prensa en la Subdelegación por un alijo de drogas.

Como no podía atenderme me acerqué a la comandancia de San Vicente para hablar con mi amigo y ex compañero Hipólito que estaba destinado en la Policía Judicial.

—¿Qué te trae por la comandancia, Harry?

—Llevo el caso de la chica del Amadorio. Aunque yo la he bautizado como el caso «La muerte de Ofelia». Creo que detrás de este crimen debe ocultarse alguna venganza o malos tratos.

—Sé de qué va el caso pero lo lleva la Policía Judicial de la Vila. En qué te puedo yo ayudar, si es que te puedo ayudar.

—Quiero que me pongas en contacto con los compañeros de La Vila, para poder reunirme con ellos en sus investigaciones.

Hipólito me mostró su cara amable, levantó el teléfono color crema del despacho y estuvo concertando una cita con el jefe de la Policía Judicial de La Vila. Luego agregó que todos los datos que yo pedía, me los darían personalmente la Policía Judicial en el Cuartel de Villajoyosa.

—Sabes una cosa Harry, que me has alegrado el día amigo, recuerdas lo cabrón de aquel teniente instructor de la materia de Militar, quería que aprendiéramos de memoria la Doctrina de Instrucción militar. Y el cabo Ábrego que nos enseñó a desmontar las armas con los ojos cerrados, un arresto me llevé por no levantarme a saludar.

—Ese mismo cabo a mí me arrestó a un día de cocina, por no saludarlo. Yo creo que ganaban méritos según el número de arrestos que ponían por semanas en la Academia de Baeza.

Sin perder siquiera una estocada, ni un aliento falso, me acerqué por la autopista de peaje A-7 de Valencia hasta La Vila (Villajoyosa). Durante el corto viaje me hacía preguntas y me daba yo mismo las respuestas, luego me dije que pensar en lo que puede ser, nunca es acertado, normalmente las cosas nunca te salen como las piensas.

Por lo general nunca me presento como ex guardia civil, es muy traumático, prefiero olvidar ese periodo y superarlo, porque olvidar nunca se olvida, comportarme como un detective inteligente y eficaz. Subí la escalera lateral del cuartel al borde mismo de la N-340, la bandera nacional en su mástil central ondeaba raída y medio rota. Entré al cuartel y me acerqué a la oficina del guardia de puertas, tras sobrepasar el cartel de «Todo por la Patria», no tenía bigote ni cara de mala leche, era un chico joven imberbe y muy delgado, casi invisible, me saludó con educación y desgana y me preguntó lo que quería. Me dijo que esperara. Cuando tras un pasillo pasé al cuchitril los despachos de la Policía Judicial de La Vila (los cuarteles se han hecho pequeños y han tomado pabellones para las oficinas), me quedé sorprendido al ver el número de los ordenadores existentes, el número de guardias jóvenes apiñados trabajando, los maletines

metálicos con los reactivos para sacar huellas sobre las mesas y el ajetreo de idas y venidas del personal, muy lejos del ideal de las películas americanas o series de televisión. No eran como en los viejos tiempos en que nosotros teníamos que comprar y pagar de nuestro bolsillo, los uniformes y hasta la máquina de escribir, los folios y el papel carbón para los atestados.

Esta nueva y moderna Guardia Civil me era ajena, muy distinta a la que yo conocí en el País Vasco, luchaban contra los etarras sin apenas medios. Se me presentó una mujer guardia civil, cercana a los treinta años, pelo rojizo con moño con mechas claras, delgada y alta de estatura (era un arcano menor la sota de copas).

—Soy la cabo primero Marta Chillón. Hola, ¿qué tal? Ya me llamó Hipólito para quedar. ¿Qué puedo hacer por usted? —me dio la mano con una música de sonrisas y de silencios que me esperaba, menos mal que me esperaba sino me llegan allí las Navidades.

La mujer guardia civil de pelo corto y rojizo a lo Van Gogh vestía con pantalón vaquero de mercadillo y no mostraba sus encantos femeninos por ello no me vi en la necesidad de hacer mi acostumbrada asociación mental sexual para vencer mi timidez ante las mujeres.

Ese "usted" cortante me hacía un poco mayor. Me trataba con la cortesía debida a un desconocido detective privado. Yo no le dije que fui ex compañero, mejor, pues estos gente joven guardias, no tienen la camaradería de antes, excepto los Polillas (Guardias de Valdemoros).

—Me llamo Matías Febreiro, soy investigador y amigo de Hipólito que le llamó ayer tarde. Aunque mis amigos y conocidos me llaman Harry —dije con cierto sarcasmo bajando los ojos al suelo—. Trabajo de detective en el bufete abogados Ridruejo & Brother. ¿Cómo me dijo que se llama...?, -le pregunté con cierta pausa... ¿Señora o señorita?

—No. Cabo. Llámeme cabo primero Chillón.

—¿Lleva usted el caso de la mujer del Amadorio?

—Sí, lo llevo yo y mi equipo. Siéntese y hablemos.

La oficia no era muy pequeña, detrás en la pared se dejaba colgar un cuadro del Rey Juan Carlos I junto a un cuadro del Duque de Ahumada, fundador de la Guardia Civil. Le pregunté si habían tomado muestras de la flores junto al cadáver de Melanie Faldbakken, si había investigado la rodaduras, insinué algunas preguntas encubiertas como si habían examinado el tejido del vestido que llevaba puesto la víctima, joyas o del resultado de la autopsia Ante la abundancia de mis preguntas me advirtió sobre el secreto del Sumario, como una forma de despedirme o advertir que no iba a darme ninguna información gratuita, no iban a permitir que personas

ajenas a la Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado metieran sus narices en sus investigaciones.

Reconozco que soy un machista, lo confieso, y no me avergüenzo, a medias, confío en la capacidad deductiva de la mujer, creo que poseen pensamiento lateral, son mentes prácticas, pragmáticas y organizadas como nadie; pero ya está, no tienen fantasías ni sueños de gloria. Me puse en actitud como esperando dardos detrás de un parapeto. Y es que he de acostumbrarme a estos nuevos tiempos en que la mujer ocupa en su mayor parte la Justicia, la Sanidad y la Administración. Cuando le pregunté por las flores venenosas y de los semicírculos de piedras, me hizo pasar de la sala de operaciones a su despacho, casi sin decoración, mesa solitaria y ordenador, hubo un momento de silencios mutuos, casi de enemigos que se van a enfrentar en un tablero de ajedrez, cada uno a un lado de la mesa, pero luego dejó un asiento de dirección y pasó a sentarse cerca de mí, de tú a tú en un confidente. No obstante, para empezar o romper el frío de mi presencia, pregunté directamente:

—¿Sabía usted, por casualidad, que las flores junto al cadáver eran orquídea venenosas? Y le mostré las fotos.

La contestación no fue inmediata porque la cabo que tenía en frente, puso cara de no saber muy bien de lo que yo hablaba, tuvo que mirar el atestado, para comprobarlo.

—No aparecían los nombres de la especie de las flores que se encontraron junto a la supuesta suicida, de alguna forma debe ser un error de bulto de los que hicieron la inspección ocular. ¿Me puede ampliar el tema de las flores venenosas —aventuró Chillón con cierto tono de ausencia más que de interrogación— se lo agradecería, confirmaría lo que de alguna forma me ronda en la cabeza, además cualquier colaboración es buena, tengo a mis superiores que me pisan los talones, que ya no sabe qué preguntarme. Pero creo que es un suicidio, como un síndrome de Medea (sacrificó a sus hijos para vengarse del marido).

—Pero nunca jamás que yo haya leído en los anales de los casos policiales una mujer embazada se suicida. Puede abortar, cometer infanticidio o abandonar al bebé en un contenedor de basura, pero nunca un suicidio. Un fraile botánico me confirmo que las flore son beleño blanco.

—Bueno, ¿qué opinión, tienes usted?

—Pienso que el caso de Melanie está medio cerrado, a falta de algunos datos, porque pienso que fue un suicidio por ahogamiento.

—Es mi parecer que una joven embarazada no se suicidaría nunca… No sé qué pasó en el embalse pero hay que empezar otra vez de nuevo, desde el lugar de los hechos, y tomar todas las pistas como posibles, sin descartar absolutamente nada como los círculos de

piedras y las hogueras. Chillón puso cara de extrañeza.

Salí del despacio de la Policía Judicial con cierta decepción, advirtiendo que habían investigado poco, y además puso cara de asombro, de momento ella se interesó por conocer con exactitud el tipo de plantas, si de margaritas o cardos borriqueros, o sea, que esa vía del tipo de flores le había sido indiferente hasta que lo introduje la idea, así les lucía el pelo. Me miraba como un apestoso, un intruso sabiondo que quiere meter sus narices en medio de un gran pastel.

Con toda amabilidad me despedí, y dejé en ella la carnaza de las piedras y flores venenosas con cierta sensación de que mi baza haría sus efectos pasado unos días, puesto que si mis conjeturas eran acertadas, le indicaría que yo podía ayudarle más de lo que en principio pensó o despreció por la simulada prepotencia del cargo que desempeñaba.

Me acerqué al despacho, y ya mi jefe tenía la orden para poder ir al Banco BYDA, a ver los extractos bancarios de Melanie. Y la orden para la escucha a Sissel.

—Toda la investigación hubiera sido más fácil si Melanie hubiera tenido un teléfono móvil, pero lo no tenía.

—¿Y cómo lo sabes? —me preguntó mi jefe

—Me lo dijo su padre en Benidorm.

Con la orden judicial me acerqué al banco para ver los movimiento de la cuente corriente, que no era tan corriente, pues solo tenía como saldo 1.553 €, y el último ingreso era la paga mensual de la Residencia Siddall de 955 €, lo que evidenciaba es que era una mileurista más. La última extracción era de 350 € del día 31 de mayo, uno días antes de morir. ¿De qué podía ser este movimiento? ¿Y si era el pago de alguna factura para visitar a un ginecólogo por no ir a la Seguridad Social? Esta sospecha quedaba por investigar.

Un par de días después Dani, el químico del laboratorio, me pasó los resultados de los pelos hallado del embalse, me dio una gran noticia, eran los pelos de un perro, y estos pelos habían sido lavados con un jabón de baño que contenía magnesio. «¡Ajá! —pensé— Qué buena coincidencia, era la misma fórmula química del magnesio hallado en los pulmones y estómago de Melanie, es decir, que a este perro lo debieron lavar en el misma ducha o bañera que ahogaron a Melanie».

Esto suponía un gran avance, ahora hacía falta encontrar al dichoso perro de pelo canela tan bien cuidado, lo que demostraba que no era un perro de caza ni vagabundo, sino un perro de compañía de alguien que le tenía como un sultán: lavado, peinado y perfumado. Lo que, evidentemente me confundía aún más, pero a la vez era en sí un perro singular, y la singularidad es lo que hay que

buscar en la investigaciones, lo único, según decía mi capitán de Criminología en el curso de tres meses que hice en Madrid.

—¿Podrías averiguar la raza del perro?

—Sí, y también su pedigrí, el nombre y dirección del dueño y teléfono. ¡No te jode!

Dani me miró de soslayo, movió la cabeza con un signo de negación, y se machó.

5

En aquello días de finales de septiembre me dio por presentir que me iba a pasar algo positivo. Cuando estaba en casa empezaba a darle vueltas a la cabeza, me daba cuenta que cada vez tenía menos reflejos, que era incapaz de resolver problemas policiales, me faltaba concentración, intuiciones, y es que, en cuando más te esfuerzas en darle vueltas a lo mismo sin tener cosas claras por conseguir, te anquilosas, se te embota la cabeza, era mejor dejarlo y tomar los aires marinos del Postiguet. Con la idea del agua verdosa del embalse del Amadorio tenía suficiente detonante como para que los recuerdos antiguos me trajeran indeseables desechos de días de lluvia en el País Vasco, un garaje y un coche en cuyo maletero había un hombre atado de manos y con un tiro en la cabeza. Imágenes y *flash back* de un tormentoso pasado en el que me sucedieron innumerables peligros uno detrás de otro, algunas noches soñé que me asfixiaba al verme con la cabeza sumergida en agua. También, me acudieron sueños eróticos con una mujer de pelo rubio platino de cara anónima que nunca había visto.

Me hubiera gustado tener una afición para echarle horas, pero nunca aprendí ni siquiera un oficio manual, tampoco recibí una educación privilegiada, mi familia tenía una tienda de muebles antiguos y decoración accesoria en Benissa. Mientras mi madre atendía la cuestión administrativa, mi padre se pasaba horas y horas en el taller de bricolaje, era un manitas en la restauración de muebles, conocía todos los nombres de colas, y manejaba con oficio y habilidad los serruchos, garlopas, escofinas, traza ingletes y demás herramientas, y nadie le ganaba en entallar, machihembrar dos piezas exactas o reproducir antiguos taraceados. Yo siempre huí del taller, prefería la informática y el inglés por ello me fui a Londres una temporada cuando cumplí los dieciocho años. Mi hermano tenía problemas de madurez, retraso de personalidad, con treinta años su edad mental era de un crío de 10 o 12 años.

Salí a dar una vuelta, primero por el paseo marítimo hasta Arrabal Roig, regresé por la antigua coracha al barrio de Santa Cruz, y llamé a Claudia para tomar unas copas por los bares del puerto. Al final del filo de la noche dejé a Claudia en su casa, y me fui a dormí tres o cuatro horas, no me levanté de la cama y puse un vídeo con una película antigua de las de cine negro o enigmas, y no podían faltarme las de Humphrey Bogart o Sherlock Holmes. Leer algunas novelas del investigador Mike Hammer, me gusta cuando dice: «No voy a darle al asesino la tregua de los juicios, los capturo y los mato». Los ingleses y

los norteamericanos son los maestros de la novela negra. Jamás se ha escrito nada parecido a *La ratonera* de Ágata Christie o *A sangre fría* de Truman Capote. Lamentablemente la vida es mucho más aburrida y absurda, no tiene el atractivo novelesco, ni chicas guapas, rendir cuentas, sentir el cansancio y las broncas. Entonces pensaba que algún día, a lo mejor, me ponía a escribir mis aventuras policiales antiterroristas.

Sobre las once de la mañana me llamó la cabo Marta Chillón al móvil con cierto contento en la velocidad de sus frases, sin duda esperaba su llamada, la carnaza había hecho efecto.

—Hola Harry, soy Marta Chillón. Un hombre ha encontrado en el lugar de los hechos un collar de ámbar, que antes no estaba. Sino que ha sido puesto allí después, ¿Y cómo sabes que las flores son adelfas, beleño blanco y orquídeas…?

-Me lo dijo un fraile botánico al que consulté. Si quieres me acerco a La Vila y te lo explicaré en persona, y hablamos sobre mis investigaciones y sospechas.

Lo del collar de ámbar era curioso, yo tampoco lo había visto el día que estuve allí. Quizás porque no tenía nada, la cabo Marta me pedía colaboración, cualquier colaboración es buena, y ellos me demostraba que no tenía nada a la vista, cero, se conformaba hasta con un visionario o un clarividente, todo era bueno para ella con tal de engordar las diligencias previas. Además, por lo general la información a los jefe hay que ir racionándola, poco a poco, no se le puede contar todo de un golpe, si mañana no tienes nada nuevo que comentarle, vas por mal camino. A la mañana siguiente cogí el coche y me acerqué a La Vila a verla.

—Este collar de ámbar parece ceremonial. Lo mejor es volver al principio —sugerí a Marta con cierto sentimiento de modestia viéndola venir—, al lugar de los hechos, al embalse del Amadorio, no hay nada como percibir las sensaciones del lugar de un crimen. Además teníamos interés en buscar beleño blanco y examinar detenidamente los círculos de piedras y la composición de las cenizas de las hogueras.

—Tienes toda la razón, siempre se olvida algún detalle en las inspecciones oculares. Quiero, si es posible, que nos acompañes al embalse, y me indiques todo lo que tú habías observado.

Eran las once y media de la mañana cuando salimos: Marta, su conductor y yo, hacia el embalse del Amadorio al lugar del supuesto crimen, nunca suicidio, en un coche pequeño camuflado reventado de kilómetros a modo de herejía. Yo ocupaba uno de los asientos de atrás aunque me coloqué en el centro para poder hablar con Chillón. El conductor trataba de esquivar mi cabeza con el espejo retrovisor interior, menos mal que no dijo ese chiste manido de que la carne de

burro no es transparente, era compañero de servicios, un andaluz desenvuelto, ocurrente y con cierta manía por los conductores que le adelantaban a toda pastilla con un baño de pistones. Pero antes de salir de La Vila hacia el embalse del Amadorio, les propuse invitarles a unos cafés o a un chocolate Valor que tanta fama tiene en esta localidad. A mí se me apeteció tomar uno con churros. Ellos pidieron descafeinados. Yo no sabía cómo entrarle a Chillón para que me contara su vida privada así no tenía yo que contar la mía, la mejor forma era empezar por el gracejo de su pronunciación.

Empezamos a tutearnos. Por su acento traté de adivinar que no era alicantina, sin someterme al ridículo o a la pretensión, a lo que respondió que era de Madrid del barrio de… y se calló de repente para no pronunciar el nombre del barrio o tal vez arrepentirse de haberlo insinuado. En el transcurso del corto viaje al Amadorio, Chillón no paraba de hablar de su hijo pequeño y de las monerías que se le ocurrían. Luego puede saber que era casada con un guardia civil sin graduación que conoció en la Academia de Baeza en Jaén, hacía seis años; es decir, que ella además llevaba los galones.

Con cierta reserva contó que su padre era militar, sargento de Infantería en el Ministerio de Defensa, y que de adolescente se enamoró de la vida militar, de lo que había visto con la camaradería y buen rollo de los compañeros de su padre. Le falta un año para terminar Derecho, empezó en la Complutense de Madrid, arrastrando asignaturas de Segundo y Tercero como todo el mundo, un día se cabreó con su padre y se presentó a la General de Zaragoza, no aprobó como cadete femenino y como ella insistió en ser militar ingresó en la Guardia Civil con el sueño de recorrer el mundo en misiones Internacionales de paz, y acabó haciendo el curso de Policía Judicial o Policía Científica como también se le conoce, y luego se presentó para cabo, y en Villajoyosa estaba ella con su marido, reclamado por derecho de consorte.

Mi vida se rodeaba de abogadas, ahora Chillón, la cabo de la Benemérita. Me asombraba del nivel cultural que tenía el Cuerpo, respecto a cuando yo ingresé en los noventa. Yo con dos años de Informática y P.J., me tenía que conformar.

De alguna forma el currículum de esta mujer me dio más confianzas, y es que cuando a uno le llenan la cabeza de carreras, uno piensa que quien las posee es infalible. Pero en el fondo de sus ojos había como un resentimiento hacia el Cuerpo de tener que demostrar cada día y en cada servicio su valía, en cambio, al varón se le daba por hecho y no se le miraba con tanta escrupulosidad sus acciones diarias.

Subimos, la cabo Chillón, acompañada de un guardia conductor, y yo, en su coche de matrícula camuflada, tomamos una carretera

secundaria desde la que se veía un paisaje de tierras ocres, claros de vegetación, y algunos algarrobos y pinos al tresbolillo, el mar de fondo a nuestra espalda. Entre el ruido del motor, las curvas y la incomodidad del coche, Marta no me escuchaba bien, me miraba de vez en cuando por el espejo interior como para confirmar que seguía allí. Ellos dos conocían bien el lugar donde apreció Melanie, pero no habían apreciado las piedras, el altar con la oveja muerta, ni las flores flotando junto al cadáver, y ahora un collar de ámbar.

7

Tomamos un camino de tierra que bordeaba el embalse hacia el interior de la bañera, pensé que también pudieron transportar el cadáver en coche hasta aquí, una vez envenenada en otro lugar distinto, y luego arrojada al embalse.

Los llevé por otro camino al lugar del hallazgo del cadáver, en el que yo ya había estado días antes. Mientras ellos dos buscaban no se sabía qué y rastreaban con el celo del perdiguero las márgenes y accesos tras las posibles huellas de otros vehículos, yo observé con cierto detenimiento global el medio, la presa, respirar la atmósfera de la calima bochornosa del día, el silencio del campo olivado, a respirar como si en ese acto deseara leer el pasado del ambiente, el código de un testigo infalible: el aire, los pinos, el agua. ¿Si el medio ambiente, pudieran hablar, el caso se resolvería? Hay un cuento de un perro que fue testigo de un crimen, el juez le interrogó a su altura canina, le enseñaron ciertos gestos, a olfatear la ropa del posible asesino, y ciertas reacciones ante las personas amigas y enemigas, el perro no podía hablar, pero el juez estaba seguro que los canes poseen cualidades más potenciadas que las del hombre: la de su olfato fiable, la de su sentido del sacrificio sin género de dudas, la obediencia y el riesgo canino por salvar a su amo. Así que el juez hizo múltiples ruedas de reconocimiento con peligrosos criminales, y sólo ante el que era el verdadero criminal de su amo se ponía de pie de las patas traseras levantando las delanteras y mirando al juez. Este gesto fue suficiente para que el juez interrogara concienzudamente al sospechoso y descubrir que fue el asesino.

Encontré cerca de donde se halló el cadáver algo extraordinario: allí seguían las piedras, simulando un círculo como de dos metros de diámetro aproximadamente compuesto de pequeñas piedras que eran cantos rodados de un río o de una playa requemadas, ¿piedras celtas? pensé de inmediato, no era un semicírculo como me mostraban las fotos, sino un círculo mágico, el Sol es un arcano mayor del tarot que nos indica fortuna. También hallamos cerca del círculo de piedras, lo que parecía una especie de incipiente fosa. ¿A lo mejor no les dio tiempo a enterrar el cadáver? Y mientras trataba de poner ideas en batería de lógica me sacudieron en mi memoria las antiguas imágenes que nunca quiero recordar las de un garaje, un coche con un muerto atado de manos en el maletero, un hombre en una silla de ruedas sin pies que me entrega una pistola en la mano.

Ellos, Marta y el compañero de servicio, habían encontrado a medio metro del agua una vieja flauta de baquelita negra y una

cáliga o sandalia con largos cordones de los que se atan a las rodillas, cerca del fango, también hallaron unas huellas de pisadas, de zapato, varias, de distintos pies, se mantenía en baro de la tierra a pesar de los meses transcurridos.

El entorno me daba palpitaciones extrañas sensaciones, había nuevas pisadas, nuevas rodaduras de coche, alguien había estado otra vez allí. Teníamos pruebas ¿pero de quién o quiénes? Un cazador no iba a llevar encima un collar grande de ámbar, que es una prenda femenina.

Era lógico, los delincuentes han de entrar y salir de los lugares de los hechos, caminando o en coche, no vuelan. La importancia de estudiar las pisadas humanas, corresponde de su valor procesal, en la medida en que todos los objetos del universo son únicos. Eso lo demuestra el microscopio con el principio de individualidad, debemos observar en cada característica individual su forma y orientación. No hay dos pisadas iguales, como no hay dos pies iguales o dos huellas digitales idénticas. Por ejemplo, en el pie desnudo podríamos observar la orientación de un dedo gordo, tamaño del talón, línea del metatarso. En los zapatos podemos observar desgaste de puntera y talones, y en su interior la presión y sudoración de los pies, además de poder consultar con Grupo de Trabajo de Marcas de Pisadas. Teníamos una flauta de baquelita, una sandalia de cuero, un collar, un posible círculo mágico, un altar, con estos nos debíamos de conformar por ahora: ¿una secta? Por una parte me acuciaba la desesperante necesidad de avanzar más deprisa, teníamos más que ayer, pero nada concreto, habíamos avanzado unos centímetros.

—Tienes toda la razón —dije a Marta con cierto escepticismo—, eso es Criminología en estado puro. Si te pones a hacer moldes de yeso y recoger todas las pisadas que hay aquí y las tienes que mandar a un laboratorio de análisis de pisadas pueden pasar años. Si tuviéramos el zapato de sospechoso para compararlo, la cosa sería diferente. Además aquí estuvo el juez instructor, el forense, quién la encontró, tú mismo, lo habréis pisoteado todo, involuntariamente, en toda inspección ocular se destruyen pruebas.

—Tú tranquilo que no me voy a quedar sentada a esperar el resultado del análisis de las pisadas o de la sandalia. Nos moveremos en la búsqueda de testigos y recorreremos todas las casas rurales o chalets a un perímetro razonable. Lo del suicido también lo descarto.

Por la incomodidad de sentirme maestro pedante de la lógica más recelosa, no quise agobiar a Marta Chillón con más sugerencias ni preguntas incordiantes cómo la de ¿qué iban a hacer ahora?, o si se había puesto en contacto con los amigos, prefería que fuera ella la que tomara la iniciativa o necesitara de mí, pues de lo contrario uno

se siente como lastre, saco de mentiras y malas respuestas. Así que con una formalidad propia de buena educación me callé, soy así no sirvo para segundón. La cabo Chillón apuntó que iba a consultar con el teniente del Puesto Principal para poner una vigilancia discreta cerca del pantano, por la teoría criminal de que el asesino siempre vuelve al lugar del crimen. Era una muy buena idea y se la elogié.

Sissel, la amiga de Melanie, había sido la que denunció desaparición de su compañera de piso en la Guardia Civil de la Villajoyosa, iba a ser mi próxima entrevistada. Le previne a Chillón de que debíamos tener confianza mutua y que cualquier progreso debíamos confirmarlo, lo solté como un lazo abierto en el suelo por si en alguna ocasión había que cerrarlo y atrapar una deslealtad. Casi al mediodía regresamos a La Vila por la misma carretera de curvas por la que habíamos venido, sin nada real, pero la investigación es así, lenta y aprovechando la mínima idea renovada.

Cuando se descubren las cosas, luego, todas ellas encajan. Regresé a Alicante a la hora propia de tomar una cerveza con Claudia y contarle lo que habíamos encontrado; pero ella estaba en el juzgado, así que me fui al barrio y me encontré a *La Paquera,* la dueña del Mambo II muy desmejorado, triste, apática, inquieta, embutida en una bata de casa, con pantalones vaqueros, no se había maquillado ni puesto la peluca naranja y mostraba los ojos rojos de llorar, el rímel por las mejillas y los labios destrozados por las rectificaciones del pintalabios. Quería desahogar su pena, me iba a tocar a mí ser su hombro consolador, y empezó su tragedia: «Royer se ha ido a Ibiza, me ha dejado, es un cabrón, y encima me ha sacado más de tres mil euros...» Siguió gimiendo, insultando a Royer, un ex legionario francés de más de sesenta años, afincó en Alicante. Su «postre» como ella lo llamaba cariñosamente la había dejado por enésima vez y siempre volvía y lo perdonaba cuando se fundía la pasta que le habían dado.

—Pero esta vez seguro que no va a volver —me dijo La Paquera con lágrimas en los ojos.

—¿Pero qué te los ha robado o que tú se lo has dado?

—Me obligó a dárselos.

No tuve más remedio que acompañar a la desconsolada *Paquera* a su casa, estar con ella un rato, pues me temía que no se encontraba muy bien anímicamente, y era capaz de hacer alguna tontería porque era muy temperamental. Nos fumamos unos porros terapéuticos y se quedó relajada como una morsa en una roca del Ártico.

Al día siguiente me llamó otra vez por teléfono Marta Chillón, diciéndome que tenía que darme una mala noticia. Yo atento puse las orejas en alerta, me dijo que una señora alemana había puesto una denuncia por la desaparición, desde hacía una semana de su hija

Vera Hoffman de diecinueve años, y que según sabe trabajaba por Orcheta, sin saber muy bien en qué. Ya se sabe cómo son estos alemanes, tratan a los hijos como si fueran adultos, se desentiendes de ellos, y no saben qué hacen ni dónde trabajan.

Le respondí que podían ser asesinatos en serie. Algo terrible para la paz y tranquilidad de los turistas de la Costa Blanca.

8

Hacía unos días que yo no asomaba por el despacho de mi jefe, ni tampoco me había llamado por teléfono pero seguro que confiaba en la fortuna de mis progresos, mi obligación era ponerle al día de mis pasos, según lo acordado, pero no de cada paso, darle alguna carnaza como siempre hice en mi vida militar con mis mandos, darles algo que roer sus afilados colmillos y te dejen tranquilo en el día a día de las investigaciones, ellos se creen que los resultados salen solos en las oficinas enterrados en papeles de burocracia, están muy equivocados, todo el secreto de las investigaciones están en la calle y en una llamada telefónica de algún confidente o arrepentido.

Necesitaba tranquilidad para pensar, moverme, hacer llamadas telefónicas, Internet y Facebook, base de delincuencia, matrículas, tarjetas de crédito etc., uno no es adivino, sino un currante. Me acerqué al bufé a hablar con mi jefe, llevaba las respuestas preparadas a sus posibles preguntas, nunca dudes en responder siempre con firmeza, si titubeas es como están sembrando acelgas que son muy diuréticas. Le vi serio, hosco, con un color violáceo en su rostro casi de estreñimiento, sin duda no era un buen día, a pesar de todo, estas caras de estreñimiento mañanero tras leer la prensa me resultaban familiares casi de aficionado a las que te puede poner un coronel cabreado de lo de verdad, con bigote imperialista y flanqueado por la bandera nacional y algún retrato dándole la mano a un presidente de Gobierno. Faltaba que alguien le pusiera el día color de rosa.

—¿Ha averiguado usted algo, Sr. Ridruejo? —ataqué sin piedad antes que me atacara, me convertía en interrogador.

—No. Nadie me ha llamado. ¿Y usted?

Con esa palabra se había puesto a la defensiva, en una posición en la que habíamos cambiado los papeles, y yo con más pausa pero sin parar de hablar le conté que había desaparecido en Orcheta otra chica, esta alemana.

—No me diga usted... ¿Qué tienes más por ahí?

Le conté lo de las flores, la flauta, la sandalia, la embrionaria fosa, el círculo de piedra y un collar de ámbar. Se quedó pensando, y exclamó: «No hay forma humana ni exotérica de unir esos elementos».

Sin duda, no había guapo, por mucha carrera de Criminología que tuviera para sacarle punta al enigma. Se convertía en un acertijo más que en una realidad latente e inexplicable por ahora. Imposible sin un método, al menos yo usaba el tarot o cartomancia como colgadero

a mis progresos. De momento no hay nada.

No tenía mucho tiempo para perder, me relajaba con el jefe, perdía facultades, era cerca de las tres de la tarde, hora de la comida, ideal para encontrar gente en casa, así que me acerqué a Orcheta para hablar con la señora Hoffman, la madre de Vera, la desaparecida. Me fue fácil encontrar la casa, al preguntarle un grupo de mujeres del pueblo, era un chalet a las afuera. La puerta estaba cerrada, pero por el telefonillo y le dije:

—Soy agente especial investigador —precisé para que creyera que yo era un policía de verdad y no sospechara que yo era un detective o periodista, tampoco le mentía en lo de investigador—. Quería hablar con usted, si ahora no es posible por debajo de la puerta le dejo mi tarjeta de visita con mi número de teléfono.

-Ahora no puedo atenderle estoy muy ocupada —se excusó una voz de mujer detrás de la puerta blindada.

—De acuerdo, por debajo de la puerta le dejo mi tarjeta de visita. Y perdone las molestias. Llámeme, por favor.

Bajé a la urbanización y cuando pretendí salir oí una manguera de agua de riegos, un hombre con mono azul ejercía las labores de jardinero: silenciosos y siniestros personajes de bocas cerradas y oído abiertos que como fantasma habitan en las urbanizaciones. Le saludé y le elogié.

—Todo está muy limpio. Una pregunta, si no es molestia. Yo tengo unos rosales pero no sé cuándo debo podar las ramas marchitas.

Eso fue un cebador envenenado, dejó la manguera se secó las manos, le ofrecí un cigarro y a cambio se dio una lección de jardinería ornamental mediterránea digna de un *cum laude*. Estaba hecho un brazo de mar en calma, propenso a cualquier pregunta.

—Las rosas se podan en enero, cuando la savia está dormida.

—Sabe usted, por casualidad si Vera, la hija desaparecida estudiaba o trabajaba. ¿Tenía un collar de ámbar?

—No recuerdo muy bien —se excusó el jardinero— pero he oído que estaba conviviendo con un grupo de jóvenes estudiantes ingleses de teatro ambulante de Orcheta. Pero no le puedo decir nada más. Tienen alquilado el chalet del inglés en Orcheta. No recuerdo a la chica con un collar de ámbar, porque es qué, yo no sé qué es el ámbar.

Todo esto no tenía ninguna relación con Melanie, ni la Residencia Siddall, ni con Sissel. El vínculo geográfico entre estos dos casos, era el pueblo del Orcheta, muy cerca del embalse del Amadorio.

9

Días después. Una tarde llamé por teléfono a Claudia por si quería que diéramos un paseo por el Panoramis o ir al cine o simplemente caminar, a ella le gustaba que diéramos largos paseos casi como el sustituto de un deporte ausente, era la ocasión para las confidencias, yo tenía que formularle nuevas preguntas aunque no tuviera para mí grandes respuestas sino muchos represores consejos legales. Le hablé de la chica alemana desaparecida, de la flauta, de la sandalia, de la fosa y de círculo de piedra y del collar de ámbar, no tenían relación para ella, sin embargo le gustaba especular, no perdía nada por decir.

—La flauta es la música, la sandalia la danza y el círculo de piedra la escena donde actual, la fosa es el mundo, el ámbar la belleza. Está claro ¿has averiguado si a Melanie le gustaba la música, si sabía bailar?

—Lo único que consigues con esas especulaciones es liarme aún más, creo que lo mejor es que vayamos a cenar esta vez al Nou Manolín.

Paseamos por el centro de la ciudad haciendo ganas de cenar. En la calle me crucé con Hipólito que iba con su mujer y estaban con unos amigos que yo no conocía. Les saludé y le presenté a Claudia con orgullo y hacerme valer, nos cruzamos los besos y hubo un momento de torpeza en lo de cruzar el saludo de manos. Hipólito me dijo que le viera un día en la Comandancia que tenía algo interesante que darme. Yo no quise hablar de trabajo, porque no procede. Hay asuntos que requieren su momento.

Después de cenar llevé a Claudia a los locales de ocio del puerto. Alejado siempre de mi doble vida nocturna del Mambo II.

Cuando salimos y entramos de varias discotecas de la zona portuaria de ocio eran las 3 de la mañana, le propuse que fuéramos al piso, puesto que en una de las discotecas se puso besucona, la noté receptiva, a punto de un encuentro pasional. Cuando llegamos al piso y le di al interruptor, empezó la función de luces oscuras, música romántica: «En un rincón del alma…», se abrió automáticamente la barra del bar y una chimenea artificial con luces imitando troncos encendidos. Se desnudó, tiró la ropa y se metió directamente en la cama sin partidillo de calentamiento. En un momento la tenía en la boca, luego se fue haciendo zanahoria o verdura, más fruta prohibida. Montó la caballería en un *ñacañaca* interminable, aguanté su incesante cabalgar, luego tuvimos que empezar una nueva salida desde los cajones de salida. Ella se durmió a mi lado mientras yo encendí un cigarro, no quería moverme para no despertarla, una

cama para dos es el lugar más incómodo en el que se puede dormir.

Al final de la noche sonó el despertador con desesperado ardor, y Claudia, simulando el sueño le hizo callar y volvió al lecho con la recuperación indemne de un muelle elástico, intentó levantarse pero no podía, el sueño la paralizaba.

Cuando estaba yo me vistiendo Claudia para marcharme, por ese principio de nunca despertar con tu amante o tú rollo, me dijo desde la cama:

—Ahora que me acuerdo, he buscado en la Biblioteca de Paseíto Ramiro, un fragmento de *Hamlet* de Shakespeare que te va a gustar. Te leo parte del acto V sobre el personaje de:

Ofelia, hija de Polonio y hermana de Laertes:

Entra la Reina.

¿Qué sucede, amada reina?

REINA.- Una desgracia va siempre pisando los talones de otra; tan cerca se suceden. Tu hermana se ha ahogado. Laertes.

LAERTES:- ¡Ahogado! ¡Oh! ¿Dónde?

REINA.- Inclinado a orillas de un arroyo, elévase un sauce, que refleja su plateado follaje en las ondas cristalinas. Allí se dirigió [Ofelia] adornada con caprichosas guirnaldas de ranúnculos, ortigas, velloritas y esas larga flores purpúreas que a las cuales nuestros licenciosos pastores dan un nombre grosero, pero que nuestras castas doncellas llaman dedos de difuntos…

—A ver repite, ¿Qué has dicho? «Dedos de difuntos». Este es el nombre que le dio el fraile Fructuoso a las orquídeas que estaban en la foto del cadáver ahogado de Melanie. ¡Qué extraña casualidad! A ver sigue leyendo.

…Allí trepaba por el pendiente ramaje para colgar su corona silvestre, cuando una pérfida rama se desgajó, y junto con sus agrestes trofeos, vino a caer en el gimiente arroyo. A su alrededor se entendieron sus ropas, y, como una náyade…

—Para Claudia, ¿Qué es una náyade?

—Espera que miro en el diccionario de Internet. Aquí dice: « Ninfa de la mitología grecolatina que vivía en los ríos, en los lagos y en las fuentes».

—Bien sigue leyendo:

…la sostuvieron a flote durante un breve rato. Mientras cantaba estrofas de antiguas tonadas, como inconscientes de su propia desgracia, o como una criatura dotada por la Naturaleza para vivir en el propio elemento. Mas no podía esto prolongarse mucho, y los vestidos, cargados con el peso de su bebida, arrastraron pronto a la infeliz a una muerte cenagosa, en medio de sus dulces cantos…

—No sé qué relación puede tener una obra de teatro del siglo XVI con el caso de Melanie —le dije a Claudia todo intrigado por lo de «dedos de difuntos».

Claudia se estaba convirtiendo en mi ayudante como Dr. John H. Watson asiste a Sherlock Holmes, porque ya estaba trabajando en el bufete de Ridruejo & Brother. Aunque yo como seguía como investigador autónomo no tenía que ir al despacho, porque además, yo no tenía; mi relación era más con Dani, el del laboratorio.

—Yo tampoco tengo ni idea, pero ya te dije que la foto de la ahogada en el embalse me recodó el cuadro de un inglés, y he mirado, y es de un tal John Everett Millais del siglo XIX, me lo ha dicho mi padre que entiende mucho de pintura. Y pienso, si no te importa seguir investigando, porque a las abogadas también nos gustan las incógnitas, y este caso de violencia de género, me toca la fibra feminista.

—Me voy ahora mismo al despacho para contárselo al Sr. Ridruejo, por lo menos que vea que estoy trabajando. Aunque los méritos son tuyos, me ruego que me guardes el secreto.

—Dirás que estoy yo trabajando —murmuró Claudia con cierta ironía y una sonrisa complaciente.

Pensaba en la suerte que había tenido al conocer a Claudia Albornoz que, a mi lado me daba tranquilidad emocional que es más importante que el sexo. A las ocho estábamos desayunando chocolates con churros en un bar del Raval Roig que tenía tradición en hacer desayunos a muy bien precio. Por ello, Claudia siempre desayunada fuera de casa.

Me acerqué al bufete y conté al Sr. Ridruejo todas las coincidencias del cuadro de Millais y sobre la obra dramática de *Hamlet*, y los «dedos de difuntos», me dijo con rotundidad que no era posible que yo estuviera perdiendo el tiempo con esas tonterías, con lo que debía una obra de teatro y un cuadro que tenía cierta semejanza con la ahogada.

—¡Hablando claro Harry! Que aún no tienes nada da nada. Ya sabemos, genéticamente, quién era el padre del feto, que es lo que tienes que averiguarme, el ADN ya lo tenemos, lo que hace falta que estos números y barras de la Biología Molecular coincida con un hombre real de carne, huesos y sangre. No de ficción. Pienso, sinceramente, que si vas a entretenerte en perder el tiempo en una obra de teatro del pasado, vas por mal camino. En cambio lo de la desaparición del Vera, con todos mis lamentos por parte de la familia, nos puede acercar a un asesino en serie.

—Eso pienso yo, cuando se cometen asesinatos en serie se dejan muchas pistas sueltas, y estoy en ello. Me acerqué a Orcheta pero no pude hablar con los padres de Vera Hoffmann. Espero que me llamen.

En el fondo yo estaba de acuerdo con mi jefe, pero sus insistencia no me daban más opciones, me tenía que agarrar a algo, aunque fuera al aire, o al extraño nombre científico de las orquídeas de «dedos de difuntos»; era una coincidencia, sí, era cierto, pero era como encontrar dos planetas iguales en el Universo y esto no pasa con frecuencia. Ahora me queda por investigar más sobre esta orquídea. En las flores residía un secreto por descubrir, otro en el

collar de ámbar, las huellas de pisadas en el barro me desconcertaban.

10

Pensé y retrocedí unos años atrás en mi vida, en el tiempo en el que yo era una carne apaleada en un presidio militar de Alcalá-Meco de Madrid. Un día escuché mi nombre en una lista de los que salían ese día a la calle.

—Matías Fletabarcos, mañana sales en libertad, estarás contento, ¿no? Tu hora ha llegado —me dijo Darío mi compañero de trullo con cierta pena y a la vez entusiasmo, un legionario preso que cumplía condena por agresión e insultos a un superior como yo—, cómo te envidio, algún día me tocará a mí salir, e iré a buscarte.

Ciertamente iba a salir del establecimiento penal militar de Alcalá-Meco; en cambio, no sentía contento alguno, nada especial, ni nerviosismo, ni alegría, nada en absoluto, quizás cierta preocupación ¿adónde iría ahora? Lo importante es que me iban a dar un dinero que me correspondía por trabajar en el programa de reinserción, por un cerca de 2.000 euros por nueve meses de trabajos forzados en semi-esclavitud por unos 150 € al mes. Los internos cobrábamos sueldos ínfimos, no teníamos derechos laborales y generando una producción por valor de millones de euros con grandes beneficios para las empresas que los utilizan y que además tienen la ventaja de que se ahorran el pago de luz, agua e incluso parte de las cuotas de la Seguridad Social.

A lo mejor volvía a Benissa, a casa de mis padres, ellos no me esperaban porque no les había avisado de mi puesta en libertad, no quería que vinieran a recogerme, bastantes viajes habían dado ya durante aquellos nueve meses de mi condena. Ellos vinieron cada mes a verme, lo cual se lo agradecerá siempre. La libertad supone tensión, tomar decisiones, caras serias, preguntas y respuestas imposibles. ¿Qué iba a hacer a partir de ese instante en que recobraba mi libertad y con ella la pérdida de mi trabajo de picoleto, pasaba de héroe antiterrorista a villano? Cuando un terrorista mata en un atentado a diez o doce personas, le caen 2.000 años de cárcel, y acabará cumplido un año de cárcel por muerto. En cambio, yo le doy un puñetazo a un superior, y que caen tres años y un día de cárcel de que cumplo nueve meses, y no hubo sangre, sino un hematoma. Las proporciones del cumplimiento de las penas, a veces, son desproporcionadas según los casos, pero así es la Justicia.

Esa sensación de inseguridad me tenía turbado, percibía que era el principio de algo indefinido, quizás objeto de una venganza, mis actividades habían sido aireadas en la prensa y en los medios audiovisuales, por intereses espurios y electoralistas, caminaba hacia

derroteros insospechados, tendría que seguir sufriendo, mi cuerpo lacerado, cubierto de las sangrantes póstulas de la traición, saturado de una inexplicable flojedad. Había cumplido nueve meses y un día de una condena de tres años y por la rebaja debía sentirme contento y agradecido al sistema penitenciario y revisión de penas.

No me hallé contento ante mi próxima salida, puesto que suponía una cicatriz abierta: sentimiento de haber sido traicionado. ¿Acaso, me había traicionado mi propia lealtad en las órdenes del mando? El soldado leal es incapaz de defraudar la confianza puesta en él. ¿Quién me traicionó, quién pudo violar la promesa o el juramento a la bandera? La fidelidad a sí mismo. Sentí verdadera repugnancia, asco, aversión a los traidores, a aquellos jueces que se vendieron al miedo de tomar decisiones comprometidas, las medallas y condecoraciones que hayas podido ganar no te valen para nada, y si no que se lo pregunten al general Galindo.

A las cinco y media de la tarde me llamaron para que recogiera mi auto de libertad, recogí mis libros y los metí en el petate, dejé tabaco y el resto de mis objetos personales de aseo para Darío Contramurge, en el penal cualquier cosa por simple que sea te viene de perlas. Cuando algún preso se suicidaba se repartían como hienas sus pertenencias. Salí fuera del penal y sentí el placer de poder ver montañas a ciertas distancias, el olvidado azul del mar, el bullicio de la gente ¡qué relajante mirar al horizonte infinito! Tomé el autobús a Madrid. Hacía calor. Reclinado en el asiento de atrás pensé que me hubiese gustado saber toda la verdad de las causan que motivaron la renovación del Servicio de Información, nunca me dijeron quién fue el delator, figuraba como un testigo protegido, la verdad y la mentira andan juntas. Las hojas secas somos mecidas por el viento fuerte del poder. Los primeros meses de mi libertad provisional me quedé vacío de toda ira, estuve frágil, temeroso y enfermo de ánimo. Una insubordinación a la que me habían llevado las circunstancias de exigirme lo que ahora no se podía hacer.

Encerrado sentía necesidad de protección, agarrarme a alguien protector, sufrí mucho en la soledad de los primeros días, tenía pesadillas, gritaba de noche y ello provocó que me encerraran en una celda de aislamiento insonorizada, metido en el abismo de la celda, lamenté haberme hecho guardia civil, luego palo a palo, lágrima a lágrima, ladrido a ladrido, fue hallando el camino de la salvación de mí mismo, la revelación de las sombras ocultas en el juicio oral, ¿cómo era posible que yo, que había participado en la desarticulación de numerosos comandos terroristas, que me habían herido de un tiro en Irún, que había visto descuartizado a un compañero Juan de la Mata Peyizé, acabara en la cárcel, mientras ellos, los etarras eran parlamentarios, concejales y alcaldes? Algo no

funcionaba con arreglo a la lógica de la razón constitucional, y es que la razón no entiende de lógica. Los buenos en la cárcel y los malos en la calle. Antítesis de los tiempos.

Antes de aparecer por casa de mis padres, vagué varios días disfrutando de mi libertad por Madrid y Alicante, hasta gastarme uno cientos de euros de los que me dieron al salir de prisiones militares, pues había sido suspendido de empleo y sueldo. Al fin destrozado llegué, silencios a Benisa, a casa de mis padres. Los primeros sucedieron con normalidad, ayudé en la tienda de antigüedades familiar, sin mucho entusiasmo ni porvenir como vendedor de muebles antiguos, no podía aguantar a ciertos estirados clientes. No podía adoptar una actitud de fuerza frente a ellos, por un lado me sentía responsable del buen crédito del negocio paterno. Desde siempre tuve alergia a lo viejo, al polvo de los muebles antiguos, a las figuritas de bronceo, porcelanas del imperio, candelabros, cómodas francesas, tibores de cerámica de Talavera, mesas imperio, vaquetas véneta, sillas de góndola o klimos griegos, secreter o viejos armarios.

A la semana de mi permanencia en el hogar paterno, me sentí desequilibrado, agobiado, atado a un negocio tremendamente pasivo de tendero, en una situación de angustia, y un deseo intenso a morirme volándome la cabeza. Mi madre me aconsejó que visitara a un psiquiatra. No me negué, alguien me tenía que ayudar a salir del encajonamiento en que me situaron las circunstancias de una política antiterrorista timorata y equivocada en su planteamiento. Acudí al psiquiatra Dr. Piedrolobo porque no me encontraba bien, ni por fuera ni por dentro.

Alquilé una casa mata en Alicante, una casa vieja de plata baja por 150 euros al mes en el barrio de San Antón, un barrio, al final de la Avenida de Alfonso el Sabio. Estaba en el casco antiguo, pero era un barrio tan antiguo como el de santa Cruz todo lleno de escaleras. Un día llamé por teléfono a la Comandancia de la Guardia Civil, y pregunté por Hipólito, mi antiguo compañero de la Academia de Baeza, me dijo que fuera a verlo. Le pedí el favor de que me buscara un trabajo de lo que fuera. Hipólito me recomendó para trabajar como ayudante en el bufete del detective Sr. Ridruejo, has que pasó lo que pasó, y volví a trullo, que es donde me encuentro ahora mismo, con tiempo suficiente para escribir estas memorias.

Capítulo 4

LA ESTRELLA

1

La carta de la Estrella del tarot significa el enlace, la relación, la esperanza, otorga el deseo de encontrar la paz interior, es una carta que también recuerda que se ha de estar libre de resentimientos y dudas ante nuevas acciones, pero teniendo siempre en cuenta que es una carta que inspira la solución frente a un problema. Es suerte.

Leí en la prensa de Alicante, el caso de otra chica que unos pescadores, de noche, la encontraron en el embalse del Amadorio, con vestido de época antiguos, otra vez el Amadorio como lugar de la escena, pero acababa de caer y estaba aún viva. Ya eran tres chicas en la misma zona de influencia: Melanie, Vera y ahora una tercera.

La multiplicación de los mismos hechos, siempre suman más posibilidades de esclarecimiento de lo que sucedía en el Amadorio. Ahora teníamos en el albero del embalse huellas mezcladas de varias actividades.

Llamé a Marta Chillón para que investigara sobre las sectas existentes en la zona, sobre todo de extranjeros. Me daba la espina que aquellos tipos actuaban bajo órdenes muy estrictas en una lealtad militarizada y lavado de cerebro. Él ámbar es propio de los países Bálticos. Toda una incógnita.

Chillón me dijo que la chica en cuestión caída al Amadorio ya estaba en el Hospital de la Vila, se llamaba Miranda Ros, era española, con domicilio en Benidorm, pero por ahora no se le había tomado declaración, debido a su estado de shock emocional y necesitaba una autorización médica para poder tomarle declaración, ¡vaya chorrada!, no fuera a ser rechazada por enajenación mental transitoria. Me parecía muy bien, sin embargo, a mí me había alegrado el día, yo no podía esperar una decisión médica. Yo no estaba sometido a las leyes, no era policía, y tenía mis razones profesionales para entrevistarme con Miranda. Por ese motivo, me sentí afortunado, me acerqué al Hospital de la Marina Baja. Accedí por la tarde en el horario de visitas. La habitación no tenía protección policial. En la recepción de la enfermería me hice pasar por Policía Judicial de Alicante, no me fue difícil convencerles de que me dejaran hablar con Miranda, por la placa falsa que les enseñé, les convenció.

Cuando entré en la habitación la chica parecía dormida, silenciosamente me senté al borde de la cama, la desperté por su nombre y le enseñé una de mis múltiples credenciales, le aconsejé que no se preocupara.

—Hola Miranda soy detective privado y me llamo Matías, aunque

los amigos me llaman Harry ¿Cuéntame qué te ha pasado?

—Tengo miedo de hablar por mi familia. Si les delato han dicho que matarán a mi familia, y son gente que cumple sus amenazan.

—¿Pero tú donde trabajas?

—Soy actriz de teatro, y voy a los casting que me salen.

—No tengas miedo, nosotros te protegeremos. Si no hablas te meterán en la cárcel por encubridora de las otras chicas asesinadas y, entonces será cuando no podamos ayudarte. —No era una forma legal de interrogar metiéndole miedo, pero yo no era un policía y aquello no era un interrogatorio oficial, sino oficioso.

—Pero ¿y mi familia…?

—Es mejor para ti que me digas quienes son los que intentaron matarte arrojándote al embalse.

— Son actores ingleses de teatro. Íbamos en un coche para hacer una función especial de noche, sobre Macbeth en el pantano del Amadorio, era le segunda vez que íbamos. Les dije que paraban el coche que no iba a ir porque tenía miedo. El coche paró y yo salí del coche, cuando estábamos sobre uno de los puentes, sobre al agua, discutí con Leonard, el más violento de los cuatro, quería abofetearme pero yo lo esquivé, luego tropecé y caía al embalse. Fue un accidente. ¿Pero ellos huyeron? Después tuve, la fortuna de que había unos pescadores y me rescataron.

—No creo que sea un accidente, porque tus amigos actores, debieron quedarse allí para rectarte. ¡O caso es que me estás mintiendo! Yo sé de un lugar en el embalse donde reúnen grupos de personas, hacen círculos de piedras, hace fuegos y queman flores amarillas y otras plantas alucinógenas.

Miranda Ros se quedó en silencio, ocultó la cabeza sobre la almohada de la cama, sospechaba que no me estaba diciendo toda la verdad; y ella, estaba sorprendida que yo supiera esos mínimos detalles de los círculos de piedra y las hogueras.

—Al menos dime dónde reside este grupo de actores tan amigos tuyos. O mejor sería decir ex amigos.

—Hay un ostentoso chalet en forma de castillete, tipo casa medieval, en las montañas, cerca de Orcheta, donde viven y ensayan sus obras teatrales clásicas. Es un grupo ambulante y van a donde les contratan.

—¿Tiene el chalet algún nombre o distintivo?

—Al chalet le llaman del inglés. Leí un anuncio donde se buscaban actrices y que además tuvieran melena larga color castaño, ojos azules y que hablaran inglés fluidamente para un papel en una obra de teatro shakesperiano. Me eligieron en un casting de Benidorm y me dieron una dirección en Orcheta, que no recuerdo su nombre, era un chalet parecido a un castillo. Me dieron el papel de Macbeth y un

vestido largo de la época. Un día actuamos en la Residencia Siddall, en los jardines, cuando vi a aquella gente vestida de época con máscaras, antorchas y haciendo hogueras y leyendo libros en idiomas ininteligibles me asusté mucho, no me pareció una obra de teatro al aire libre. Pasó algo y regresamos otra vez al chalet. Cuando les dije que me quería ir, ellos me amenazaron con que yo no podía abandonarles que tenía que cumplir mi contrato de tres meses de actuaciones en toda la Costa Blanca, y además, de irme yo sin su consentimiento le harían daño a mi familia. Hicimos otra actuación de noche cerca del embalse el Amadorio, en una especie de explanada, y fumar alucinógenos y hacer al amor libremente, yo tenía miedo por eso salté del coche ante de llegar al embalse, gracias a la oscuridad la noche pude huir y escapar.

—¿Dónde te hicieron el casting.

—En Benidorm, en la Agencia Prístina.

—Reconocerías a alguna persona, si la vieras. ¿Quién te vigilaba?

—Las personas que asisten a las representaciones van disfrazados con ropas de época medieval y usan mascaras venecianas muy vistosas. Pero siempre había conmigo una mujer inglesa a la que llamaba señora Gertrudis, que me vigilaba constantemente.

Salí de la habitación del hospital satisfecho, ya tenía algo lógico, un grupo de jóvenes actores ingleses en Orcheta. Miranda Ros me había alegrado el día. Tenía más campo de investigación, todo estaba sucediendo en la misma zona, y en la Residencia Siddall para ancianos y jubilados donde trabajó Melanie.

Me quedaba localizar el chalet de las reuniones con forma de castillo próximo al Orcheta, son plaga los chalet que imitan castilletes de moros en la zona. Me sentí próximo a la solución del enigma: una secta disfrazada de actores de teatro. Me recordaba a los miembros de los Clavescruces, que se vestían de época con máscaras en uno de sus rituales.

Los ingleses son muy de club, de cofradías, de hermandades, los conocía bien de cuando estuve trabajando unos meses en Londres. En su país son muy disciplinados y obedientes de las leyes, pero cuando están fuera de las islas británicas se comportan como colonizadores, señores del Imperio. En Benidorm se emborrachan como cubas, hacen el salto a la piscina, y pierden las formas civilizadas.

Ahora me quedaba ir a Benidorm a la Agencia Pristina, para conocer la residencia del grupo.

2

La Agencia Pristina de casting en Benidorm se situaba en el casco antiguo, una zona de casas bajas en peligro de demolición ante alguna futura recalificación urbanística. Al aparcar el coche sentí la calidez del clima, el otoño se había tomado un paréntesis, dejé la cazadora en el coche y anduve unos portales, la calle era estrecha y adoquinada, encontré lo buscado, era un local con un letrero amarillo fluorescente: "Pristina Agente artístico". Del interior salía una voz melodiosa de micrófono de una canción rítmica. Reconozco una canción pero jamás su título, lástima a no parecerme a esos investigadores de novelas que se conocen todos los títulos de canciones de jazz americano, no sé cómo lo hacen, yo soy negado para la música, tengo un oído de patata.

Entré, pregunté a un oficinista, era un chico joven y regordete, éste llamó por teléfono, me hacía esperar, insistía saber para qué, me cansé de tanto protocolo y pase dentro, el oficinista me agarró por el hombro, le tuve que torcer a un brazo y con el del brazo retorcido me llevó al despacho de la jefa, era una mujer madura de unos cincuenta años, con gafas, fumaba puritos, la luz procedía de un fluorescente, no había ventanas a la calle.

—Soy hermano de Miranda Ros —le dije con una afirmación—. Sólo quiero saber la dirección del chalet de inglés en Orcheta y a qué se dedican. —solté al oficinista y se quedó allí en espera de una respuesta. Le mujer se quitó la gafas de corto, me miró unos minutos adivinando lo que yo pretendía.

—No sé de qué me hablas.

—Me voy a cabrear un... muy... mucho... —le di un puñetazo a la mesa de cristal, vi como poco a poco se rajaba en una línea quebrada a la vez que también se rajaba la paciencia de la mujer, jefa de la agencia.

—Me llamaron por teléfono en nombre de una compañía de teatro londinense *The New Globe*, que veranean en Orcheta. Creo que son estudiantes de teatro, que viene a España por temporadas, algunas veces necesitan alguna actriz femenina. Por ello, me encargaron que seleccionara a una chica según las características físicas que me piden y que hablen inglés. Yo las selecciono y les doy un teléfono. Luego ellos me pagaban con un ingreso en la cuenta corriente de la Agencia. Esa es mi labor y nada más.

—¿Sabe que se han cargado a todas la chicas que tu mandas a esa dirección, dije para reblandecerla?

—No, no lo sé. Yo no tengo culpa de nada.

—Si no colaboras conmigo hundiré tu negocio y acabará en la cárcel.

—Lo único que puedo hacer es darte el teléfono que me dieron, otra cosa no puedo hacer.

Se mostró preocupada y presta a colaborar con la soltura de quien es inocente. Me dio un número de teléfono móvil. Había acertado de lleno, rezaba por que tuviera ficha de las chicas que habían mandado a los del *The New Globe*. Me aseguró que únicamente había mandó a dos chicas. La primera fue Hoffman, alemana, diecinueve años, y la segunda Miranda Ros, española, veintitrés años Me enseñó el casting grabado en un video de las dos chicas: Miranda y una rubia. Le pregunté por la tercera chica, por Melanie. Me dijo que no conocía a nadie con es nombre. El asuntos se complicaba, y ¿ahora qué?

—Pues estás metida —le dije a la mujer que fuma puros— en un buen lío por encubridora por delito de dos asesinatos.

—No, jamás he oído ese nombre jamás, de verdad que no lo sé. Llamaré a mi abogado.

—Sí, mejor que pidas ayuda legal en un abogado.

—Dame la dirección que los *The New Globe* en Orcheta.

—No la tengo, le repito que solo tengo un teléfono. Ellos actúan en salas de fiesta de hoteles, residencias, casas de cultura y donde les pagan sus funciones. Unos son ingleses, otros holandeses y algunos extranjeros y españoles. Van cambiando de lugares.

Me dio un número, ahora con el número había que buscar la dirección. La improvisada visita había dado sus frutos, tenía identificada a La Estrella del tarot.

Inmediatamente llamé por teléfono a Marta Chillón, tenía que contarle lo del *The New Globe.* Recordé que cuando estuve en la casa de la madre de Vera, el jardinero me dijo que la chica estaba con unos estudiantes ingleses de teatro en un chalet del inglés. Iba acercándome a algo pero no sabía qué.

Me dijo Chillón: «¿Cómo es posible?, no sabes el favor que te debo, es asunto me tiene agobiada, no paran de presionarme lo de arriba —los jefes-, antes el caso de la tres mujeres, y, ahora tú has descubierto nuevas pistas, de lo que podría ser asesinatos en serie. Favor que te debo, ¡eh!» Repitió dos veces. Su voz era cantarina, oí de fondo un cierto revuelo. Una diana y diez puntos para mí. Le había alegrado el día. Me daba la sensación de haber avanzado medio metro más. Me estaba costando.

Luego llamé a Sissel para que me diera referencia del grupo de teatro que actuaba en la Residencia Siddal.

3

La carta de La Torre del tarot, indica cambios drásticos y probablemente no deseados, una alteración rápida y dramática de la rutina. Los cambios pueden ser graduales, nos dan señales y tiempo para adaptarnos, pero la torre indica, como el rayo, el rápido e incluso explosivo desarrollo de los acontecimientos.

En la carta de la Torre se evidencian descalabros y rupturas. Solamente los períodos de crisis y cambios drásticos hacen que el individuo exprese y canalice su faceta más creativa, claro está, si él está dispuesto a asumir el riesgo de seguir adelante, sin dejarse amilanar por las catástrofes, las pérdidas y las conmociones. Detrás del dolor y la angustia que produce un derrumbe, la vida brilla como una promesa de nuevas opciones, pues la vida no se detiene.

Tenía que localizar el chalet-castillo del inglés que era mi torre el tarot, residencia del grupo de teatro *The New Globe* antes de que pasara más tiempo. Llamé por teléfono al Padrón del Ayuntamiento de Orcheta, me argumentó el Policía Local que lo sentían pero que no podían facilitarme datos del Padrón municipal a particulares, por ser materia reservada por la Ley de Protección de Datos. Eso me obligó a buscar otra alternativa, a través de la página www.paisajesespañoles.es, que contraté por Internet fotografías aéreas de la demarcación de Orcheta y con la cartografía me acerqué hasta la zona en mi coche. Tenía el certero convencimiento de que en el chalet-castillo se ocultaban pruebas de ejecución o convicción, me hice de un detector de metales en busca de posibles objetos metálicos ocultos en dobles fondos, en armarios y demás muebles y provisto de mi eficaz cámara digital. Aproveché el viaje y me acerqué a ver a Chillón en La Vila para contarle mis últimas pesquisas y lo de Vera Hoffman. No le agradó que yo hablara con Miranda Ros sin autorización médica; pero lo del video de Vera en el casting de la Agencia Pristina, era una aportación muy importante, tan sublime como para que me perdonara mi interrogatorio a Miranda. Y la verdad es que a mí lo de la desaparición de Vera, ni me iba ni me venía, no me pagaban por averiguar su paradero. Eso era asunto de las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad.

Lo que yo no pensaba era quedarme de brazos cruzados. Seguiría por mi cuenta.

Cuadrícula por cuadrícula en un mapa indagué casa por casa, piedras a piedra, llegué a la selección de dos opciones: un chalet grande con torre y almena en la partida López y otra en Gitotesta. Sobre la cartografía me fue fácil hallarlas, en la zona montañosa te

orientas mejor que en el llano, y no hay mejor informador que un viejo lugareño.

Mi primera acción fue la de acercarme a la partida López, había un chalet con una tenía torre cuadrada almenada, cuando llamé al timbre me recibió el payés con la ropa negra de faena, eran unos abuelete, como sospechosos no me servían. Suprimida la primera opción continué hacia la partida Gitotesta, y casi oculto por altos pinos carrascos una casona antigua de dos plantas y fachada de sillería por lo menos del siglo XVI me dio mejores sensaciones, parecía una fortaleza o castillo, busqué la cancela de entrada, había acertado, escrito en el muro había letras góticas de hierro: *Elizabeth*. Encontré mi castillo encantado, llamé varias veces al timbre y nadie me contestó, analicé todas las operaciones de asalto según el manual de instrucciones para los butroneros hasta flanquear la entrada, allí lo razonable era saltar la valla de poca altura, una vez salté dentro observé jardines decorados con pequeñas estatuas de sirenas, ninfas y piedras con formas caprichosas y decorativas, estanques de aguas con nenúfares y pérgolas.

Cuando sigilosamente me acercaba, me sonó el teléfono del móvil, era el abogado del bufete Altonervión, el abogado de mi exmujer. Le dije que ahora no podía pagarle nada de la manutención de mis hijos. Estaba sin blanca. Entonces él me amenazó, de que mañana presentaría una denuncia en el juzgado de Baracaldo, por orden expresa de Verónica. Lo que ahora me faltaba, eran más líos judiciales. En ese momento oí unos pasos de alguien que rompía unas ramas secas al pisar, y apagué el móvil.

Me escondí tras un grueso pino y vi pasar por fuera de un pequeño invernadero la silueta de un hombre vestido con un mono azul como de jardinero. Creí que no me había visto, me oculté en un pequeño almacén de herramientas de labranza. Se aproximó el jardinero a mi altura, se me aceleró el corazón, era un hombre de aspecto extranjero de unos cincuenta años. De improviso me lanzó una especie de azada, el muy cabrón quería cazarme como a un conejo, salté sobre él, luchamos, rompimos plantas y macetas, no era experto en artes marciales, pero tenía fuertes manos de agricultor. Cuando lo tuve en el suelo, me recriminaba en inglés que yo fuera un ladrón. Como pudo, se levantó y se resolvió y me dio golpe en la mano con una especie de hoz u hocino, me mataba o le mataba, golpe a golpe, entramos en una especie de cuarto de herramientas al final del invernadero, yo le empujé, pisó un rastrillo y unas sogas, cayó al suelo de espalda y se clavó en la caída una guadaña que le atravesó como in pincho moruno. No tenía salvación. Estaba muerto. Yo no lo había matado. Salí corriendo del almacén de las herramientas, allí había un Land Rover de los largos.

Yo mismo, muy nervioso, me decía a mí mismo: «¡Otro muerto para Marta Chillón! Lo que faltaba». Pero yo no lo había matado, había sido un mal accidente. Entré en un pequeño invernadero acristalado, para mi asombro y sorpresa se cultivaban orquídeas, flores blancas ¿láudano?, y las amarillas: ranúnculos de largos tallos, otras macetas con plantas trepadoras, más orquídeas rojas con formas asexuadas en macetas colgadas de una percha. Flores muy parecidas a las que se encontraron junto al cadáver de Melanie. Yo sabía desde el primer momento que aquellas flores de las fotos no eran naturales del embalse y me lo confirmó el fraile. Corté flores de las más parecidas a las fotos y las guardé en el maletero en mi coche. Salí a toda pastilla de aquel lugar sin saber muy bien a quien acudir, no podía ir a ver a la cabo Chillón, ni a mi jefe, ni a nadie, pues no existen secretos si lo saben dos. El jardinero se había muerto, se había matado él solo, al pisa la guadaña y caer sobre ella, de espalda.

Lo único que me quedaba era acudir a Claudia, que como abogada me podía aconsejar, además le pediría confidencialidad entre abogado y cliente. Era mi única salida. Pero por otra parte nadie podía saber que fui yo quien estuvo peleando con el viejo jardinero inglés. Al final decidí no decirle nada a nadie. Es muy duro guardar por mucho tiempo un secreto de tal magnitud, pero era lo mejor para mí debido a mis antecedentes. ¿Quién iba a creer mi versión? Cuando yo había entrado como un ladrón saltando la valla, había cometido un allanamiento de morada. Las cosas son fáciles de explicar cuando son verdades, pero lo mío era una verdad compleja.

Me preguntaría el juez: «¿Qué hacía usted allí en una propiedad privada?». Yo diría: «Es que yo estaba por allí buscando la casa del inglés, y me topé con un invernadero donde se cultivaban orquídeas, coincidentes con un caso que estaba investigado». Y el juez me preguntaría, «¿pero es usted policía o guardia civil?» Y al saber después, el juez, de mis antecedentes penales, no me creería y se encerraría directamente en prisiones.

Por otra parte, pensé, que a mí nunca jamás me podía relacionar con el muerto por la guadaña. Muy bien pudo ser un accidente laboral, él estaba por allí trabajando, pisó mal sobre unas sogas y cayó de espalda sobre una guadaña que no estaba en su debido sitio.

Me acerqué a La Vila para habla con Marta Chillón tenía que contarle que había hablado con Miranda Ros y con la Agencia Pristina. Los del grupo de jóvenes del teatro y sobre las orquídeas encontradas en un invernadero. Encaraba el día pensando que lo había hecho bien, yo siempre pienso que lo importante son los resultados y no los métodos. Pisaba por terreno fértil, todo tenía una lógica aplastante, la sencillez y la complejidad del tarot siempre me daban unos resultados. Pero a veces la lógica no es razonable: no encajan los datos reales con los datos mentales de las personas.

—Tengo localizado un chalet en Orcheta —le dije a Marta como un descubrimiento— donde aparecen residen unos estudiante ingleses de teatro, se llaman los *The News Globe*, que contrataron a Miranda Ros. Podías pedir un mandamiento judicial para registrar el chalet por si allí estuviera Vera Hoffmann.

—No puedo presentarme ante el Juez Instructor —dijo Chillón poniendo cara de asco— con esta hipótesis.

—Qué me quieres decir, que con estas pruebas no vas a mover ni un dedo—. Menos mal que no le revelé que tenía un jardinero muerto.

—Harry, por favor, escúchame, yo actúo no arreglo a la ley o prefiero que se pierdan las pruebas, está claro o no. Más claro agua. Porque me meto en un lío judicial y me sale un abogado defensor y me deslegitima todas las pruebas.

—Eso es cierto. La ley es la ley, joder con la ley, no sirva más que para poner obstáculos, así os va, pero si no tenéis ni coches, ni gasolina para moveros, cómo vais a investigar un caso complejo como éste. Pero como yo no soy policía puedo actuar más libremente. Si me condenarán como civil las penas serían más leves que la de un funcionario que está obligado a conocer las leyes.

Me vio obligado a decirte que yo fui Guardia Civil (ex picoleto), y como me expulsaron ahora trabajaba con el auxiliar del detective Ridruejo & Brother. De aquí venían mis conocimientos de investigación policial, y que estuve destinado como Policía Judicial antiterrorista en el País Vasco, donde había aprendido que si actúas al ritmo de la Ley siempre llegarás tarde a todas partes. Los asesinos siempre van delante de la policía, porque ellos no usan la ley, sino que actúan contra las leyes y contra toda humanidad, son psicópatas y no tienen sentimientos. El conté un poco de mi vida. Si se lo hubiera contado todo se desmallaba.

El rostro de Marta y el de su compañero cambiaron radicalmente.

—¿Por qué no me lo dijiste antes? —inquirió Marta.

—Para no condicionarte.

—Pues insisto. Deja de investigar este asunto. No es competencia de unos detectives privados sino mía y de mi equipo de Policía Judicial.

—Así te fue a ti cuando estuviste en el Norte, que acabaste en prisiones militares. Que toda tu vida hayas contado con tu ex compañero Hipólito de la Comandancia. ¡Menuda perla estás hecho! Tus métodos ya no se llevan, pasaron a la historia, a la leyenda negra de la Guardia Civil. Hoy día si tú presentas pruebas obtenidas improcedentemente, el abogado defensor las impugna y el detenido queda en la calle, y tú puedes verte entre rejas.

—¿Entonces qué hago con las flores?

—Te las metes por el culo.

—¡No me jodas! Marte estás muy nerviosa y agobiada por el excesivo trabajo. Te voy a pedir otro favor, olvídate de todo lo que te he dicho de las flores. Yo sé muy bien por donde tengo que investigar. Todo lo tengo claro en mi cabeza, pero he de materializarlos.

—Tú vas y entrevistas a Mirando Ros en el hospital. La predispones ¿Qué le digo yo después al juez de Instrucción?

A causa de los crímenes, la presión ciudadana empujada primero a los políticos y éstos a su vez a las fuerzas del orden como un acordeón imparable que aprieta siempre en los extremos y cuya música es siempre la misma: «¿qué estáis haciendo, cuándo agarráis al asesino, más lentos que los perezosos del zoo, la opinión pública pide mi cabeza?». A los de arriba les preocupa más su cabeza y su culo que lo que se pueda descubrir, el reto es calmar a los buitres de la prensa, a los de la asociación de vecinos, las plataformas de víctimas, etc. Chillón tenía exceso de trajo. Su mesa del despacho estaba llena de bandejas de papeles. No es que pasara, sino que las investigaciones policiales, son diferentes a las exclusivas de los detectives privados.

Como Chillón estaba muy preocupada, la invité a ella y al guardia auxiliar a tomar un café en el bar de la esquina del cuartel. A veces, cuando sales del entorno de la oficina del trabajo, ves las cosas diferentes. Eso pasa con todo en la vida, cuando uno se bloquea, a veces, es necesario hacer un alto, levantarse a orinar, y a la cocina y comerte unas galletas, porque nuestro cerebro no es un ordenador infatigable. Cuando llevas muchas horas escribiendo te duele la espalda, los dedos de las manos de escribir tanto y ya no ves las notas.

En el bar, me repitió Marta, reiteradas veces, que nada de lo me hubiera contado Miranda tenía valor procesal en un juicio oral, me reprobó que no podía actuar a mi capricho, sin su consentimiento.

«Lo siento», me excusé una vez más, «pero es mi método, directo al grano, luego si un juez quiere soltar a un asesino, ese es su problema». Chillón no estaba de acuerdo con mis métodos y severamente en advirtió: «Si me haces otra como la de interrogar por tu cuenta a un testigo, te meto en prisión, te lo aseguro», me reprendió con amenazas.

Me hubiera gustado ponerle sobre la mesa los tallos de flores que yo había cogido del invernadero. Pero no podía, pues de haberlo hecho, yo mismo me hubiera delatado de haber estado en el invernadero, y al encontrar el jardinero muerto, lo hubieran relacionado conmigo. Con mis pisadas, mus huellas, todo. Así que la guardé en el maletero de mi coche para mejor oportunidad.

5

Regresé a Alicante. Estaba confuso. Tenía que pensar. ¿Qué hacer? No dejaba de acordarme del jardinero inglés muerto como un espeto de sardinas. Aquella semana estaba de morros con Claudia, no dejaba de imaginar que me estuviera engañando con Javier de la Riva. Y eso que Claudia y yo no teníamos una relación estable. Como ahora trabajaba en el despacho de mi jefe, estaba más con los jefes que conmigo.

Mareado de tanto pensar, decidí romper mis costumbres puritanas de abstinencia y me acerqué al Mambo II, en aquel puticlub era el lugar donde casi siempre se me ocurren las mejores ideas terrenales. Diana ya no estaba, había otra camarera en su lugar, era rubia de pelo largo, delgada, simpática y forjada en la calle, fue gorrilla de los aparcamientos del Postiguet.

Necesitaba una noche salvaje, atravesar el espejo para evitar la depresión, dejar el torbellino de la vida más qué descanso, evitar pesadillas, pesadillas, pesadillas... de muertos, ¿quién aguanta los ultrajes del opresor, la afrenta del soberbio, las tardanzas de la justicia, las insolencias del poder, las insolencias del paciente indignado? La nebulosa de aquel infierno de las Torres Gemelas en mis últimas pesadillas, ahora veía un invernadero de flores marchitas. Mujeres desnudas bailando en el embalse del Amadorio, sometidas a ahogamientos, caminaba yo por encima de las aguas amarillas de los pantanos y yo me ahogaba también entre los de nenúfares asesinos. Yo no dormía bien porque el corazón lo tenía en taquicardia de alcohol y porros.

Cuando tenía en las manos el frío vaso de un whisky con hielo era como si tuviera imán de ideas, de espasmos creativos; además de ser como un depredador liquidador. Bebí, fumé y esnifé una raya de coca, seccionada con la tarjeta de crédito, aunque lo mío eran los porros, son más *lait*. A las cuatro de la madrugada necesitaba dormir mi pedorra, entrar en el sueño del tránsito, estaba hecho polvo con todo lo que me había pasado, y no dejaba de pensar en el menesteroso jardinero inglés muerto.

Al día siguiente me levanté a las once de la mañana, fui a ver a mi amigo Hipólito a la Comandancia, de acuerdo a la invitación que me había hecho días atrás en la calle Castaños.

—Harry, tengo que hacer una propuesta de trabajo. Hay un directivo de un banco que necesita conductor y que a la vez le haga de escolta solo es por las mañanas de 8 a 15 horas, y paga bien y te

daría de alta en Seguridad Social.

—Tú sabes que para eso no sirvo, estar de machaca no me gusta. Pero me lo pensaré. Ahora estoy cerca de resolver el caso de Melanie Fadbakken, y hasta que no descubra al asesino no voy a parar. Tengo en la cabeza una madeja de datos entre flores, un una obra de teatro de Shakespeare, un cuadro de un pintor inglés, un grupo de teatro de Orcheta. En fin, todo es intuiciones y ninguna prueba fehaciente.

—Y por qué no te vas a Londres un fin de semana, miras en los museos y en el teatro Globe de Shakespeare.

—No es mala idea —respondí a Hipólito— pero no tengo dinero.

—Yo te lo presto y cuando cobres por el descubrimiento de caso, me lo devuelves. Siempre he confiado mucho en ti. Tienes cualidades innatas de perro policía de buen pedigrí.

Hipólito me había convencido. Ese mismo día hablé con Claudia para invitarla a un *weeken* (fin de semana) en Londres, con todos los gastos pagados. Me dijo que sí, que encantada, pues sería buena idea ver museos y hacer unas compras en Harrods. Ella se iba a encargar de los billetes de avión en Ryanair en *low cost* y de la reservas en un hotel.

Con todo el plan del viaje montado y resuelto hablé con mi jefe para informarle de mis pesquisas me llevaban a Londres. Mi dijo que eso era perder el tiempo. Me daba una semana de plazo para solucionar el caso de Melanie, de lo contrario yo quedaba fuera del caso y volvía a mi rutina de administrativo autónomo.

Así que le dije que nos íbamos Claudia y yo por nuestra cuenta para hacer investigaciones en los museos.

—Muy bien —respondió tajante mi jefe—, podéis iros a donde queráis de viaje, pero os lo pagáis vosotros de vuestro sueldo, o tu bolsillo, no esperes que el bufete pueda pagarte vacaciones en Londres. Yo te tengo a ti como autónomo. Allá tú, recuerda que te doy una semana. Tómatelo como un ultimátum definitivo.

Como Claudia y yo hablábamos inglés no teníamos problemas de comunicación. Yo aprendí inglés cuando de joven estuve de camarero en Londres, levantándome a las custro de la mañana, y con doce horas de curro cinco días a la semana, y resto de los días iba a una academia de inglés.

El vuelo nos llevó directo desde el aeropuerto de Alicante al de Gatwick. Y la reserva de hotel en el London Continental Hotel de tres estrellas.

Capítulo 5

EL LOCO

1

El Loco del tarot puede indicar un viaje interior, o un viaje físico, por tierra, mar o aire, depende de la carta con la que esté asociada, si lo está con la del Sol, es muy buena tirada. Lo que supones acercamos al origen, tenemos la oportunidad de aprender una estrategia que ofrezca las mejores posibilidades de auto-conocimiento, auto-curación y la realización de nuestro potencial interior.

Todo viaje tiene aventuras que pueden ser placenteras.

Un viernes de septiembre, al medio día, llegamos a la terminal del aeropuerto de Gatwick en Londres, buscamos el Gatwick Express, que es un tren que tarda 30 minutos en llegar desde el aeropuerto hasta la estación de Victoria de la City de Londres. Los trenes pasan cada 15 minutos desde las 5:00 hasta las 23:45 aproximadamente. Los altos techos de la estación Victoria lucían cientos de banderas del Reino Unido con la cruz de San Jorge y la cruz griega en rojo. Desde la estación Victoria, tomamos el Metro o *Undergraun* para ir al London Continental Hotel que no estaba cerca. Es un edificio antiguo de ladrillo visto, cuya entrada parece una casa particular, no tiene ascensor, pero es un buen hotel el Centro de Londres, con muy buen servicio, aunque el aseo carece de bidel como todos los hoteles de menos de 5 estrellas en Londres. Íbamos a pasar dos noches, o sea, tres días: viernes, sábado y domingo. Y el domingo por la tarde de vuelta a Alicante.

Una vez alojados, con ciertos problemas previos de mi inglés con el recepcionista pakistaní, dejamos las maletas en la habitación y salimos a comer unos sangüis o *sándwiches.* Nuestro primer destino iba a ser del antiguo teatro Shakespeare's Globes. A unos doscientos metros del hotel había una parada de autobús. Tomamos un autobús de esos de dos pisos porque un taxi de esos negros escarabajos hubiera sido la ruina, y alquilar un coche de *Rent a car* es imposible para un español, que no conoce la ciudad y encima conducen por la izquierda y, evidentemente, te la pegas de seguro. En los autobuses de Londres no se puede pagar con dinero en efectivo. Los pasajeros utilizan, la tarjeta Oyster y el Travelcard. Un bonobús para dos días nos costó 8 libras por persona. El Reino Unido no se había integrado aún en la moneda única europea del Euro, pero admiten euros en todas partes. En su mayoría de los ingleses, por su insularidad no se consideran europeos. Los autobuses llegaban inmediatamente unos de tras de otros como grandes gusanos rojos. Como curiosos turistas subimos al primer piso de unos de ellos. En la gran plaza de Trafalgar Square, es donde están

la mayoría de los museos, pero nosotros continuamos hasta una parada cerca de la catedral de San Pablo, teníamos que ver el Shakespeare's Globes para ello había que cruzar el nuevo puente peatonal del Milenio sobre el Támesis, se encuentra cerca a la izquierda el teatro The Globe, y a la derecha la Tate Modern Gallery de arte moderno.

Nosotros nos dirigimos al teatro, un edificio semicircular antiguo pintado de un color blanco y crema. Tomamos fotografías, del exterior y conseguimos entrar para verlo por dentro aunque ese día no había ninguna función de teatro. Pero dejaban entrar dentro, es semicircular a cielo abierto, es decir que no tiene techo. En la tienda de souvenir compramos uno monigotes de Shakespeare de cerámica made de in China, y el libro guía por 3 libras, cuyo texto dice en español en una vez traducido del inglés al español:

> «El teatro *The Globe* fue construido en 1599 por Peter Street; se encontraba a orillas del río Támesis en las afueras de la ciudad de Londres. De aproximadamente 30 metros de diámetro, su tamaño permitía el ingreso a total de 3351 espectadores. El escenario era un rectángulo que sobresalía de la circunferencia de la construcción e invadía el sector del proscenio; media aproximadamente 13 metros de ancho por 8 metros de profundidad y un metro y medio de altura.»

¿Qué relación podía tener este antiguo teatro con el grupo *The New Globe* de Orcheta?, de momento el nombre. Quizás era un grupo de universitarios a modo de la Barraca, teatro universitario de Federico García Lorca, que pasaban el verano en la Costa Blanca de Alicante. Toda información que se obtenga de un lugar puede ser completada, posteriormente con alguna coincidencia, detalles, deslices o una palabra. Si bien nuestro viaje a Londres era investigador y además turístico, puesto que nuestro jefe no quiso pagárnoslo. Claudia y yo teníamos curiosidad por conocer los lugares y las obras originales de Millais, más que nada para completar datos de nuestras sospechas e intuiciones.

De regreso fuimos en los rojos autobuses hasta los famosos almacenes de Harrods, situados al sur del Hyde Park, por donde está la Embajada de Colombia. Es un antiguo edificio en cuya calle tiene toldos verdes como semicírculos cubriendo sobre los escaparates y el anagrama de Harrods con letra doradas. Cerca estaban los almacenes de Zara. Claudia era feliz porque se compró un bolso rojo exclusivo de piel de cocodrilo, unas blusas y unos pantalones de marca. Ella venía a investigar a ya comprar. Por lo general a las mujeres les gusta la exclusividad en la ropa, y no encontrarse a otra mujer con el mismo vestido, aunque, yo creo, que eso era antes de la aparición de ropa de confección, porque inevitablemente los modelos se repiten. Yo me compré un bolígrafo de marca Harrods, para justiciar una compra en Londres, que estoy seguro que no le interesa al lector de esta historia

real.

Fue una tarde de compras, cierto, pero de investigación cero. Por la noche, bajamos al restaurante del hotel a cenar, luego tomamos unas copas a precio de oro. Subimos a la habitación e hicimos el amor salvajemente para para hacerle un niño a los ingleses, jajaja…

2

Al día siguiente, sábado, fuimos al museo de Tate Britain, para ver el original del cuadro de Millais «Ofelia», ese cuadro que fue la intuición primera de Claudia cuando se me cayó el expediente de Melanie al suelo; y que como primera impronta titulé al expediente con el nombre: «La muerte de Ofelia», no era más que la carta número 13 del tarot: La Muerte. Una muerte que según los análisis posteriores, y por el sulfato de magnesio de sales de baño que contenía el agua de los pulmones de la ahogada, y el hecho de estar embarazada, no era posible un suicidio, nunca jamás que yo haya leído en los anales de los casos policiales una mujer embazada se suicida. Puede ser, ocasional que una mujer padezca el síndrome de Medea, que es el de matar a sus propios hijos para castigar al marido; pero no era el caso.

El cielo de Londres era de color elefante, no clareaba ni pintándolo a brochazos, la niebla se extendía en una larga pincelada sobre la ciudad del Támesis. En las calles, algunas adoquinadas, se reflejaba las luces amarillentas de los faros de los negros taxis. La circulación en dirección contraria, nos advertía que debíamos comportarnos como obediente peatones a las luces verdes de los semáforos.

Hicimos una combinación de autobuses, nos dejó cerca de un puente, al otro extremos estaba el edificio del M16, de los servicios secretos británicos. La portada del museo era neoclásica un porche de columnas romanas, parecido al estilo del palacio de las Cortes de Madrid. Había una amplia escalinata verdosa y húmeda de tanta lluvia que no se distinguía el granito del que posiblemente estaban hechos. La entrada es gratis, solamente tienes que entrar, es un museo que guarda una 15.000 visibles de artistas británicos. Las salas que nos interesaban eran de la 1 al 15. Arte británico desde 1500 a 1900.

Una vez entrado el cuadro nos sentamos en un banco frente a él. Según el folleto mide 76 x 112 centímetros. La «Ofelia» de John Everett Millais fue una de las obras fundadoras de la colección de Tate Britain y una de las más representativas del movimiento prerrafaelita.

En el museo contratamos a una guía privada que hablan español. Era una mujer mayor, una inglesa de unos ochenta años, que había vivido muchos años en Benidorm, no para un recorrido sino para que nos informara en exclusiva del cuadro que tenía delante. Le pedimos toda la información sobre el cuadro de Ofelia que teníamos delante.

—«Durante mucho tiempo —empezó la guía a hablar— ha sido una Ofelia, de las pinturas más querida del museo y un icono de las postales más vendidas en la galería», que expone el propio museo. La obra representa a uno de los personajes de la obra Shakespeare, es la

«Ofelia es el dama de *Hamlet* príncipe de Dinamarca. Y está considerado como uno de los estudios más precisos y elaborados de la naturaleza que jamás se ha hecho. El fondo fue pintado al natural en la orilla del río Hogsmill en Surrey y el modelo fue Elizabeth Siddall, que posó para el cuadro metida en una bañera…

—Perdone que le interrumpa, dice usted que se apellidada Siddall con dos eles finales.

—Sí, ciertamente, su apellido Siddall era el de soltera y Siddal, terminado con una "ele" cuando se casó con del pintor inglés Dante Gabriel Rossetti, fue su modelo en múltiples ocasiones.

—Claudia te das cuenta que se apellida lo mismo que la Residencia Siddall de Orcheta, donde trabajaba Melanie. Aquí hay algo. Además el chalet del inglés se llamaba Elizabeth.

—Podía ser una coincidencia, pero la coincidencia cuanto más dispares, más cercanas a su vez.

—Ofelia tiene flores —continuó la guía- como podréis leer en *Hamlet* la obra shakesperiana, pues las flores que llevaba Ofelia en las manos cuando se suicidó en el arroyo y se ahogó, era una guirnalda de ranúnculos. En el diálogo de la Reina Gertrudis dice: *ranúnculo, ortigas, velloritas largas flores purpúreas de nombre grosero, pero nuestras castas doncellas llaman dedos de difuntos*… El cuadro de John Everett Millais fue pintado entre 1851 y 1852, donde aparece la bella Ofelia llevada por la corriente del río con las manos abiertas casi en cruz, con vestido también violáceo, rodeada de pequeñas flores blancas de tallos largos. Un tema recurrido por los simbolistas del XIX. En un cuadro del pintor John William Waterhause aparece Ofelia de pie junto a un árbol, viste un traje color violáceo y se ven flores rojas y blancas en el pelo y lleva un ramo en las manos. Otro cuadro del francés Odilon Redon de 1900 la cabeza de Ofelia aparece rodeada de flores amarillas y blancas de gran tamaño, pétalos en forma de orquídeas…

—¿En realidad quién era la modelo? —interrumpí a la guía porque se estaba desviando de lo que a nosotros nos interesaba y además no estaba intrigando.

—Elizabeth Siddal Rosetti fue una modelo británica, retratada extensivamente por los artistas de la Hermandad Prerrafaelita, desempeñándose también como poeta y artista nació en 1829 y falleció 1862 por un problema de corazón, y dolores intestinales. Entre su marido y ella hubo una apasionada relación. Mientras posaba para el cuadro de *Ophelia* de Millais, Elizabeth flotaba en una bañera llena de agua para representar el ahogamiento de Ofelia de *Hamlet*, porque el pintor usaba la técnica prerrafaelista, es decir copiaba modelos del natural. La fotografía de daguerrotipo ya se había inventado en 1839, pero, ellos consideraban que era un falso truco de

la realidad, denostada por los pintores. Everett la pintó diariamente durante todo un invierno. Puso velas debajo de la bañera para entibiar el agua. En una ocasión, las velas se apagaron y el agua se volvió lentamente helada. Everett estaba tan concentrado en su pintura que no apreció el apagado de las velas, ni tampoco Elizabeth, que no se quejó, y aguantó la frialdad. Después de esa sesión ella se enfermó gravemente de neumonía, o tal vez de un resfriado. Su padre creía que el pintor era responsable y lo forzó a pagar una indemnización para pagar al doctor que la atendería. Se pensó que sufría de tuberculosis, pero algunos historiadores actualmente creen que es más probable que hubiera sido un malestar intestinal. Otros han sugerido que ella podría ser anoréxica, mientras otros atribuyen su pobre salud a una adicción al láudano o una combinación de alimentos...

—Debía ser muy bella. ¿Quién era el tal Rossetti?

—Gabriele Dante Rossetti —continuó la guía que por 10 libras esterlinas podía estar hablándote toda la mañana—, fue hijo de un erudito emigrado italiano, pero Gabriele nació en Londres. Su familia y amigos lo llamaban "Gabriel", pero en sus publicaciones ponía primero el nombre de Dante, debido a su resonancia con el escrito florentino Dante Aloghieri, el de la *Divina Comedia*. Era hermano de la poetisa Christina Rossetti y del crítico William Michael Rossetti, y fue uno de los fundadores de la Hermandad Prerrafaelita, junto con John Everett Millais y William Holman Hunt. Los tres tenían gran amistad. Desde muy temprana edad, mostró un gran interés en la literatura. Como todos sus hermanos, aspiraba a ser poeta. Sin embargo, también deseaba pintar, habiendo mostrado un gran interés en el arte italiano medieval. Estudió con Ford Madox Brown, con quien mantuvo una estrecha relación a lo largo de su vida. Estudió idiomas en el King's College y posteriormente en la Royal Academy.

—O sea, que no era un pintor muerto de hambre, sino un intelectual hijo de un burgués de origen italiano.

—Mira Claudia, estoy absolutamente convencido de que la Residencia Siddall de Orcheta tiene algo que ver con el apellido de Elizabeth Siddal. Es imposible una coincidencia de este tipo, un nombre inglés en una Residencia en España. ¿No te parece?

—Es cierto Harry, yo también lo veo. Nada tenía que ver la escena del ahogamiento de Ofelia en la obra de *Hamlet,* sino con el cuadro de Millais. Evidentemente ha de existir alguna relación. La cuestión es encontrarla.

—La única forma de averiguar la verdad es la de entrar yo a trabajar en la Residencia de Orcheta, porque si va la Guardia Civil de la Vila a interrogarles se van a dar cuenta de que estamos en la pista cierta. Y es que además, la Residencia está a uno 4 kilómetros del embalse del Amadorio, y por todo lo que hemos oído de la guía, la

clave no está en la Ofelia de *Hamlet* sino en el cuadro de Everett Millais. Melanie trabajaba en la residencia cuando apareció ahogada rodeada con flores cortadas, pero por el magnesio de los pulmones deducimos que no se ahogó allí. Aquí hay un misterio que tenemos que descubrir, son muchas coincidencias. Voy a llamar por teléfono a mi jefe para contarle este gran descubrimiento.

—Harry, no, lo de trabajar tú en la Residencia Siddall, lo veo muy peligroso.

—No te preocupes. Para más seguridad, tú me llamas todos los días a la misma hora, a las 19 horas, y así yo sé que todo va bien. Si no me llamas es que te ha pasado algo y tenemos que ir a rescatarte. Va a ser nuestra contraseña. Si no averiguo nada, el Sr. Ridruejo me va a despedir con toda seguridad.

3

Las tardes se hacen noches en la gris Londres —una ciudad adormecida entre la lluvia y la niebla—, y que no oscurece entre las luces de los farolas, y la de los automóviles y amarillentos faros de los rojos autobuses. Era sábado y el dije a Claudia que no podíamos irnos sin visitar Picadilly Circus, el lugar más cosmopolita de Londres, ideal para tomar una pinta en algún pub y cenamos unos sándwiches porque presupuesto no daba para más. Es Picadilly una especie de plaza iluminada donde te puedes encontrar gente de todas las nacionalidades y razas. Aquella noche había un grupo de centroamericanos negros tocando el saxofón y una trompeta en la calle, tenían un sombrero en el suelo aceptando propinas. La iluminación le llegaba a la plaza por los grandes anuncios fluorescentes de las fachadas, grandes y coloreados anuncios de varias marcas multinacionales. Era el infierno más bonito que había visto jamás.

El precio del alcohol es de un prohibitivo lujo sibarítico, pero no te puedes venir sin probar unas birras o un Gin&Tony con un chorreón de ginebra Beefeater, sin duda la mejor ginebra del mundo que se destila en Kennington.

—Harry, sabes mucho de bebidas y de ginebras.

—Porque como bien sabes cuando yo cumplí los dieciocho años me vie a Londres en los años noventa para trabajar de camarero y aprende inglés en una cafetería de Kensington & Chelsea, un barrio de millonarios de Londres. Como trabajaba como un esclavo emigrante, y me pegaba madrugones terribles, me viene a España e ingresé luego en la Guardia Civil, mi gran deseo.

Tomadas nuestras birras en Picadillys, nos fuimos al hotel con la intención de abrir algunas botellitas de alcohol del frigorífico de nuestra habitación. Sentados sobre la cama le besé los vellos locuelos del cuello, se le pusieron erizados de pura impresión, ella me besó con su la boca cálida de un volcán, nos desnudamos a tirones de la ropa como si el tren del amor no pudiera esperar ni un segundo más. Era un besuqueó continuo por todo el cuerpo, con la mano que me arañaba la espada, se la tuve que atar a la cama con un cordón de cortina.

Apenas sin respirar, en un estado emocional, tuve el error de preguntarle a Claudia: «¿Tú me quieres?», y se puso tan seria, tan rígida como si tuviera que contestar ante un tribunal de apelaciones del Supremo. En silencio se daba la vuelta sobre la cama. Su reacción sentimental hacia mí era la misma de siempre, la de que yo será únicamente su «gigoló» y compañero de trabajo, su acompañante, nada más. Me di cuenta que nunca jamás conseguiría de ellas una respuesta afirmativa a mi pregunta, a mi eterna pregunta de si algún día me podría querer. No obstante, yo lejos de renunciar al acto carnal, persistí en los acariciantes besos en su cuello. Esa noche me dije. «Tú no me va a querer, pero te voy a tratar como si fueras una puta que viene de alquiler a los hoteles, con masoquismo». Así fue como pasamos la noche en juegos de verdades y mentiras, que era lo que a ella le excitaba: el morbo del erótico, y por lo que estaba conmigo. En realidad yo era un fracaso, era un ex picoleto, un ex marido, un ex convicto militar y un investigador fracasado. Todos los “ex” me cuadraban a mí a la perfección.

Capítulo 6

LA RUEDA

1

La Rueda del tarot es la fortuna representa y es también la rueda de la eternidad. Es el símbolo de la transformación. En otros modelos de barajas se representa con mono que tiene las manos atadas y simboliza a las personas que son poco inteligentes y se dejan llevar por el destino.

Estando en Londres, en el tren camino del aeropuerto recibí al móvil la llamada de Marta Chillón, donde muy contenta me decía que el juez de La Vila le había concedido un mandamiento judicial para registrar la casa Globe de Orcheta, y que habían encontrado en un sótano, dentro de un arcón el cuerpo sin vida de Vera Hoffman. Lo cual evidenciaba en mis gestiones, e intuición iban por buen camino, pero había un problema habían encontrado en un almacén el cuerpo sin vida de un hombre atravesado por una guadaña. Habían detenido a cuatro estudiantes de teatro ingleses y a una tal Gertrudis, que habían sido reconocidos por Miranda Ros, como quienes la arrojaron al embalse. Los Globe habían actuado algunos sábados en la Residencia Siddall. Yo no le conté nada de mis descubrimientos en Londres.

Cuando regresamos a España, mi jefe el Sr. Ridruejo, con una agencia de empleo ya me tenía preparada el ingreso laboral en la Residencia Siddall, esta residencia era el eje del mal, y había que averiguar qué pasaba allí dentro. Entré a trabajar como camarero, asistente y chico para todo como trabajador interno y me dieron una especie de cuchitril como cama y un armario tipo quilla de madera, de aquellas grandes y antiguas que había en los cuarteles. Había mucho por investigar, tomar pruebas sin que los demás empleados se dieran cuenta de mis pesquisas. Aquí estaba sin duda el asesino o asesinos, así que tuve que ponerme a hablar inglés a los ancianos.

La residencia situada en una loma era un lugar privilegiado. Era una gran mansión adaptada como residencia, cercada por un gran perímetro de alambradas y setos, con seguridad propia. Como empleado era la única forma de averiguar e investigar tranquilamente. Era la única posibilidad de averiguar la relación de la coincidencia del nombre de la Residencia Siddall, con el apellido de la modelo Elizabeth Siddal del siglo XIX.

En la recepción trabajaba Sissel, a la que le advertí por teléfono, antes de llegar yo, que no dijera absolutamente nada de mí. Era un riego que tenía que correr, por si acaso ella también estaba implicada, que nunca se sabe. La directora y propietaria de la residencia era una inglesa de esas victorianas. Se llamaba, según el registro de hoteles,

Alyssia Siddall. Tenía lógica con el nombre de la Residencia.

Empecé a trabajar como camarero interno, un lunes, un día laborable de mucho trabajo, además había venido un nuevo grupo o remesa de ancianos ingleses y noruegos, y había que acoplarlos en sus habitaciones. Yo quería presentarme a Alyssia como un nuevo empleado, pero dueños ingleses no son como los españoles, la relación que tenía con los empleados era a través de Antón, el jefe de personal. Estos mantienen la distancia de las clases sociales, y un empleado, lo mejor era ni siquiera mirarle a la cara, para ellos no existimos. Esto no hacía falta que me lo dijera ella, porque lo viví en mis propias carnes cuando estuve con diecinueve años trabajando en una cafetería de uno de los barrios más lujos de la ciudad del Támesis.

Trabajábamos una quince de personas entre españoles e ingleses nativos y algún noruego, se hablaba inglés. A la dueña le llamaban Alicia, así como suena en español. Vivía en la última planta de la residencia, era una mujer sesentona, delgada, rubia, con gafas y cierto genio y una perfeccionista «metementondo» junto a Antón. En la planta estaban los salones, y en el extremo derecho una capilla protestante, donde se mostraba una cruz de madera sin la imagen de Cristo crucificado, nada de santos ni de vírgenes, solo un altar y un abril o púlpito. El sacerdote anglicano era el reverendo Edward, o Eduardo como se le llamaba entre el personal de servicio, un hombre rubio de unos 50 años, bien parecido y elegante con su cuello duro de sacerdote anglicano que nunca se quitaba. Atendía a los residentes, ofrecía consuelo espiritual, celebraba misa los domingos, y organizaba obras de teatro los sábados en un salón, para amenizar y entretener a los residentes de la tercera edad, y muchos estaban en sillas de ruedas.

Una tarde, sigilosamente me acerqué hasta el parking o garaje privado de la residencia, es decir al garaje de los dueños, para ver que coches tenían. Abrí la puerta con una llave maestra de las mías, miré lo reumáticos de un Nissan Patrol grande, tenía en un lateral barro seco del color del embalse del Amadorio, le hice una fotografía al dibujo de la rodadura para averiguar si coincidía con el molde de yeso que yo le hice a la banda de rodadura, de cuando estuvo tomando pruebas, un mes atrás, en el embalse. La matrícula de este Nissan Patrol, era de color amarilla como las del Reino Unido. No podía asegurar que fuera el mismo todo terreno de 4X4, pues los neumáticos no coincidían, según recordaba, ni tampoco pude abrir la puerta trasera para tomar muestras de su interior; pero al menos hice unas fotos de los neumáticos con la cámara del móvil. Para contractar cuando tuviera tiempo en el laboratorio en Alicante.

Cuando salí del garaje empezó a tronar un aguacero de otoño, y miré hacia una de las ventanas de la residencia, vi como una figura humana cerraba unos visillos. Me intrigó. Alguien me estaba

observando y me había descubierto. Y no reconocí la silueta de la persona que cerró la ventana. Por otra parte podía ser un cliente o alguna limpiadora de las habitaciones o la gobernanta.

Mi oportunidad para entrar en el piso y despacho de Alyssia era durante la hora de la misa un domingo. Llegó el esperado domingo por la mañana. Me enteré por Sissel que Alyssia y el sacerdote Edward, eran matrimonio, nada de extraño porque los curas anglicanos se pueden casar y las mujeres pueden oficiar misas. En esto de los derechos de igualdad son los anglicanos más adelantados en que los católicos ¿Qué pecado original tiene una mujer católica para no poder ser sacerdote ni oficiar misas, solo pueden ser monjas?

La residencia con 59 habitaciones era un negocio hostelero discreto para la tercera edad por su apaciguado clima mediterráneo, en un lugar apartado, de montaña entre pinos, donde todo estaba muy cuidado y organizado. Los grupos venían por un mes, y otros huéspedes eran residentes habituales. El matrimonio Siddall tenía la residencia como si fuera un Peñón de Gibraltar en la sierra de Aitana.

2

A las once de la mañana del domingo empezó de la misa anglicana oficiada por el sacerdote Edward. Era la oportunidad para iniciar mis pesquisas en el piso de Alyssia y Edward. Me acerqué a recepción, no había nadie, y tomé del casillero las llaves de la vivienda de Alyssia y subí sigilosamente las escaleras, el ascensor era demasiado ruidoso. Abrí la puerta y fui directamente al cuarto de baño, pero al pasar por el comer vi una fotografía enmarcada de la señora Alyssia con un señor, parecía una foto de casamiento, la dejé en su sitio. Un cachorro de la raza *cocker* de color canela, se me acercó para olerme los pies y me ladró un par de veces, no sabía cómo callarlo, encima de una mesa había un trozo seco de magdalena y se lo di a comer, era el tipo de dulce que le gustan a los perro, luego hábilmente, entré en una habitación, el *cocker* me siguió, salí rápido, cerré la puerta y el perro burlado se quedó dentro.

En el cuarto baño, tomé muestras de las sales de baño Epsom, cogí los dos cepillos de dientes, recogí pelos que había en los peines y cepillos, los guardé en trozos de papel de aluminio que llevaba previamente preparado en el bolsillo. Sigilosamente salí del piso y cerré la puerta con la llave. Tenía lo que buscaba: pelos, cepillos de dientes y sales de baño.

Después de comer en el comedor de empleados, porque los residentes comían en otro comedor. Llamé por teléfono a mi jefe y le dije que había encontrado al Land Rover donde seguramente habían trasladado a Melanie. Me dijo que siguieran en la residencia hasta obtener más pruebas. Le pedí que viniera Dani a la Residencia para analizar unas pruebas, yo no podía dejar mi trabajo, despertaría sospechas. En dos horas llegó Dani, le di las pruebas y me dijo que los reactivos necesitan al menos 24 horas para que el sensor molecular diera los resultados, depende el catalizador.

Claudia me llamó el domingo a las siete de la tarde, a la hora del control. Solamente le conté, que todo iba bien, sobre ruedas. Cuando las cosas van sobre ruedas la velocidad de movimiento de las imágenes son siempre vertiginosas. A veces, cuando más problemas tienes, más problemas nuevos acuden. Le dije que tenía que llegar hasta el final.

—Cómo tú eres mi contacto con el exterior, es mejor que me llames tú, en lugar de hacerlo yo. Si yo no contestara avisa a la Guardia Civil de La Vila, porque me habrán descubierto.

Al día siguiente, habían pasado las 24 horas, de los análisis, me llamó Dani con los resultados del laboratorio:

—Harry, soy Daniel, que las pruebas que me mandaste son positivas, hay pelos de un perro rubio que tiene magnesio, la prueba molecular coincide con la composición de química de las sales de baño, y con el agua en los pulmones de Melanie. Y lo más certero el ADN de un cepillo de dientes coincide con el ADN del feto de Melanie. ¡Ya tenemos al padre! Gran trabajo. Claro que todas estas pruebas sin mandamiento judicial tienen un valor relativo.

—Tienes razón Dani, pero si ellos se confiesan culpables, las pruebas obtenidas irregularmente, sobrarán, que es lo que tengo que hacer.

Días después bubo una reunión de empleado y revista de cuartos y taquillas de los vestuarios. Sin saber cómo yo me convertí en el principal sospechoso, quizás por hacer sido el último en empezar a trabajar. Sin duda yo había dejado muchos cabos sueltos como el de haber dejado al perro de Alicia encerrado en su habitación.

Sissel, me dijo que Alyssia quería que me presentara en su despacho. Subí arriba y cuando estaba de pie hablando con ella, alguien me inyectó en el culo alguna sustancia y caí en redondo al suelo y perdí el conocimiento. Cuando hube despertado, estaba sentado en una silla con los pies y manos atados. Estaba dentro de un archivo apenas sin luz. No sabía cuánto tiempo llevaba yo allí, ni qué hora era. Temía que me entrara el pánico, que me volvieran mis viejos temores de víctima del terrorismo ¿Qué iban a hacer ahora conmigo? ¿Qué pasaría?

Me dolía la cabeza terriblemente. En una media horas entraron el archivo tres personas: Alyssia, Edward y Sissel. M comprendió ver a Sissel con ellos, ¿implicada también en el asesinato de Melanie?

—Amiga Sissel, te creí completamente ajena a este asunto criminal. Por lo que veo, en cuanto hablé contigo me mandantes a dos sicarios a Alicante, que por poco me matan en el puerto. Ahora lo entiendo fuiste tú la que los enviaste a quitarme de en medio.

—Lo siento Harry —dijo Sissel—, pero no tuve más remedio.

—Alicia antes de que me mates. No me dejes ir al otro mundo sin saber por qué esta residencia se llama Siddall.

—Soy Alyssia Siddall, por mi difunto primer marido, fue bisnieto de la hermana de Elizabeth Siddall, la modelo del cuadro de Millais, para la Ofelia de Shakespeare. Pero esto a usted no le interesa.

—Mira que hemos encontrado en el armario de tu habitación —enfatizó Edward en perfecto español— Mira que hemos hecho con la cámara de fotos: destrozarla. Todo el carrete revelado. No tiene fotos ni pruebas, y el molde de escayola y las flores que tiene en el coche está ahora en la basura. O sea, no tienes nada contra nosotros.

Entonces comprendí, con toda evidencia que Melanie había sido ahogada en la bañera. Y como yo había descubierto la verdad era la

base para lanzar cizaña en el matrimonio, tan aparente, tan religioso y bien avenidos, aparentemente. No tenía miedo, si no mucho miedo, esta vez sí que no me salva nadie. Me habían quitado mi móvil.

—Ahora sabemos quién eres —enfatizó el cura Edward-, y que estás trabajando en la residente de espía. Queremos saber qué más has averiguado en el cuarto de aseo y que es lo que has averiguado, nos faltan los cepillos de los dientes. Conozco métodos para hacerle hablar que te horrorizarían.

—Soy detective privado, y tengo inmunidad judicial para hacer y deshacer cuanto crea conveniente.

—¿Qué tenemos que ver nosotros con tu presencia aquí?

—Las muertes de Melanie Faldbakken y de Vera Hoffmann, y el intento de asesinato de Miranda Ros son las causas, de que yo esté aquí para investigaros.

—Pero se ahogó en el embalse de Amadorio, lo supe por la prensa.

—No exactamente. Fue ahogada en la bañera y traslada al embalse. ¿Sabías, Alyssia, que Melanie estaba embarazada de tu santo y reverendo marido?

—Eso es un farol, una mentira. Te lo juro Alyssia —interrumpió Edward con un gran enfado.

—Tenemos en ADN del feto de Melanie que coincide con el tuyo, estos son pruebas irrefutables.

—¡*You bastard, motherfucker*! —gritó Eduardo, el elegante y educado sacerdote anglicano, que se había quitado el alzacuello blanco, y seguidamente me dio un puñetazo en la ceja del ojo derecho que salió sangrando, ya no veía por la sombra de ese ojo; era como si estuviera enterrado con la cabeza fuera y un camino de hormigas en entraran por la nariz, los ojos y las orejas…

—Pero Edward, cómo pudiste hacer una cosa así con Melanie. Ella llevada en su vientre a tu hijo. Un crimen es horrible en un hombre santo… —le recriminó su mujer en un tono muy delicado.

—Lo confieso Alyssia cariño —le replicó Edward a su mujer en inglés— Se quedó embarazad de mí, yo soy un reverendo y no podía dar mal ejemplo a la comunidad de creyentes. Le pedí a Melanie que abortara se lo pagaba todo en Londres, pero ella se negó en rotundo. Un sábado había subido Melanie al piso para pedirme dinero para despedirse, y tener a la criatura por su cuenta. Discutimos. Se resbaló en el cuarto de baño y cayó dentro de la bañera y se ahogó. ¡Te prometo que yo no tuve nada que ver! Fue un accidente.

—Si fue un accidente, como dices, pudiste haber llamado a la Guardia Civil.

—Si llamaba a la policía española se iba a descubrir todo. Aquel sábado por la tarde noche actuaban los estudiantes de teatro *The New Globe,* al aire libre en la explanada del embalse, interpretaron *Hamlet*,

una bella chica pelirroja española interpretó a Ophelia, y a la hora de la muerte de Ophelia se sustituyó a esta chica por Melanie ya muerta. Llegaron todos subidos en el Land Rover del jardinero. Se hicieron hogueras en círculos de piedras, se fumó hierbas alucinógenas, y se echaron flores a la difunda Ophelia. Flores del invernadero del chalet de *Elizabeth*. Se escucharon en la noche unos disparos de escopeta y todos salimos corriendo.

Ahora comprendía que las orquídeas y demás flores estaban en el interior del Land Rover del jardinero de Orcheta, cuando los estudiantes de teatro lo tomaron para ir al embalse, y no era el Nissan Patrol de la Residencia Siddall. En que al embalse estuvieron dos vehículos y no uno. En el de Edward trajeron a Melanie ya muerta. Venían Sissel y Edward, por ello, Alyssia era ajena a todo lo que estaba pasando. Ahora todas la cartas del tarot coincidían porque Alyssia era carta II del tarot: La Papesa, y Eduardo era la número V del taro: El Papa anglicano. Sissel, la carta número VI del tarot: La Amante, o Los Amantes. Yo había pasado a ser la carta número I El Mago.

—¿Tuviste también el valor de llevarte a mi perro, el pobre Puch, debió verlo todo? —recriminó Alicia a su marido como si el perro tuviera sentimientos humanos, porque ella estaba muy encima de su chucho, y por eso lo lavaba incluso dentro de la bañera con sales de baño.

—Tienes fama de seductor.

—No sigamos. Sissel mata a este despojo y te deshace de él. Sabe demasiado. Yo no lo puedo asesinar soy un sacerdote, y en mí un pecado moral es doble.

Alyssia y Edward salieron del archivo, Sissel como la ejecutora como la carta del juicio del tarot se quedó conmigo.

—Sissel —le dije con toda seriedad— si vas a matarme. Que sea rápido. Pero por qué te obligan a obedecerles.

—Tengo un hijo natural con Edward, el cual tenía ahora unos ocho años, y estudia interno en un colegio de Londres. Si no cumplo el encargo mi hijo correrá peligro.

—Eres fría como Macbeth, una ejecutora, en el tarot serías la muerte. Y esto siempre se descubre. Los sicarios del puerto, los mandantes tú, ¿no?

—No fue yo, y no eran sicario, eran dos estudiantes del Globe.

—¡Pobres chavales!, a uno me tuve que cargar con la grúa de los estibadores, el otro joven escapó.

Era evidente que Sissel se sentía chantajeada, y no tuvo más remedio que colaborar en mi detención. Sonó mi móvil. Sissel me lo cogió y me dio un martillazo y lo destrozó. Seguramente era Claudia, y eran la siete de la tarde. La actitud de Sissel era de una complicidad

manifiesta, y eso que yo la consideraba inocente desde el primer día que la vi, con melena rubia, sus ojos azules y su cara de ángel rubio.

Estaba muy dolorido. Sissel colocó una cuerda de nylon de una viga del techo para ahorcarme, iba a pasar de ser El Mago a El Ahorcado. Era mi destino.

Cuando sobre mi cuello estaba la cuerda del ahorcado, escuché las sirenas de varios coches de policía. Con ellos venía Claudia y me salvé de esta. El resto de esta historia fue cuestión detenciones de los tres del patíbulo, juicios y felicitaciones de mi jefe por el descubrimiento de un importante caso que tendría repercusión internacional. Nunca creyó el Sr. Ridruejo en mí, pero es que ni yo tampoco creía en mí mismo.

Lo de Miranda Ros nada tuve que ver con la residencia, sino con el grupo de estudiante de estudiantes de teatro *Globe,* por discrepancia con las actuaciones. Ella hizo de Ofelia en el *Hamlet* la noche en que en el embalse arrojaron el cuerpo ya ahogado en una bañera de Melanie. No había ritos satánicos ni cosas parecidas, sino una interpretación de *Hamlet* de noche con la luz de hogueras encendida. Y el hecho de la desaparecida Vera Hoffman, era mucho más complejo, pues la cuestión se complicaba para Marta Chillón. No era mi asunto. Yo ya había cumplido con lo mío. El collar de ámbar era de Vera cuando estuvo una noche actuando en el embalse interpretando una obra shakesperiana.

Nunca jamás pensó el matrimonio Siddall, que un tipejo como yo, Harry, *el expicoleto,* calvo, no muy bien agraciado, y un poco torpón, al estilo de la serie de Colombo, pudiera descubrir a un matrimonio tan refinado e hipócrita, y meterlo en prisión, y joderle, no ya el negocio hostelero sino una vida relajada, caprichosa donde junto a los del *Globe,* hacían en España, impunemente lo que no podían hacer en el Reino Unido. Y Sissel de momento fue acusada de encubridora de dos crímenes.

3

A Claudia y a mí nos hicieron un contrato trabajo de fijo en la bufete de Ridruejo & Brother. Pero ella se alejó de mí, y yo me acerqué a Diana, la lituana, que fuera la camarera del Mambo II, y que ahora trabajaba en un catering. Tenía una hija, pero a mí no me importaba, al contrario me agradaba la idea de ser su padrastro, porque yo era un padre alejado de mis hijos, a los que echaba mucho de menos. A los que tras arreglas mi cuenta corriente con algunos premios laborales, puede pagar los meses atrasados de la pensión de alimentación que les debía.

La persistencia —sin fallecimiento y con necesidades— de toda investigación es, con cierto tipo de suerte y olfato policial, la ambición o la necesidad de descubrir un caso, sin duda acrecienta el camino

hacia la diana de las soluciones, a veces, arriesgando más que el deber impone, exponiendo la vida como me sucedió a mí. Y basta de explicaciones.

Pero un día, pasado meses, cuando más tranquilo estaba yo en mi casa del barrio de San Antón, llegaron a buscarme unos maderos de Alicante, vestidos de paisano, me detuvieron y me leyeron mis derechos constitucionales de no confesarme culpaban y llamar a un abogado por el supuesto asesinato de un jardinero inglés de Orcheta que yo ya había olvidado. No quise saber nada de Claudia. Me adjudicaron a abogado de oficio. Me interrogaron. Yo no respondí ni sí ni no, porque lo peor que se puede hacer en hablar con la policía, y por supuesto jamás reconocer unas acusaciones.

Decía la Policía Nacional que por la triangulación del registro de la tarjeta de mi teléfono móvil, según la compañía Yakimoto, yo el día, hora y lugar de la muerte del jardinero, estuve allí en la finca del chalet-torre de Orcheta. Me había pillado por culpa de una tecnología que yo desconocía por completo: nuestros teléfonos móviles son nuestros propios delatores. Cuando yo en realidad jamás le conté a nadie aquel desgraciado accidente, por lo que pudiera pasar. Nunca es tarde para saber y aprender. Pero yo pude haber estado en el lugar del que se me acusaba, pero no matarlo.

Tras mi declaración en el juzgado, y visto mis desfavorables antecedentes penales, me encerraron en la prisión provincial de Foncalent, donde actualmente me encuentro como preventivo hasta que se celebre el juicio oral. Y en España donde la justicia es más lenta que una tortuga coja y con reuma, este asunto va para largo. Y como para mí esto de estar en prisión se está convirtiendo en algo habitual, me lo tomo tranquilamente como las traicioneras aguas de un embalse.

Uno puede arriesgar la vida, descubrir y detener a criminales, a terroristas, y a quien sea un delincuente, pero si cometes un error, nada más que uno, nadie te lo va a perdonar. Así que aquí estoy escribiendo los recuerdos del caso de la muerte de la mujer del Amadorio, pero no sé si ponerle como título: «La muerte de Ofelia», pero da igual, yo soy carne apaleada, carne de cárceles almendradas de bilis.

Hoy me toca una visita de Diana, que será mi mayor alegría, a la que le daré este manuscrito que acabo de terminar.

..

ADVERTENCIA

Los lugares nombrados para situar las diferentes escenas de esta novela negra corresponden a la Costa Blanca; en cambio, los personajes, los casos presentados, o cualquier nombre o persona que pudieran verse retratada corresponden a la imaginación propia de la literatura de ficción de un *thriller*.

..

Título: La mujer del Amadorio
Por Harry, el sucio, seudónimo de Ramón Fernández Palmeral.
Autopublicación en LULU/Francia
15 de septiembre de 2017
Contacto email: ramon.palmeral@gmail.com